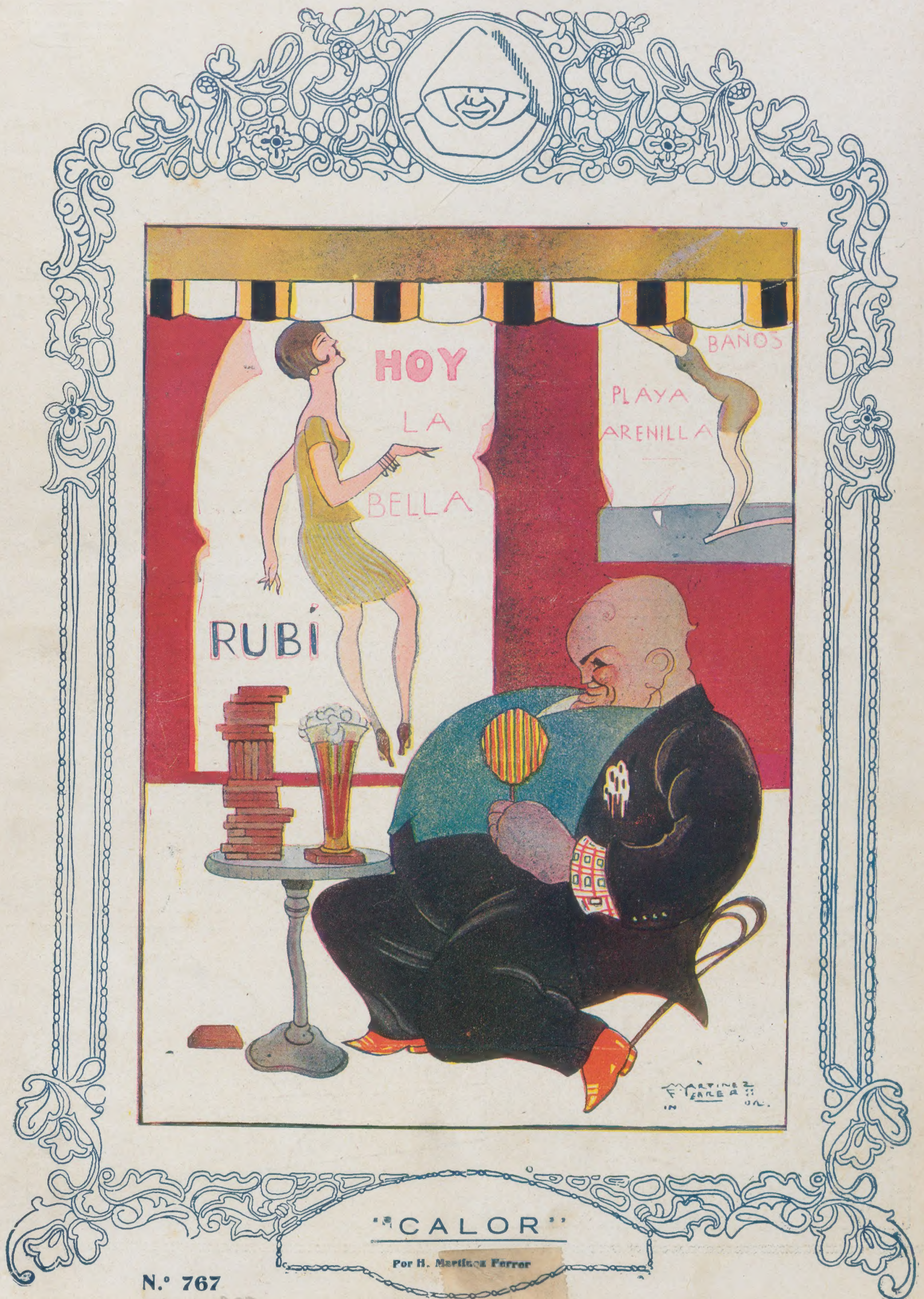
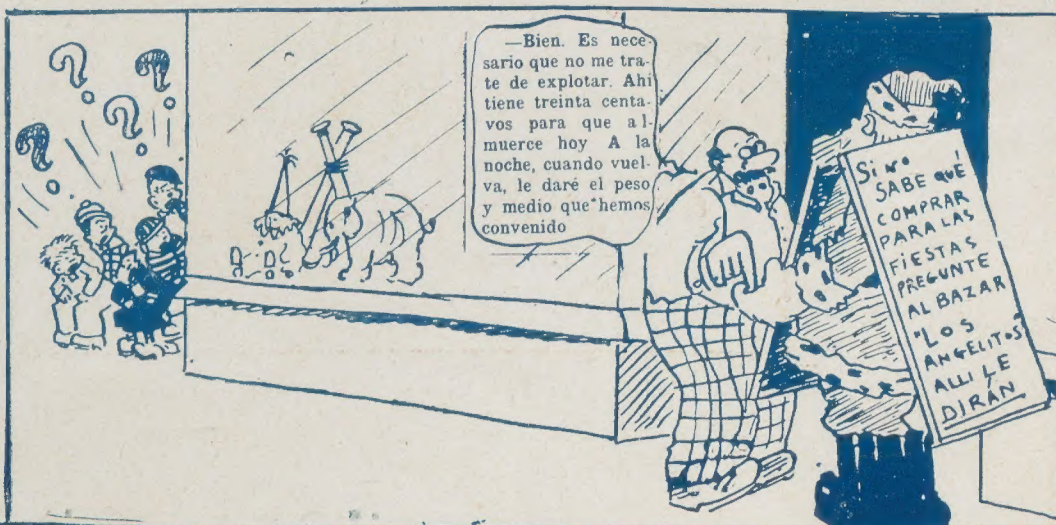
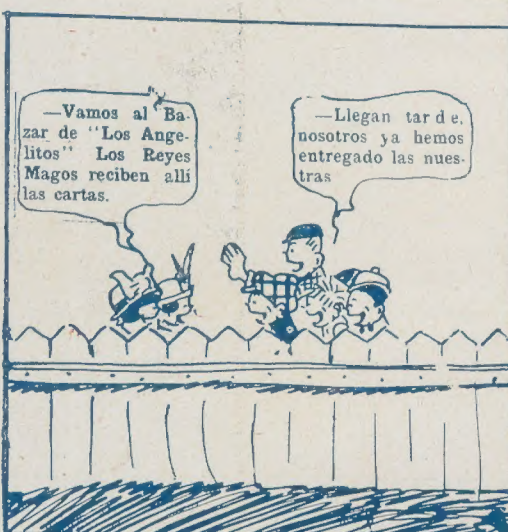
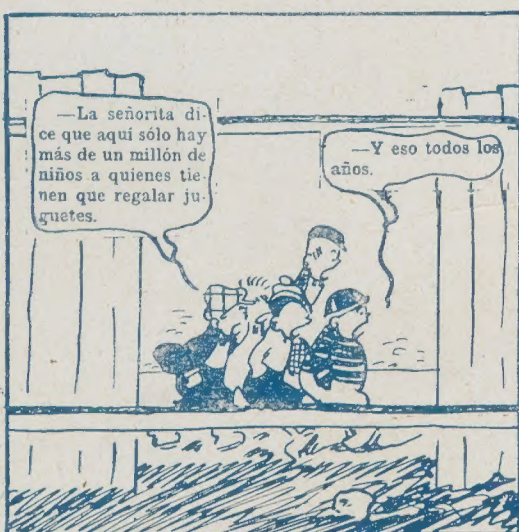
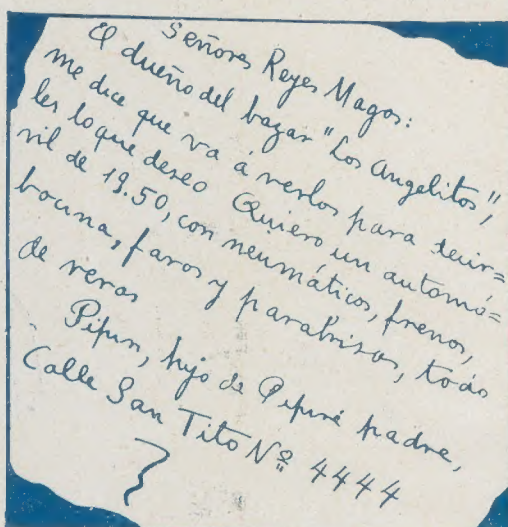
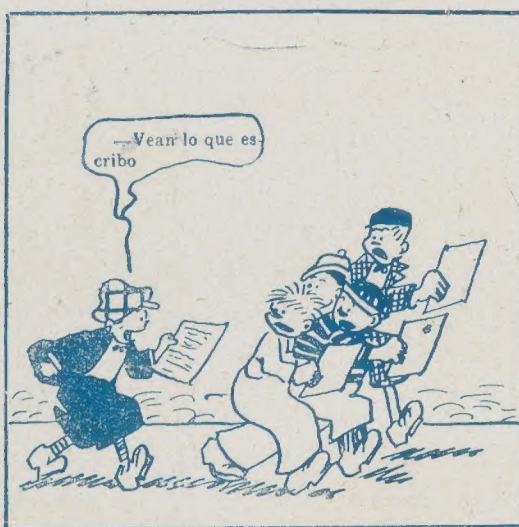
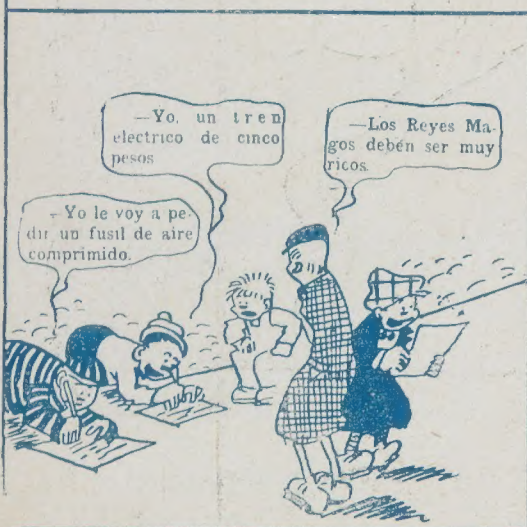
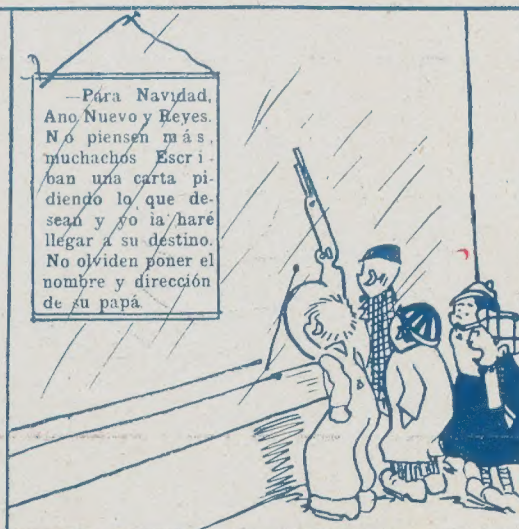


FRAY MOCHO



PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI



FRAY MOCHO

Año XVI

Buenos Aires, 4 de enero de 1927

N.º 767

... Y ASI ES LA COSA, por Rojas



—Aquí me tiene usted en un grave compromiso. Tengo que ir a Nueva York con mi mujer y no me atrevo.
—¿Por qué?
—Porque he leído que allí está prohibida la entrada de carnes argentinas.

—Los concejales de Mendoza han resuelto rebajarse el sueldo. ¿Qué le parece?
—Que no me extraña, porque ahora todo está muy rebajado. Ya ve usted a la altura que ha quedado la moral política en Monte...

—Después de un largo calor, reina ahora en Nueva York un frío intenso. ¿No le preocupa la noticia?
—A mí hay noticias que no me dan ni frío ni calor.

—Varios exploradores holandeses, han descubierto, en Nueva Guinea, una raza de pigmeos de la edad de piedra.
—Aquí también los hay. Yo, por ejemplo, soy un hombre de 50 años y tengo cálculos; así que no me negará usted que soy de la edad de piedra.

—Si yo fuera jefe de policía contrataría al señor Enborg para que disparara su revólver contra todo asaltante que viera. Por el balazo que le pegó a un ladrón se ha descubierto el crimen de Castitús y el de Ray.
—¿Y qué tiene que ver eso para que lo contraten?
—Porque si hiere a otro, seguramente se descubriría el de Polak.



Era un día muy frío de esos del diciembre europeo, cuando el pintor Claudio Mariel encontró en la puerta de su estudio a una muchacha de unos trece a catorce años, que temblaba lastimosamente. Vestía un traje de algodón raído y lleno de agujeros.

Sus mejillas hundidas estaban amoratadas por el frío, lagrimeaban sus ojos y sus cabellos descoloridos caían formando un digno marco a su carita pálida.

—¿Qué haces aquí? — preguntó el pintor.

—Estoy esperando a mi tía que tiene la llave, para poder entrar en casa.

—¡Pobrecilla! — murmuró compadecido el artista.

Se pasó la mano por la frente, vacilando, pero la compasión venció todos los escrúpulos.

—Entra y te calentarás junto al fuego — dijo.

En la chimenea del estudio había lumbre y a un costado hervían dos recipientes, uno con leche y otro con café.

—¿Tienes hambre? — preguntó el pintor.

Los ojos de la muchacha, unos ojos grandes y expresivos, brillaron como chispas.

—¡Sí! — suspiró.

Claudio llenó una taza con café y leche y cortó un buen trozo de pan.

—¡Anda, muchacha, come!

Ella obedeció y comió con ansia, luego se acercó al fuego. Su carita estaba ya colorada y el pintor pensó que aquella muchacha no tardaría en hacerse bonita.

—¿Cómo te llamas? — preguntó.

—Clarisa — contestó ella.

—¿Vives con tu tía?

—Sí, señor.

—¿Trabaja ella?

—Sí. Somos muy pobres... Apenas podemos vivir.

—¿Y es buena contigo?

—No sé...

—¿Que no sabes?... Te trata mal.

—No... Me pega pocas veces.

Claudio siguió su interrogatorio y así supo que la vieja y la muchacha vivían frente a su estudio. Que la mujer trabajaba como sirvienta y que con frecuencia no podía cumplir sus deberes... acaso por su excesiva afición al alcohol.

Cuando la niña llevaba una hora en el estudio, el pintor sintió renacer nuevamente sus escrúpulos y la dijo.

—Bueno. Ya puedes irte y llévate ese pan.

No se atrevió a darle dinero.

Al quedarse solo, Claudio permaneció pensativo un momento y luego se puso a hacer un dibujo para una revista. Era un joven de talento, desconocido todavía, por lo que apenas ganaba para vivir. Sus padres le ayudaban con una pensión modesta.

No vio a Clarisa hasta tres días después, un domingo por la mañana. Llamaron a la puerta y al ver que era la muchacha no ocultó un gesto de contrariedad. Diez años de vida parisien le habían enseñado que es muy peligroso recibir en el propio domicilio a muchachas menores de edad.

Clarisa le llevaba dos grandes crisantemos que se había encontrado. Miró con avidez hacia la chimenea. Claudio permaneció indeciso adivinando el significado de aquella mirada; pero al igual que la otra vez,

Los quinientos francos

Por J. H. Rosny

la compasión pudo más y Clarisa tuvo su desayuno que consumió con la misma glotonería.

Cuando se retiraba, considerando seguro que ella volvería y que no tendría valor para no recibirla, la dijo:

—Oye, muchacha. Yo no puedo recibirte sin permiso de tu tía. Dila que si quiere venga a verme.

La tía se presentó horas después. Era una mujer de unos cincuenta años, de aspecto astuto e idiota a la par, pero no repulsivo. En su rostro se notaban las huellas de su vicio.

cha encantadora.

—¿Qué porvenir la espera? — se preguntó a veces el pintor.

Una mañana se presentó la tía en el estudio. Había bebido ya más de lo debido, su mirada era vaga y su lengua se movía con dificultad.

—Vengo a hablarle de la muchacha — dijo con aire de bondad. — Habrá notado lo bonita que está... y no hay que hacerse ilusiones el día menos pensado...

Y como el pintor la mirase con extrañeza, continuó:

—Sí, señor... Lo mismo que ocurrió con su difunta madre... y co-



Clarisa le servía de modelo.

—Señora, — dijo el pintor. — Su sobrina ha estado dos veces aquí.

—No me ha dicho nada, la muy pícara — respondió con tono jovial la vieja.

—Y como yo no deseo recibirla sin permiso de usted, la he avisado. De estar conforme podré utilizarla alguna vez como modelo... Modelo vestida, y las veces que eso suceda le daré cinco francos.

—Me parece muy bien — respondió la mujer. — Que venga siempre que lo desee y a usted no le moleste.

—Entonces no hay más que hablar, — dijo Claudio cortando la entrevista.

La pequeña Clarisa iba al estudio tres veces por semana y Claudio la utilizaba para hacer croquis que poco a poco fueron aumentando su fama. Ciertos éxitos en la Exposición completaron la obra y su situación llegó a ser brillante.

Clarisa era su modelo predilecto. Tenía ya diez y seis años y tras algunas vacilaciones la Naturaleza se resolvió a hacer de ella una mucha-

mo yo misma... Yo me he sacrificado por ella... Casi no puedo trabajar... Ahora necesito quinientos francos y usted puede adelantármelos...

Hablaba con una naturalidad tal que el artista comprendió que toda discusión sería inútil. En un impulso de generosidad y resuelto a salvar a la joven, exclamó:

—Está bien... Yo le daré los quinientos francos.

—Es usted muy bueno — respondió enternecida la borracha.

Al marcharse la vieja, Claudio se puso a trabajar. Pero estaba preocupado, pensando cómo salir de una situación que consideraba comprometedor y equívoca.

Llamaron a la puerta y vio aparecer a Clarisa jovial y radiante.

—¡Qué bueno es usted! ¡Qué bueno! — balbuceó ella.

El artista al contemplarla pensó en las flores que nacían entre las ruinas.

—Estaba ya harta de mí tía... No sabía lo que iba a ser de mí, pero ahora...

—Ahora, es usted libre — interrumpió Claudio.

—¿Libre? — exclamó ella. — ¿Por qué dice usted eso? Yo no soy libre puesto que usted ha entregado...

—Precisamente con el propósito de hacerla a usted libre...

Clarisa le miró, primero extrañada, luego con aire de protesta y por fin con una gran tristeza. De pronto se echó a llorar.

—¿Entonces yo no soy nada para usted?... Me desprecia... Y yo que creía que me consideraba bonita...

Había ocultado la cara entre las manos y Claudio la miraba indeciso, desconcertado.

—¡Vamos, Clarisa! — comenzó tratando de consolarla.

—Yo soy un trapo... Hubiera preferido que me echase de mala manera... Pues bien... ¡Tanto peor para todos!

Abrió la puerta con un movimiento rápido y echó a correr escaleras abajo.

—¡Clarisa! — gritó él, asustado.

Salió detrás de la joven pero cuando llegó a la calle no la vio. Había dos esquinas. Eligió una al azar y todo fué en vano.

Transcurrieron algunas semanas sin saber nada ni de la joven ni de la tía. El pintor pensaba constantemente en Clarisa con una ternura y una tristeza infinitas.

Una noche, al regresar ya tarde a su domicilio, encontró a la muchacha delante de su puerta.

—¡Tú! — exclamó él conmovido.

Abrió e invitó a la joven a que entrase. Encendió luz y vio una cara trágicamente pálida con los ojos dilatados y oyó una voz rota que casi en forma imperceptible murmuró:

—Le traigo sus quinientos francos...

Un sollozo ronco y una mano pequeña que tenía unos billetes.

—¡Desgraciada!... ¡Pobre niña! — exclamó él.

—Sí. Muy desgraciada... Quisiera morirme... Usted tiene la culpa... Le odio y me odio yo misma.

Vacilaba medio desvanecida a punto de caer y Claudio la estrechó contra su pecho, loco de horror, de lástima... y de amor.

No tenía remedio

El paciente exponía al médico los síntomas de su padecimiento.

—Estoy seguro que se trata de algo muy grave — decía. — Cuantas veces levanto la mano derecha a la altura de la frente y luego la elevó unos centímetros más arriba, dejando después caer el brazo a lo largo del cuerpo, siento unos dolores tan agudos que casi me hacen perder el conocimiento.

—Pero, ¿qué necesidad tiene usted de efectuar un movimiento tan extraño e inútil?

—Doctor, me sorprende que diga usted eso, pues, a pesar de lo mucho que he intentado, no encuentro otra forma de saludar y quitarme el sombrero.

SINTÉTICAS

CIVISMO

La política local de Monte, acaba de ofrecer al país un edificante ejemplo de civilización.

Con toda minuciosidad ha sido concebida y planeada una verdadera operación bélica, y el ataque por sorpresa, realizado con el acierto de los viejos estrategas militares. Se dispusieron secretamente parapetos y fortines desde donde, con toda comodidad podían batirse el frente, los flancos y la retaguardia del adversario; se distribuyeron las fuerzas perfectamente armadas y municionadas; y a la voz de mando, representada por bombas de estruendo, como en los grandes ejércitos, se rompió un fuego convergente contra el supuesto enemigo, cuyas filas quedaron, de inmediato, raleadas y maltrechas, bajo la mortífera acción de una granizada de proyectiles. Continuaron las descargas cerradas barriendo cuanto se movía en el área cercada, y, a los pocos momentos, izóse bandera de parlamento por parte del bando en derrota. Entonces se ordenó la suspensión del fuego, concediéndose un armisticio, recibieron emisarios y tras una conferencia, donde el vencedor impuso condiciones al vencido, firmóse un acta de capitulación y dióse por concluida la batalla con la dispersión de las fuerzas triunfantes.

Seguramente que tanto heroísmo, tanto sacrificio y tanta abnegación, desplegados entre los que se disputan la posesión de la intendencia municipal de Monte, no han sido dictados por la concupiscencia del mando ni por el apetito de los bientes terrenos, sino por el santo anhelo de hacer la completa felicidad de los habitantes de Monte; pero creemos que el precio pagado es demasiado caro: las vidas de los cuatro seres, ajenos al conflicto, y a quienes el destino interpuso entre la rivalidad del caudillismo pueblerino, para ser bárbaramente inmolados, valen más, infinitamente más, que todos los candidatos políticos y todos sus programas de gobierno.

AHORA, QUE TRUENA...

Como reza el adagio, nos acordamos de Santa Bárbara cuando empiezan los truenos, y esto es, precisamente, lo que nos sucede, en la actualidad, con el problema de la emigración. Sabido es que la acción oficial en favor del emigrante es casi nula; que los que llegan al país quedan librados a sus propios medios; que hay quienes los consideran como una carga para la nación, y que no faltan los que les echan en cara los millones que giran a sus deudos residentes en el extranjero; como si el hecho de venir a la República implicara el abandono, la ruptura de vínculos sanguíneos o el desconocimiento de las obligaciones que existen entre padres e hijos, esposos, hermanos, etcétera.

Los que así opinan deberían considerar que las cantidades enviadas por el emigrante a sus parientes, representa una mínima parte de lo que él produce; y que gran porcentaje de dichas sumas, corresponde al transporte de familias traídas, que quedan definitivamente radicadas aquí, y, en consecuencia, absorbidas por la población de la República.

No se dice nada nuevo con asegurar que la emigración ha sido, es y será savia vital para el país. Basta una ojeada a las estadísticas para comprobar que a mayor afluencia de elemento inmigratorio, más gigantescos fueron los saltos dados por la nación en la escala de su asombroso desarrollo y enriquecimiento.

Comprendiéndolo así, varios órganos periodísticos, alarmados ante las actuales iniciativas de Mussolini, se lamentan de que el gobierno de Italia prefiera el Canadá y Australia para encauzar, hacia allá, la emigración italiana, olvidándose de la República Argentina. Y algunos de aquellos, después de reconocer la existencia de "antiguos errores", que cree reparados, pide se inicie activamente y sobre nuevas bases una eficaz política inmigratoria, a fin de atraer a nuestro país a los súbditos de Víctor Manuel III.

En cambio, otro colega, por el hecho de haberse producido un incidente en el teatro Coliseo, entre varios espectadores italianos, aboga por que, en forma "sumaria y expeditiva", se aplique la deportación, al extranjero, a los que intervinieron en el desorden...

¿En qué quedamos?





Lestrova entró en su casa a las siete y se dejó caer en una silla como si le doliera la espalda.

—¡Vaya con el dichoso bridge de la tarde! — suspiró. — Ese juego hubiese desacreditado a un basureiro. Era tan incipiente como la nebulosa y seguramente menos importante. Me ha hecho perder más dinero del que puedo permitirme a estas horas. Y puesto que el domingo pasado perdí doble cantidad en la fiesta que dió sir William Wildly en su casa, es evidente que o debo jugar o... ¡Caramba! ¿Qué diablos ha pasado aquí?

Tenía delante de él una mesa de escritorio con cuatro cajones en cada lado. Todos estaban abiertos y uno de ellos completamente fuera de sitio, en el suelo. Lestrova alargó la mano para tocar el timbre.

—¡Bowes! — gritó.

—¡No toque el timbre! — rogó una voz persuasiva. — Después de todo sería inútil, porque su criado no está en casa.

Lestrova se quedó estupefacto. Y tenía motivos para estarlo. A un metro de distancia, al otro lado de la mesa, el estrecho círculo de la boca de un revólver apuntábale amenazador. El hombre que lo sostenía, apoyándolo en el brazo izquierdo, tenía la parte superior de la cara tapada con un antifaz negro.

Durante algunos segundos reinó el más completo silencio. Luego Lestrova se aventuró a respirar de nuevo. Mecánicamente volvió la cabeza hacia la puerta que tenía a su espalda, y vió a otro sujeto, también enmascarado, pero que no empuñaba revólver alguno.

—¡Ah! — exclamó Lestrova. — ¿Se puede saber, caballeros, quiénes son ustedes?

—Es una pregunta muy natural, señor Lestrova — dijo el de la pistola, que fué el que llevó la voz durante la conversación que siguió. — Y la hace usted con una serenidad que, en vista de las circunstancias, me hace suponer que nos entenderemos. Si yo creyese que su actitud fuera impertinente, antes de continuar le daría a usted un aviso serio, pero estoy seguro que usted se dará cuenta de que tal vez en este momento le aguarda la muerte.

—El "tal vez" encierra una esperanza — contestó. — ¿He de presumir que el antifaz oculta el rostro de una persona que yo conozca?

—No me ha visto usted en su vida. Pero no estoy aquí para contestar, sino para preguntar. Usted pasó el sábado y el domingo último en casa de sir William Wildly, ¿verdad?

—Verdad.

—Jugó usted el bridge el sábado por la noche y volvió a jugar en la noche del domingo. Demostró usted su habitual destreza...

—Usted perdona: jugué muy mal.

—Jugó usted con suerte adversa. Tuvo usted poca fortuna con su pareja...

—¿Houseman? ¡Oh! El maneja las cartas como un maestro; tiene en el juego finezas de consumado diplomático.

—Y jugando fuerte, perdió usted más de lo que podía soportar. ¿Quiere que le diga la cantidad?

—¡Por favor, no!... Es un recuerdo doloroso.

—Marchó usted a "Pinos Rojos", la mansión de sir William, el sábado por la tarde. Hizo usted el viaje en su propio auto, y su criado Bowes, era quien llevaba el volante.

L A P I P A

Por L. J. Beeston

Llegó usted a las cinco, y su criado se alojó en una taberna próxima, llamada "Las langostas gemelas", donde quedó también el auto.

—Es usted un modelo de exactitud — dijo Lestrova, apoyándose al mismo tiempo con los codos sobre la mesa.

—Hablaré ahora de la noche del domingo. El juego se acabó temprano, a eso de las once, retirándose luego las señoras. Quedaron... Pero quizás usted mismo me dirá las personas que allí se quedaron.

Houseman inventando un juego de palabras para la sección acróstica de un periódico, que le paga bien; Sieveking tocaba el piano, y Houseman le miraba de cuando en cuando con ojos de odio; y finalmente allí estaba Goldring, vaticinando al joven Brown que la próxima guerra mundial estallaría cinco semanas antes de Navidad y que la civilización desaparecería inmediatamente después de Pascua de Resurrección, y nadie más.

—Ha olvidado usted, incluirse a

EN PAZ

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida,
porque nunca me diste ni esperanza fallida
ni trabajos injustos ni pena inmerecida;

Porque veo al final de mi rudo camino
que yo fuí el arquitecto de mi propio destino;
que si extraje las mieles o la hiel de las cosas,
fué porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas:
cuando planté rosales coseché siempre rosas.

Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno;
¡mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno!

Hallé sin duda largas las noches de mis penas;
mas no me prometiste tú sólo noches buenas,
y en cambio tuve algunas santamente serenas...

Amé, fuí amado, el sol acarició mi faz.
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

AMADO NERVO.

—¿Por qué he de nombrarlas yo?

—Le ruego me hable con franqueza.

—Perdone, ¿a dónde va a parar usted? ¿Qué se propone usted?

—¡Conteste a mi pregunta!

Lestrova reflexionó y luego contestó:

—¿Quién quedó?... Pues allí estaba Draper, leyendo una novela:

sí mismo.

—¡Oh! Me refería a los que dejé allí cuando me marché.

—Efectivamente, usted se marchó el primero, pero no se fué a dormir. Estuvo usted paseándose más de una hora en su habitación; sus pérdidas le habían puesto nervioso...

—Perdóneme nuevamente. Debie-

Prudencia mundana

Cuentan que cierto visir había sido muy clemente con todos sus inferiores y que había procurado complacerlos a todos. Aconteció que habiendo caído en desgracia del rey, todos demostraron sumo interés en libertarlo; y aquellos bajo cuya custodia estaba, tratábanle con gran benignidad; y los otros grandes recordaron sus virtudes al monarca, hasta que este perdonó su falta.

Y un hombre justo que se enteró del hecho, le dijo: —Vende aunque sea tu jardín patrimonial para ganar los corazones de tus amigos. Para hacer hervir la olla de los que bien te quieren, quema aunque sea tus propios muebles. Haz bien hasta a los malos; pues lo mejor es tapar la boca del perro con un bocado.

SA'DI.

ran haberme puesto nervioso, pero no lo lograron.

—A las dos, cuando todos dormían, salió usted de su habitación al balcón que comunica con ella.

Lestrova hizo un gesto de admiración.

—¿Es que no está permitido respirar un poco el aire fresco de la madrugada?

—Siguió usted a lo largo del balcón que abarca varias ventanas, y al final del cual se halla el cuarto tocador de lady Wildly. Allí no pudo usted ser visto a causa de la sombra de un olmo, cuyas ramas alcanzan al balcón en aquel sitio. Pocos minutos después se le vió de nuevo regresar a su habitación, de la que no salió ya usted hasta bien entrada la mañana.

El enmascarado se calló, como si hubiese acabado de relatar el primer capítulo de un drama.

—Todo esto es bastante aburrido — contestó Lestrova. — ¿Me permite usted encender un cigarrillo?

—¡Las manos quietas, o dispare! Hay en sus contestaciones cierto tono de burla que es peligroso para usted. De sobra sabe usted a dónde voy a parar. Lo que acabo de relatar le demuestra que ha sido usted estrechamente vigilado.

—Sí: ahora ya me figuro a dónde va usted a parar — contestó Lestrova. — Lei la noticia en los diarios de hoy. Alguien entró en las habitaciones de lady Wildly y robó de allí unas joyas: un pendiente de diamantes, creo. ¿Está satisfecho ahora de mi seriedad?

—Así va mejor. Prosiga.

—¿Que prosiga?... ¿Cómo?

—¿Qué tiene usted que decir sobre eso?

—¿Sobre la joya? Pues que su belleza bien puede ser una tentación. ¡Un diamante tallado en forma de rosa, en medio del cual brillaba un destello azul! Lady Wildly prefirió llevarlo sin montar; solamente un ganchito enlazaba el diamante con la fina cadenita de platino.

—¿Vuelve usted a la guasa? ¡Tenga cuidado!

Lestrova miró fijamente a su interlocutor.

—Ya comprendo — contestó con calma. — Usted cree que yo me he apoderado de la joya.

Sin duda alguna.

—Mis pasos de aquella noche, juntamente con mis deudas de juego...

—Las que sólo llegan a una parte de sus deudas totales.

—Exacto, exactísimo, demasiado exacto. Sí, ya veo la situación. Usted y su amigo, aquí presente, son ladrones de joyas; probablemente forman parte de una banda que se dedica a esta clase de robos. El sistema de espionaje es tal vez uno de los métodos de su delicada red, en la que apresan ustedes las joyas de gran valor. Habían ustedes ultimado todo los detalles para apropiarse del diamante, y su desaparición en el preciso momento en que abrían las manos para cogerlo, es evidentemente muy desconcertante. Ahora me explico por qué encuentro mi habitación tan revuelta. Buscaban ustedes la joya. Pero yo no le quité el diamante a Lady Wildly y le aseguro que no sé nada absolutamente de él.

—¡Miente usted!

—¿Cómo?

—El registro no ha dado resultado. No hemos encontrado el diamante en sus habitaciones, pero hemos espiado, desde aquella noche, todos los pasos que ha dado

usted y sabemos que no ha podido venderlo todavía. Por lo tanto, lo lleva usted encima.

—¡No!

—¿Va usted a repetir esa palabra?

Lestrova iba a contestar afirmativamente, pero se contuvo porque un destello que brilló tras la máscara, en los ojos del bandido, le advirtió claramente del peligro.

—Piénselo otra vez — continuó diciendo el otro. — Le concederé unos pocos minutos de tiempo: diez minutos. Si dentro de diez minutos no me ha entregado el diamante, le levantaré la tapa de los sesos.

—¡Ah! — exclamó Lestrova. — Veo que usted habla en serio...

Y levantó los codos de la mesa.

—¿Qué hacer?... Lestrova se recostó en la silla y cerró los ojos. De momento se maravilló de su sangre fría. Pero no era tiempo de pensar en eso. Lo que le convenía era concentrar fuertemente el pensamiento. Le pareció que se encontraba en un callejón sin salida, y que al final de él le aguardaba la muerte. Si efectivamente era un callejón sin salida, era un hombre muerto. Pero si había una salida, por pequeña que fuese, era preciso hallarla; era preciso evitar que el aturdimiento le echase a perder los muchos años de vida que aún podía esperar.

Y era tan fácil que esto sucediese! ¡Diez minutos más de vida! Media hora hacía tan solo que había estado jugando al bridge en su club de Picadilly y que regresó a casa en perfecto estado de salud, gozando del sol del atardecer y de la compañía de la multitud.

Lestrova se dio perfecta cuenta de su situación. No dudó ni un momento de que aquellos hombres cumplirían sus amenazas. El tono de voz en que fueron proferidas y el resplandor de los ojos que estaban vigilándolo no revelaban indecisión alguna. Se hallaba, pues, frente a la más negra desesperanza.

Dialogó consigo mismo.

Lestrova se dio perfecta cuenta de su situación. No dudó ni un momento de que aquellos hombres cumplirían sus amenazas. El tono de voz en que fueron proferidas y el resplandor de los ojos que estaban vigilándolo no revelaban indecisión alguna. Se hallaba, pues, frente a la más negra desesperanza.

Dialogó consigo mismo.

—Si les diese el diamante, saldría con vida de esta situación. Pero no tengo la joya. Nunca la tuve. Lo único que puedo hacer es buscarla para entregársela a ellos, y esto sí que es bastante difícil. Un detective hábil podría hacerlo, pero disponiendo del tiempo necesario. Pediría diez días, diez semanas tal vez, y yo sólo dispongo de diez minutos. Y ahora comprendo que los ladrones tienen motivo para creer que le tomé la delantera en el robo de la joya. Desde este punto de vista, las circunstancias me son contrarias. Pero si yo soy inocente, alguien será el culpable del robo. Veamos: ¿quién de los invitados o de la casa puede...? ¡Ah! ¡Es verdad!... Me había olvidado de ese pequeño incidente.

De repente Lestrova recordó algo. Su cerebro trabajaba como no lo había hecho jamás en el difícil problema de bridge.

—¡Tres minutos!

Los labios de Lestrova se movían. Estaba hablando para sí.

—¡Dos!... Sí, sí — murmuró Lestrova. — Es preciso que les diga quién robó la joya... ¡Un minuto!...

Lestrova abrió los ojos.

—No escandalice tanto — dijo con calma. — Tendrán ustedes el diamante. Creo que sé quién lo cogió y lo obtendré.

—¡Necio! ¿Cree usted, acaso, que de ese modo podrá engañarme?

asesinar por una joya cuya posesión, luego de nada me serviría? ¡Escúcheme! Seguramente que en la noche aquella, pasó inadvertido para su cómplice, que estaría vigilando desde el jardín, este pequeño incidente: Cuando recorrí el balcón, mi pie tropezó con un objeto. Esto sucedió precisamente frente al cuarto tocador de lady Widly. Este objeto era una pipa. Al recogerla,

—continuó diciendo — es que la pipa es mía. Sin embargo, no es así. Nunca he fumado en pipa. Me gustaría mucho, pero no logré acostumbrarme. Si usted lo duda, registre esta habitación y no encontrará pipas ni tabaco para ellas. Puede escudriñar también mis bolsillos. Pero la investigación que ustedes han hecho aquí ya les demostró que digo la verdad. Por fortuna me guardé esta pipa en el bolsillo, con el propósito de averiguar al día siguiente quién era su dueño, pero no me acordé más del asunto.

Luego, otra persona estuvo en el balcón aquella noche, pocos momentos antes de salir yo. A esa persona se le cayó la pipa. Vamos, pues a indagar quién era, y digo "vamos", porque quiero ayudar a ustedes a encontrar el diamante. Claro que éste pertenece indudablemente a lady Widly, pero... mi vida me pertenece a mí.

Falta sólo resolver la siguiente pregunta: ¿quién era el dueño de la pipa? Mientras ustedes se esmeran, me propongo encontrarlo y obligarlo a que entregue la joya. Si creen que me burlo de ustedes, apriete usted el gatillo; pero le advierto que no hallará la joya sobre mi cuerpo y las consecuencias serían desagradables para ustedes.

Ya le dije antes que cuando me retiré aquella noche a descansar dejé a los demás convidados en el salón: a Draper, leyendo su novela; a Houseman con su problema acróstico; a Sieveking, con su música; a Goldring y al joven Brown hablando de política. Descontemos en seguida a Brown: sólo fuma cigarrillos. Los cuatro que quedan todos fuman en pipa, según creo. ¿Cómo saber a quién de los cuatro pertenece esta pipa? El raciocinio y el examen tal vez podrá darnos una contestación a esta pregunta.

Con una seguridad más ficticia que real, Lestrova acercó el sillón a la mesa y se inclinó sobre la pipa para examinarla detenidamente. Sabía perfectamente que su vida pendía de un hilo.

Se le había ocurrido una buena solución y mucho adelantaría en ella si tuviese tiempo de despertar el interés de sus oyentes.

Si su sangre fría lograba desvanecer su convicción de que él tenía la joya encima o cerca, quedaría una esperanza de salvación. Tal vez le escucharían y quizás le concederían el tiempo necesario para averiguar dónde se hallaba la joya. De eso dependía todo.

—A la más pequeña señal de vacilación o de miedo, me matarán — pensó Lestrova.

Cierta sensación de frío en el centro de la cabeza, que mantenía inclinada, hizo pensar que por allí penetraría seguramente la bala.

Continuó, pues, con actitud decidida:

—Desde luego puedo borrar el nombre de Sieveking de la lista de los cuatro. Esta pipa está bien culotada: ha estado mucho tiempo en uso o se ha fumado mucho con ella. Sieveking no podía fumar tanto; su cabeza no es bastante firme ni tiene nervios para ello; se marearía. Elimino, pues, al delicado Sieveking de mi lista.

Quedan, por lo tanto, Houseman, Draper y Goldring. Vamos estrechando el cerco.

Lestrova respiró con más libertad. La sensación de frío que sintiera en el centro del cráneo se iba debilitando.

—Después debemos descartar a

RECEPTORES DE RADIO ATWATER KENT

Siguiendo sus principios y conservando siempre la vanguardia, la fábrica Atwater Kent ha ideado el modelo 30, para los que desean la misma reconocida calidad del modelo 20, pero que prefieren la conveniencia y la facilidad de manejar un solo control. Instantáneo, claro y muy selectivo, suministra una perfecta recepción con una facilidad única de manejo.

Un Solo Control



MODELO 30. — Pidan folletos ilustrativos

IMPORTADORES:
DITLEVSEN & CIA.

CASA MATRIZ:
COCHABAMBA 54

BUENOS AIRES

—No trato de engañarle. Tendrán ustedes el diamante, y lo tendrán antes de salir de esta habitación.

¿No es eso lo que querían? Dispare, si quiere, pero antes escúcheme.

Los ladrones cambiaron entre sí una rápida mirada.

—¿Se figura usted — continuó Lestrova — que me habría dejado

noté que el depósito del tabaco estaba aún caliente. Estoy convencido de que la pipa nos dará la solución que buscamos. Aquí está, sobre mi mesa. Permitame que la examine.

Lestrova alargó la mano. Su actitud firme le favorecía.

—Lo primero que usted pensará



—Señora; salga de en medio con ese chico.

—¿Chico? ¡Más chico será usted; tan viejo, con pantalones cortos y entreteniéndose en darle con un palito a una pelota!...

Draper — continuó diciendo. — Repare usted en que el extremo de la boquilla está casi roto por los dientes. El fumador de que se trata no sólo tiene una cabeza fuerte, sino que posee además unos dientes magníficos. Yo puedo asegurar positivamente que Draper lleva dentadura postiza. Se le conoce cuando ríe. Es imposible que puedan darse estos mordiscos en la pipa con unos dientes postizos, menos romperla casi. Ni que lo quisiera hacer expreso podría hacerlo. No tienen sus mandíbulas la fuerza necesaria.

Seguía viviendo. Su sangre fría o su inteligencia le sacaban tal vez de la situación. Reparó que el segundo bandido se le acercaba y notó que estaba pendiente de sus movimientos y que escuchaba la conversación con manifiesto interés.

—Quedan, pues, Goldring y Houseman — prosiguió Lestrova, mientras iba dando vueltas a la pipa como si hablase por deducción. — Uno de los dos es el propietario de esta pieza de acusación. ¿Cuál de los dos? Ambos tienen la cabeza firme y sanos los dientes. Esta pipa es cara; es de la mejor raíz de rosas silvestre de Francia, aunque este detalle no nos dice nada, porque ambos tienen medios para comprarse una buena pipa.

Siguió dando vueltas al objeto sin prisa alguna, sin demostrar el menor azoramiento.

De pronto continuó:

—Y, sin embargo, veo que una investigación más profunda nos llevará a la selección final. El propietario de esta pipa no la trató como merece por ser de superior calidad. Esto demuestra un poco de abandono. El depósito está lleno de residuos, y, lo que es peor, el borde anterior está algo quemado. El propietario de la pipa la llenó de alcohol para limpiarla y dejó que se le quemase el borde. Esto no sólo demuestra que su dueño es algo descuidado, sino también que es poco delicado, porque nadie que estime un poco su pipa la limpiará quemando alcohol en el depósito y menos aún alcohol metílico, como así debe haber sucedido, por lo que se nota aún en el olor que despiden.

Estoy convencido de que Goldring no es hombre capaz de maltratar así una pipa de esta calidad. El, más que delicado, es melindroso; la más extremada pulcritud es una de sus debilidades. En cambio, Houseman es marcadamente bohemio en sus costumbres y en este sentido forma un contraste con Goldring. Luego es cierto que esta pipa no puede pertenecer a este último. Llegamos, pues, por un sencillo proceso de eliminación, a la conclusión de que el propietario de la pipa es Houseman. Siendo así, él fué quien rondaba aquella noche por el balcón. Por cierto que esta suposición queda confirmada por el hecho de que su situación económica es la menos sólida de los personajes de que hablamos; el trabajo a que se dedica es penoso y sus responsabilidades son muchas.

Lestrova calló. Recorrió con el dedo el mango de la pipa y permaneció con los ojos bajos.

El hombre que estaba a su espalda exclamó:

—La pipa puede ser de sir William.

—No. Sir William sólo fuma cigarrillos de media corona la pieza.

—O de alguno de los criados.

—Tampoco. Los criados habitan unas dependencias separadas del edificio, y ninguno de ellos iría, fumando su pipa, a las habitaciones de la señora para robar la joya. El acto no ha sido premeditado. La tentación surgió de repente ante el

consultándose con la mirada, decidiendo sobre su suerte.

—Si dudan sobre si tengo o no el diamante — decía Lestrova, — puede que disparen para correr el albur.

De repente, el que había llevado

ya, ¿cómo prueba usted sus suposiciones y cómo podrá usted arrancársela?

—Muy fácilmente: Houseman se asustará en seguida y la entregará si se le garantiza la impunidad.

—Eso requerirá tiempo.

—Minutos tan solo. Le enviaré una carta.

—¿Una carta?

—Sí, y redactada de modo que ustedes logren su objeto y yo el mío, sin que tenga para nadie consecuencias molestas. Puede usted mandarla por su amigo, aquí presente. Houseman vive muy cerca de aquí, a cinco minutos de distancia. En menos del doble de ese tiempo tendrán ustedes la joya. Permitame que escriba la carta para que usted la examine.

Lestrova sacó de la carpeta de su mesa una hoja de papel. Empezó a escribir, deteniéndose algunas veces para reflexionar. Cuando hubo acabado la carta la entregó al enmascarado, y dijo tranquilamente:

—Yo creo que así está bien. Houseman recibirá un susto mortal. Recuerde usted que el robo fué un acto impulsivo. Soltará la joya como si fuese una víbora.

La carta estaba redactada en los siguientes términos:

Por la presente le ruego entregue o, mejor dicho, restituya al dador la joya por la que demostró un interés tan poco afortunado. Ningún cargo se formulará contra usted si inmediatamente se sirve devolverla a su dueño, que está representado por EDUARDO LESTROVA.

Mientras los dos visitantes acababan de leer la carta, Lestrova escribió el sobre.

—Envíe esta carta a Houseman y tendrán ustedes su diamante, o mejor dicho, el de Lady Widly — añadió, revelando en el tono burlesco de sus palabras la confianza que sentía.

Los dos hombres se apartaron un poco y hablaron en voz baja. El de la pistola no dejaba de mirar a Lestrova y cuando vió que éste se aventuraba a encender un cigarrillo, exclamó con voz amenazadora.

—Parece que está usted muy seguro.

—En efecto, lo estoy.

—Bien, pero entienda que no me marcharé sin llevarme lo que he venido a buscar.

—Se marchará usted con el diamante en el bolsillo.

—Así lo espero... por usted — dijo.

Y de nuevo se dirigió a su compañero, le entregó la carta y el hombre se marchó.

—Fume un cigarrillo — dijo Lestrova señalando la caja abierta.

Su visitante aceptó el ofrecimiento y encendió el cigarrillo con la mano izquierda. Luego acercó un sillón a la mesa y se sentó frente a Lestrova, cruzando una pierna sobre la otra. Seguía apuntando con el arma al dueño de la casa, encerrándose en aquel silencio que podía explicarse por la hosquedad o la suspicacia del hombre.

—Podía usted apartar eso — dijo Lestrova con amabilidad. — Un revólver cargado no es nunca grato a la vista.

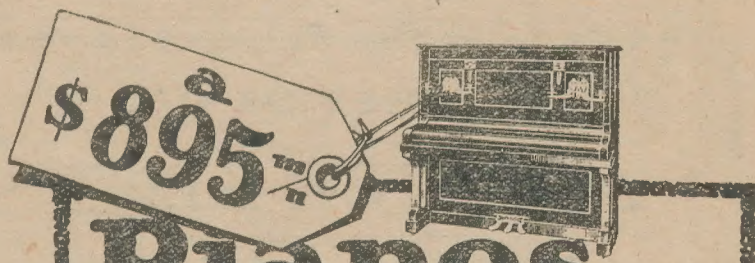
El otro no contestó.

—Debo felicitarle por haber recogido esta pipa y más por no haberla devuelto.

—Falta verlo aún.

—¡Oh! no tengo ninguna duda.

—Ha pasado un cuarto de hora.



Pianos alemanes

nuevos y de fabricación excelente, de hermosas voces, cuerdas cruzadas, tres pedales, armazón de bronce y duración garantida.

Cajas de variados estilos, construidas en todas las maderas de moda.

Libres de gastos, se entregan con aisladores y cubreteclado a domicilio, en la Capital Federal, o embalados sobre vagón Buenos Aires los pedidos del Interior.

Rollos de música, tenemos existencia permanente.

Grandes facilidades de pago

VISITENOS

OBIGLIO & HIJOS

BMS MITRE 1215 BUENOS AIRES

fumador y el autor cedió a su impulso.

Sobrevino un largo silencio. Lestrova seguía con la cabeza baja. Sabía que los dos bandidos estaban

la voz exclamó, en tono de descontento:

—Seguramente se equivoca usted en sus deducciones, pero si fueran verdad, si Houseman tuviese la jo-

Noche de Reyes

Noche de Reyes y de luna plena;
el jardín de la casa está dormido
en un gran sueño vegetal, rendido
ante la magia de la luna llena.

Hay en el aire no sé qué serena
diafanidad; hay no sé qué flúido
que hasta parece un bálsamo, diluído
en pólenes de rosa y de verbena...

Cruzan tres sombras el ambiente claro;
son tres monarcas de un aspecto raro
y de enigmático mirar,

que bajo el limbo del sutil relente
hacen su largo viaje hacia el Oriente;
Melchor, Gaspar y Baltasar.

LUIS MARIA JORDAN.

—No es mucho.
—Pero usted habló de diez minutos.

—Sí; aproximadamente, y me olvidé aún del tráfago de la noche; a esta hora las calles están intran-sitables.

Siguió otro rato de silencio, durante el que Lestrova encendió el segundo cigarrillo. Su visitante reveló con una imperceptible inquietud un creciente malestar. Por fin, poniéndose en pie de un salto, exclamó:

—¡Por vida! ¡Basta ya de farsa!

Viendo que sólo le quedaba de vida una fracción de segundo, Lestrova, sin perder su calma, contestó:

—Muy bien. Cumpliré mi promesa. ¡El diamante está aquí!

Cogió la pipa y con la punta del cortaplumas sacó del depósito una bolita de tabaco y dejó caer en su mano la joya robada a lady Wildly.

—Tómela — dijo Lestrova sonriente.

Había sentido pasar la muerte casi rozándole.

El bandido se apresuró a coger el diamante. Tan poco le había faltado para cometer un asesinato, que los dedos le temblaron y su aliento era un silbido. Examinó la joya con febril ansiedad.

—¿Está usted satisfecho? — preguntó Lestrova, riendo entre dientes. — Perdóneme si cedí a una debilidad muy humana, retrasando hasta que nuda este momento importante. Vi un destello del diamante en el depósito de la pipa cuando me hallaba examinándola delante de usted. Yo ignoré hasta aquel momento que estuviese allí. Se ve que el ladrón separó violentamente el diamante de la fina cadena. El apresuramiento con que obró demuestra su poca experiencia. Lo metió en el depósito de la pipa, que no es mal sitio para esconderlo, lo tapó con un poco de tabaco y se marchó. Por su desgracia, el aturdimiento le trastornó, porque, al salir, en vez de meterse la pipa en el bolsillo, la dejó caer, sin darse cuenta, en el balcón donde yo la encontré. Todo esto está muy claro.

Detrás de la máscara, los ojos del bandido brillaron de triunfo.

—Sí, sí, comprendo — exclamó, condescendiendo a contraer la boca en forma de sonrisa. — Y Houseman debe de estar buscando aún frenéticamente su pipa... esta pipa...

—¡El, no! — dijo Lestrova, sonriéndose y frotándose las manos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues que esta no es la pipa de Houseman. Nunca lo fué ni nunca lo será. El pobre y bueno de Houseman no es capaz de robar la cabeza de un alfiler.

—¡Ah! ¿No? Pues entonces, ¿qué juego es éste?...

—Escúcheme. Es muy interesante. Esta mañana, al examinar la pipa con interés que era algo más que una mirada casual, conocí quién era su dueño. ¿Por qué, pues, afirmé que pertenecía a mi amigo Houseman? La contestación es fácil. Traté de ganar tiempo. Como he dicho antes, no tenía la más mínima idea de que el diamante estuviera en la pipa hasta después

de haber empezado las investigaciones y las deducciones, y entonces continué en ella, por dos motivos: primero, porque me pareció divertido e instructivo; usted ha de admitir que la lógica que desarrollé era acertada. Y segundo, porque... Pero esto se lo diré dentro de un momento. Usted querrá saber a quién pertenece la pipa. ¡A mi criado!

—¡Bowler!

—Ese es su nombre. La guardé para él, pero no ha venido. Ya sabemos el motivo, ¿verdad? Al parecer le entró el miedo cuando descubrió la pérdida; temió que se encontrase la pipa con el diamante dentro. Conoció que era suya porque yo se la regalé por Navidad. En la boquilla lleva una chapita con la marca de los fabricantes; este detalle y el habérsela visto limpiar con alcohol metílico hicieron que la reconociese. El bandido debe de haber ido directamente desde la taberna "Las langostas gemelas" a la casa de lady Wildly, escalándola para robar la joya. Sabe usted tanto de mis asuntos que sospecho que es a él a quien han sonsacado ustedes. Debían, pues, haberle vigilado a él y no a mí. Sin embargo,

usted ya tiene el diamante. ¿Está satisfecho?

—Sí; habla usted con mucha sangre fría y se figura usted que es muy listo...

—Sí; así lo creo.

—Pero ha estado usted a punto de ir demasiado lejos. En vez de malgastar el tiempo escribiendo aquella carta...

—¡Ah!... ¡Espere..., espere! No le he explicado aún el segundo motivo de escribir. Mis deducciones le hicieron creer que la pipa pertenecía a Houseman. Esto era muy interesante. Ya le dije a usted que él se gana la vida inventando juegos acrósticos para revistas. Hace en eso maravillas. Usted observaría también que tardé un rato en terminar la carta y que pensaba detenidamente en lo que escribía. Y como él nunca tuvo el diamante, de momento mi carta le habrá parecido escrita en griego; pero luego, instintiva y mecánicamente, habrá buscado en ella un significado oculto, un enigma, y efectivamente, cuando se haya dado cuenta habrá visto que se trataba del más viejo de los acrósticos: la primera letra de cada línea forma una palabra... la palabra fatal...: Policía. Era mi

**SOLICITENOS
HOY MISMO**

UN CREDITO.
COMPRARA CON EL TODO LO QUE NECESITE Y
NOS LO PAGARA

EN 10 MESES.

A.CABEZAS
SARMIENTO ESQ. SAN MARTIN (BUENOS AIRES)



Un ladrón arrepentido

El Bank of Commerce and Trust Company, de Memphis, (Estados Unidos), recibió hace pocos días un despacho fechado en una ciudad oriental, en que se decía: "Dentro de dos años regresaré a esa población y satisfaré lo que debo. En la actualidad, mi conducta es honorable. — James Glibsson".

El firmante es un hombre de treinta años, que desempeñó el cargo de cajero en el Banco de Comercio y que desapareció hace algún tiempo llevándose los fondos de la caja, que ascendían a 457.000 dólares.

Inmediatamente de llegar el despacho a manos del director del Banco, éste se lo entregó a la policía, la cual, sin pérdida de tiempo, dispuso que se practicasen las necesarias pesquisas para conseguir la aprehensión del funcionario fugitivo.

Del examen de los libros verificado en el Banco, resultó que Glibsson había estado substraendo grandes cantidades por espacio de más de tres años, sin que se diera nadie cuenta de ello, por haber presentado balances falsos.

Con los fondos robados estableció una fábrica de automóviles, pero los negocios fracasaron, y esta circunstancia le impulsó a apoderarse de más recursos para huir.

LAS RANAS

Vecinas eran dos ranas y pasaban la vida casi juntas, aún aunque habitaban la una en un estanque, y la otra en la cuneta de un camino.

—¿Porqué no te vienes a la charca, amiga? — decía-le fluvial a la terrestre. Aquél es nuestro elemento y nuestra despensas allí nacimos y allí deberíamos morir.

—Eso piensas tú — contestó la otra; — pero eso es una antigualla, indigna de los tiempos presentes. Ahora se debe buscar la casa en sitio público, para gozar del mundo y sus encantos cuando vaya para vieja ya procuraré volver al estanque.

A poco de estas razones pasó por el camino un carro y ladeándose del lado de la cuneta, aplastó a la rana que se distraía en la contemplación del mundo.

LOS MOHANES

Por Pedro Sonderegger

Esto sucedió en Colombia hace ya muchos años. Viajaba yo, en compañía de un pariente, rumbo a la aldehuela de Santa Cruz, donde debía pasar una temporada. Nuestros caballos iban cansados. Eran las dos de la tarde y desde la madrugada estábamos en marcha por un camino en cuesta. Ibamos lentamente, protestando contra el sol que nos tostaba la piel. El suelo reverberaba como las paredes de un horno. Del bosque venían arrullos de tórtolas. De cuando en cuando un reptil, traidor como un hombre, cruzaba el camino en presurosa fuga o se oía el paso precipitado de una torcaz asustada que huía por entre los matorrales.

—Ya vamos a llegar a Las Caras — me dijo mi pariente, cuyo nombre es Enrique (digo "es", porque el buen hombre vive todavía) y que desde hacía cerca de una hora distraía su cansancio silbando un aire entonces muy en boga.

—Gracias sean dadas al diablo — repuse. — Así podremos reposar tranquilos un rato.

No había acabado de pronunciar estas palabras cuando, de pronto, al dar vuelta a un recodo del camino, se presentaron a mi vista cuatro chozas miserables, que parecían puestas a capricho en la falda de la montaña por alguién deseoso de burlarse de eso que entre las gentes civilizadas se llama arquitectura.

—Esto ¿qué es? — pregunté sorprendido.

—Las Caras — me contestó Enrique. — Aquí descansaremos y comeremos algo. Tengo aquí una antigua conocida, que nos atenderá lo mejor posible.

—¿Alguna aventura?

—No. Se trata de una negra tan vieja que debe pertenecer a la prehistoria. De quien estuve muy enamorado fué de una hija suya, que era una rubia bellísima.

—¿Rubia? — exclamé yo, con asombro. — ¿No dices que la madre es negra?

Enrique, sonriendo, me contestó:

—Esa es una historia que mi amiga, que tiene el raro nombre de Cleofe, te contará con mucho gusto.

Detuvimos nuestras cabalgaduras ante la primera de las cuatro chozas.

—¡Cleofe! — gritó mi compañero.

En la puerta de la choza apareció una figura que no olvidaré nunca. Cleofe tenía el cuerpo escuálido, encorvado y nervioso de las brujas de los cuentos para niños. El rostro no respondía al tipo clásico. Carecía de la nariz ganchuda y de la barbilla pronunciada. Era la de Cleofe una cara de ébano, inmensa y redonda, llena de innumerables arrugas. Entre aquellas arrugas se abrían dos ojos grandes, expresivos, chispeantes, elocuentes. Eran ojos de veinte años en un rostro de un siglo. Confieso que tan extraño contraste me causó una impresión de sorpresa, mezclada con un poco de miedo.

—Si lo permites, — dijo Enrique, — descansaremos aquí un poco.

Naturalmente. Entren ustedes.

Nos apeamos, atamos nuestras cabalgaduras a unos árboles cercanos y penetramos luego a la choza. Esta constaba de dos habitaciones. Entramos a la que hacía de sala. Nos sentamos. De repente vi aparecer por la puerta que daba al dormitorio la encantadora cabeza

de una niña rubia de doce años. Me quedé mirándola, asombrado.

—¿Y esa criatura? — pregunté.

La vieja volvió bruscamente el rostro, hacia la puerta.

—¡Vete a tu sitio, Lucinda! — gritó.

La niña se retiró asustada. Después, Cleofe, dirigiéndose a mí, dijo:

—Es mi nieta.

Esta afirmación me desconcertó y exclamé involuntariamente:

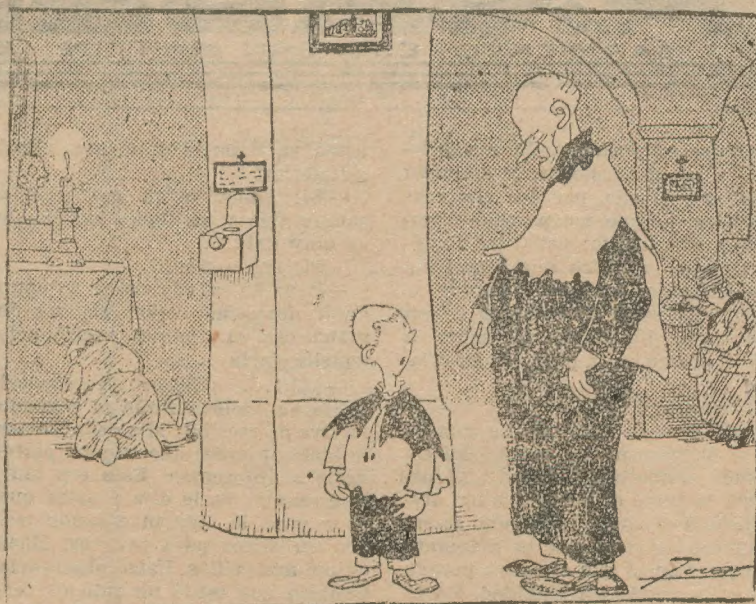
—¿Su nieta?...

do volver a vivir entre cristianos. El mohán condujo a mi hija al corazón de la montaña, donde tiene su residencia, que es maravillosa. Lo primero que notó Clara fué que el color de su piel y de sus cabellos empezó a cambiar. Al poco tiempo, parecía una mohana.

Tras una pausa, Cleofe preguntó a Enrique:

—¿No es cierto, señor, que mi Clara era muy bella?

—En efecto — respondió mi compañero — su hija era hechicera.



EL SACRISTAN. — ¡Ya te habrás enterado de que un señor cura ha inventado un cepillo de Animas que da las gracias cuando le echan almueños!

EL MONAGUILLO. — ¡Con tal de que no diga nada cuando se los caloteen!

—Así es, aunque parezca mentira — repuso Cleofe, sonriendo. — Usted se sorprende de que una criatura tan linda y tan blanca sea nieta de una vieja tan fea y tan negra. La cosa no le extrañará tanto cuando sepa que Lucinda es hija de un mohán.

Era la primera vez en mi vida que oía la palabra "mohán". Enrique me explicó:

—En esta región se cree en la existencia de seres sobrenaturales, muy blancos, muy rubios, que suelen presentarse en las orillas de los manantiales para pasmo de las gentes sencillas que en estas poblaciones moran. Los mohanes, que así se llaman esos seres, tienen la costumbre de robar niños. Cuando desaparece un niño, se dice que se lo ha llevado el mohán.

—Eso es lo que sucedió a mi hija Clara — intervino la anciana. — Clara, aunque de piel oscura, era muy bonita. Un día que fué a buscar agua al arroyo, un mohán, que se enamoró de ella, se la llevó consigo. No hablaré a usted de mi desesperación, porque eso no vale la pena. Le contaré lo que Clara me narró, años más tarde, cuando pu-

tenía una cabellera espesísima, rubia y sin brillo, como el oro muerto. Sus ojos eran de un verde profundo, como el de ciertas hojas. La boca, que aunque pequeña, no perdió del todo las características de la raza mozambique, era de un rojo intenso, provocante, que producía raros deseos voluptuosos. Su cuerpo...

Enrique, en vez de concluir la frase, hizo un gesto más elocuente que el más hermoso discurso.

—Clara era amada locamente — continuó la anciana — y si no hubiera sido por el dolor que le causaba mi ausencia, habría sido feliz. Esta pena se fué haciendo más intensa cada día y llegó un momento en que se convirtió en una extraordinaria angustia. Quería verme, necesitaba verme. Una mañana, no pudiendo soportar aquella creciente desesperación, aprovechando un descuido de su mohán, se escapó. Aquí llegó, llorando de contento. El mohán vino tras ella y estaba tan enamorado que resolvió quedarse a vivir con nosotras.

—El amor hizo el milagro de humanizarlo — observé yo.

—Es verdad — dijo Cleofe, —

pero su nueva condición le hacía sufrir horriblemente. El deseaba volver a su montaña. Por las tardes se ponía a mirar el horizonte y lloraba. Entonces, corría hacia Clara, la apretaba contra su pecho y, hundiendo su boca entre los labios de ella murmuraba: "¡Abrazame! ¡No me dejes ir!" Y su voz era suplicante y conmovedora.

La vieja calló un instante. Luego prosiguió:

—Ese idilio duró poco. Clara murió una semana después de nacer Lucinda. El mohán se fué. Al irse me dijo: "Me llevaré a mi hija antes de que cumpla quince años". Desde entonces vivo constantemente alerta, en un permanente sobresalto. Por eso no dejo salir a Lucinda de esa habitación.

Quise conocer a la mohanita.

—¡Lucinda! — llamé.

Un segundo después la niña se hallaba frente a mí. Jamás ojos humanos han visto más sorprendente maravilla. Aquella criatura irradiaba. Su cabellera suelta, abundantísima, cubrirla todo el busto. Y aquella cabellera era luminosa. No intentaré describir los prodigios celestes de sus ojos ni la gloria impúber de su cuerpo. Sus manos eran dos miniaturas de alabastro, cuya blancura de hechizo era bruscamente interrumpida por el rosa suave de las uñas. Las puntas de sus dedos eran capullos de azucena sobre los que parecía proyectarse dulcemente el leve reflejo de un rubí. Quedé en éxtasis. De pronto Lucinda desapareció.

II

Transcurrieron dos meses. Al regresar de Santa Cruz, quise pasar de nuevo por Las Caras.

Llegamos, Enrique y yo, ante la choza de Cleofe a las ocho de la noche. Llamamos. Por toda respuesta oímos un quejido. Enrique, inquieto e impaciente, empujó la puerta con violencia y logró abrirla. Entramos. Un tenue resplandor que venía del dormitorio, nos permitió ver a Cleofe, que estaba acurrucada en un rincón.

—¿Qué te pasa? — interrogó mi compañero.

—Estoy esperando la muerte.

—¿Qué diablos dices?

—Lo único que anhelo es "irme". Así me marcharé con Lucinda.

—¿Cómo! ¿Lucinda se ha marchado?

—Sí. Ha muerto.

Guardamos un largo silencio. La vieja balbuceó:

—Yo la he muerto. Quiso fugarse y como yo no puedo vivir sin ella, le he quitado la vida. Así la tendré conmigo aunque sea muerta.

—¿Y dónde está?

—Ahí.

Y Cleofe indicó el dormitorio.

Nos precipitamos hacia dicha habitación y allí se nos ofreció un espectáculo angustioso y deslumbrante. Entre dos pequeños cirios, en el suelo, yacía desnudo el cadáver de Lucinda, la hechicera. Nunca hubo nada más blanco que aquella fascinante desnudez. Un grito de espanto interrumpió nuestra dolorosa contemplación.

—¡El mohán! — dijo la anciana.

Un hombre, rápido como la luz, penetró en el dormitorio, levantó el cuerpo de Lucinda y salió con él en brazos.

—Esta criatura es inmortal — nos gritó desde lejos.

Y en medio de la noche la cabellera de Lucinda resplandecía como una llama.

COMO SE AHOGO ESTANISLAS

Por Enríque J. Poncela

Voy a contar a ustedes una extraña historia, en la que se halla mezclado el nombre del gran nadador Estanislao Warren, excelente individuo norteamericano con el que me unió una buena amistad hasta el momento mismo de su muerte, recién acaecida.

Y voy a contarla desprovista de todo ropaje literario, porque las historias verdaderamente emocionantes se bastan a sí mismas para encadenar la atención del que escucha.

Yo conocía a Estanislao Warren lo suficiente para estar convencido de que era muy borracho. Me he explicado mal. Quiero decir que le gustaba beber líquidos alcohólicos. (Todo artista debe huir de las palabras fuertes).

En la época en que yo le traté, Estanislao Warren era feliz, con esa felicidad genuina de los hombres que no han estudiado el tratado de la *Mónada*, de Leibnitz. Estanislao, que vivía en Nueva York, abandonaba su domicilio diariamente entre las quince y las diez y seis horas, momento en que solía dejar de tener sueño, y desde ese punto dedicaba sus energías a recorrer los poéticos lugares en donde podía calmar su sed de alcoholes.

El cuadro sinóptico de sus ocupaciones podía trazarse de esta suerte: "Entrar en un bar, beber, pagar lo bebido, salir a la calle. Entrar en otro bar, beber, pagar lo bebido, salir a la calle. Entrar en otro bar, beber, pagar lo bebido, salir a la calle, etc., etc."

Se comprenderá sin dificultades que, comenzando esta pesada misión, a las diez y seis horas, cuando llegaban las veintidós o las veintitrés, Estanislao Warren se mantenía sobre sus piernas merced a heroicos esfuerzos. Andaba por la calle con una marcada dirección zigzagante, hablaba solo y en voz alta, insultaba a los transeuntes, se reía mucho frente a las lunas de los escaparates y, finalmente, daba lugar a que las personas que pasaban a su lado dijeran:

—It is in very spinghell! (Está como una uva!).

Anticiparé a ustedes que yo le aconsejaba bien; pero él era hombre de ideas profundas y de nada servían mis consejos.

Fué entonces cuando en todos los estados de la Unión se proclamó la ley Seca y se prohibió la venta de bebidas alcohólicas.

Temí por la vida de Warren, e hice bien en temer. Mi amigo se sentía sin fuerzas para arrastrar una existencia sin alcohol. Y es que, positivamente, había nacido para infierno. Intentó adquirirlo de contrabando y no consiguió. Bebió agua de colonia, alcohol alcanforado, bencina, gasolina y aguarrás. Pero nada de esto le satisfacía, y su organismo, falto de combustible, se apagaba como una cerilla de cuarenta.

Yo me destrozaba el encéfalo buscando una solución para evitar el caos hacia el que caminaba vertiginosamente Estanislao Warren; pero la solución, como las nenas de la calle de Hilarion Eslava, no parecía.

Una tarde hallé a Warren contentísimo.

—Estoy aprendiendo a nadar — me dijo.

La confesión me dejó de cretona.

—¿A nadar?

—Sí. Ya soy un gran nadador... Y la semana que viene ¡podré beber!

Y como yo le tomase el pulso para ver si su fiebre era de 39 grados o de 40, Warren me lo explicó todo.

La ley Seca prohibía la venta de alcoholes dentro del territorio y aguas jurisdiccionales de los Estados Unidos; pero no podía prohibirla en alta mar. Y un antiguo tabernero había fletado un barco-cantina que permanecía a diez millas de la costa, y en el que se expendía toda clase de bebidas alcohólicas a los ciudadanos que quisieran ir allí. El barco se llamaba *El Tablón*, y sus pasajeros honraban el nombre.

Entonces comprendí que Warren aprendía a nadar para poder trasladarse al barco todos los días.

Eso hizo durante quince meses. Su diario regreso, a nado y con nueve litros de vermut dentro del estómago, le valió bien pronto el título de campeón mundial de la natación alcohólica.

Realmente, nadie podía hacer dentro del agua los filigranas que hacía Estanislao Warren. Un día, yendo a nado hacia el barco-cantina, Estanislao aprovechó el viaje para despachar su correspondencia. Más tarde, para no aburrirse en su expedición de ida, solía ir haciendo solitarios.

En vano algunos atletas de la natación pretendieron competir con él. Su entrenamiento le hacía invencible.

En estas circunstancias, el mar arrojó una noche a las costas el cadáver de Estanislao Warren. El enorme nadador se había ahogado.

Ver hundirse el firmamento, contemplar una calle de Buenos Aires bien empedrada, no me habría extrañado más.

¿Cómo podía ahogarse un nadador como Warren, que había llegado a dormir la siesta dentro del agua? ¿Qué podía haberle ocurrido?

Pero la autopsia lo aclaró bien pronto. En el barco-cantina, Estanislao Warren había tomado el vermut con aceitunas y se había ahogado al tragarse uno de los huesos.

Desde entonces, las aceitunas más gordas de los Estados Unidos se llaman *aceitunas Warren*.

Por cierto que el presidente Coolidge me envió ayer dos frascos de regalo. Es muy amable.

Malta
PALERMO

En la convalecencia

un régimen de alimentación apropiado tiene el mérito de restituir al organismo todo su primitivo vigor, siempre que cuente con un colaborador como la Malta Palermo, cuyas estimables propiedades tónicas la consagran como el complemento ideal para la mesa del convaleciente

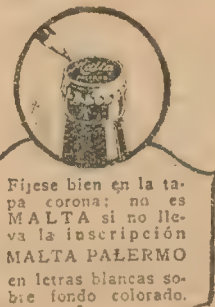
Su densidad nutritiva no menoscaba su agradable sabor ni su perfecta asimilación

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S.A.
BUENOS AIRES



Desde hace varios lustros es el auxiliar imprescindible para las madres en el período de la lactancia



Fijese bien en la tapa corona: no es MALTA si no lleva la inscripción MALTA PALERMO en letras blancas sobre fondo colorado.



UN SUICIDIO

Por Curro Vargas

—Anoté usted, Rivera: "Don Ernesto Medina y González; edad, treinta y dos años, soltero, natural de Córdoba, ingeniero, con domicilio en esta capital, calle tal, número tantos... Ha ingresado en este hospital a las diez y seis y treinta del día de hoy..." ¿Está ya?

—Sí, señor.

—Habiéndosele apreciado, previo el oportuno reconocimiento, las siguientes lesiones: "Fractura comminuta de ambos fémures, conmoción visceral intensa y fractura probable de la base del cráneo. Pronóstico gravísimo". ¡Nada más! Oiga, Rivera; telefoné usted al juzgado y póngale otra inyección a ese que nos han traído antes, al de la borrachera.

—Muy bien.

El médico, mejor dicho, uno de los médicos de guardia, que era el que había dictado el parte, abandonó la salita de operaciones, dirigiéndose tranquilamente a un despacho contiguo, donde se dejó caer en un sillón, encendiendo un cigarrillo y reanudando la lectura de una revista ilustrada.

Convivir y por oficio con todas las tragedias acorcha nuestra sensibilidad y nos hace inmunes al dolor que ocasiona el espectáculo del dolor ajeno. No es egoísmo ni crueldad, es sencillamente la costumbre de encararse un día y otro con los mayores sufrimientos, con las lágrimas y con la muerte...

Rivera, el practicante, aquel muchacho rubio, de cara redonda y ojos azules, no se había familiarizado aún lo suficiente con estas escenas, y cada vez que traían a un hombre apuñalado o a una mujer medio destrozada por un automóvil o un tranvía, Rivera, ante los ayes desgarradores de aquellos infelices, cambiaba de color, y al preparar las jeringuillas, el instrumental y el cagut para las suturas, temblaba todo él, como un azogado. En cambio, se refa mucho con los beodos, con esos tipos pintorescos, que le trataban de usía o roncaban estrepitosamente, haciendo muecas absurdas y visajes graciosísimos. Pero ahora no se trataba de uno de esos borrachos *acharlotados*, sino de una tragedia auténtica, de un suicida, de un caballero joven, gallardo, elegante, que se había arrojado desde un balcón de un tercer piso y se había estrellado en los adoquines de la calle. ¿Por qué? Ese era el enigma, la pregunta que formulaba sin palabras el practicante, mirando al sinventura, que agonizaba, con estertores cada vez más débiles, sobre la mesa de operaciones.

¡Matarse, pensaba Rivera, es siempre una cobardía y un crimen!

Nosotros, que no podemos darnos vida, no tenemos derecho a quitárnosla: la vida es de Dios. Pero aún resultaba el suicidio más absurdo, más incomprensible, en casos como aquél... ¡Matarse un hombre joven, fuerte, sano, culto, bello, con infinitas y halagüeñas posibilidades en lo por venir, con una fortuna, o, al menos, con una existencia sin luchas con la miseria, sin esos conflictos sombríos de la necesidad, que empuja hacia la desesperación! ¿Por qué se habrá suicidado este hombre?, repetíase *in mente* el practicante. ¿Por la traición de una mujer? ¡Bah! ¡Hay

tantas mujeres en el mundo..., sobre todo para un hombre así! ¿Estaría cansado de la vida? ¡Tampoco! Este hombre no era un agotado, un caduco, uno de esos ex hombres que arrastran penosamente la cadena del tedio... ¿Se habría arruinado ante el tapete verde? ¿Habría cometido un delito contra el honor?...

Y Rivera, haciéndose todas esas preguntas, se iba aproximando al moribundo, que alentaba fatigosamente, con los ojos cerrados y la boca ensangrentada, medio abierta...

De repente, el practicante frunció el entrecejo y alargó la mano,

te. Y para volverla a ver, ¡siquiera en espíritu y siquiera una vez!, hubo de consagrarme a una tarea científica que duró años... Me propuse descubrir el medio de materializar las almas, no en espiritista, sino científicamente.

¡Me llamaron loco! ¡Loco! La gentuza ignorante y vulgar llama locos a todos los que realizan algo grande, algo sublime, algo insospechado...

Repito que mi procedimiento no era una farsa de apariciones, sino ciencia, pura ciencia.

No tengo inconveniente en revelar el secreto: *osmium* es un metal, y uno de sus compuestos, el peróxido,

El bufón y el campesino

Divertía un bufón a los atenienses desde las tablas de un teatro, no sólo con multitud de ingeniosas ocurrencias, sino con la imitación exacta de varios animales. Imitaba, sobre todo, con tal propiedad, el gruñido de un marranillo, que los espectadores pidieron con insistencia la repetición de la gracia, gran número de veces. Cansado un campesino de aquel entusiasmo, que le parecía injusto, saltó a las tablas y dijo que si el pueblo se lo permitía, él desafiaba al bufón para la tarde siguiente, apostando una gruesa suma para el vencedor. Ante la esperanza de divertirse mucho a costa del pobre hombre, el pueblo accedió a la propuesta, y se hizo nueva cita para la otra tarde.

Llegada la hora, el bufón fué el primero en lucir su habilidad de hacer el marranillo, y los espectadores, cada vez más satisfechos, aplaudían con mayor frenesí aún que la víspera. Tocóle su turno al campesino, el cual llevaba oculto bajo la capa un marrano de carne y hueso; y cuando los aplausos al bufón se habían mitigado, tiró al lechón de la oreja, haciéndole gruñir fuertemente.

—¡Fuera, fuera! —gritó la multitud indignada. — Eso no está bien; así no gruñen los marranos; el bufón lo hace mejor; él gana al apuesta.

Cuando se restableció el silencio, el campesino se quitó la capa y mostrando al animal, dijo de este modo:

—Atenienses: acabáis de silbar al mismo marrano.

pinzando con el pulgar y el índice un papel en muchos dobleces, una de cuyas puntas asomaba por la parte alta de la camiseta del herido.

Rivera lo desdobló con cierta emoción... El mensaje, escrito en letra muy menuda y apretada, decía así:

"He amado con delirio a una mujer, a una sola mujer, ¡la más hermosa y la más santa de todas las mujeres! Un devaneo estúpido, una aventura mía, la hirió en el corazón, y la hirió tan hondo, que le quitó la vida, precisamente cuando íbamos a casarnos; es decir, cuando íbamos a ser locamente dichosos. ¡Mis remordimientos la vengaron! La maté con mi ingratitud, y después de matarla ¡la adoré más que nunca! Este ha sido mi tormento y mi castigo: no poder vivir sin ella, cuando ella ya no existe.

do, posee la facultad de emitir vapores, en contacto de los cuales los elementos anatómicos son instantáneamente inmovilizados en la posición que ocupan en el momento de la acción. Si se dirigen sobre esos vapores los rayos *beta* de una ampolla fuertemente cargada de *radium*, esos vapores se colorean de azul, en rosa, o en negro, según la reacción. Las almas, me dije, son vivientes, y su sustancia, tenue, desmaterializada, imponderable, sería análoga al éter. De aquí la aplicación del *osmium*, de mi descubrimiento. Provisto de una máscara hice la experiencia...

Yo tenía la impresión de que los espíritus no desean ponerse en contacto con nosotros, ya que nosotros, el mundo de los vivos, representamos para ellos un ciclo inferior. Esta era una dificultad. Pero también hay que suponer que esas al-

mas no han perdido todo recuerdo de su vida terrena y que permanecerán en cierto modo enlazadas a lo que aquí han amado... En fin, una tarde me decidí a realizar el ensayo en mi laboratorio, donde me encerré. Dispuse los aparatos. Los vapores de *osmium*, bajo la influencia de los *betas* invisibles, semejaban humos grises... ¡Qué momento de ansiedad, de angustia, de dudas! De pronto casi lancé un grito al ver perfectamente cómo se proyectaba en azul, en un azul intenso, una elegante silueta femenina. La silueta se fué poco a poco acentuándose..., completando, hasta surgir toda ella, radiosamente hermosa, con sus cabellos rubios sueltos, blanca, nacarada, adorable, con su sonrisa dulcemente triste. Vi que sus labios se entreabían, que iba a hablarme, a pronunciar quizá unas palabras de amor y de perdón. ¡Pero en aquel momento, precisamente, dejé caer la ampolla de *radium* sin darme cuenta, y los rayos *gamma* destruyeron la imagen querida!

Maldije mi torpeza, recogí y analicé el polvillo blanco que quedó extendido en el suelo. Era una cosa misteriosa y absolutamente desconocida, sin nombre químico: ¡era la sustancia de ella! ¡La había matado dos veces! ¡Un doble crimen que nadie conoce, que nadie castiga por eso mismo; pero que al cabo yo mismo voy a castigar! Por eso me mato, señor juez. ¡La maté a ella dos veces! ¡Dos veces! ¡Dos!.."

El practicante rompió la extraña revelación. A la puerta del hospital se había detenido un automóvil. Era el Juzgado. Y el médico salió a recibir al juez, exclamando, tras un saludo respetuoso:

—¡Perdone, usía! El caballero que se ha suicidado hace unas horas, acaba de expirar.

Para llevar al Mar Muerto las aguas del Mediterráneo

Un ingenioso plan para proveer de fuerza eléctrica a Palestina, ha sido ideado por M. Imbeaux, un ingeniero francés. Dicho original proyecto consiste en lo siguiente, explicado a grandes trazos:

Por medio de unas bombas accionadas eléctricamente, M. Imbeaux haría subir las aguas del Mediterráneo a un depósito que se construiría en lo alto de la cordillera que separa el valle del Jordán de la costa. Desde este depósito, el agua caería a una gran cuenca sobre el valle de Nahr Djalend, un tributario del río Jordán. Desde allí descendería hasta una distancia de 370 metros, a una estación generadora; pasando de esta estación, podría llevarse en tubos a la segunda estación y desde allí al Mar Muerto.

El plan también propone ensanchar el puerto de Haifa y la construcción de una serie de esclusas, necesarias a la totalización de la obra.

Un joven empleado, con la pluma en la oreja, bajó corriendo los dos tramos del primer piso, en el vasto taller. Un jefe fué enseguida a su encuentro, preguntándole:

—¿A quién busca, señor Stewitt?
—Al jefe técnico, al señor Werner... Lo necesita el ingeniero.
—No está aquí; debe hallarse en la sala de dibujo.

—Gracias... Buenos días.
—Buenos días.

El empleado salió del taller y entró en la sala de dibujo, donde percibió enseguida, curvado sobre un caballete y con el lápiz en la mano, a quien buscaba. Era un hombre de arrogante figura, de rostro inteligente y enérgico, alto, de aspecto fuerte y rudo, que con la larga blusa más parecía un artista que un operario.

Al oír que lo llamaban, se dio vuelta.

—¿Qué desea? — preguntó.

—El ingeniero le ruega que suba a su estudio. Quiere hablarle.

—¡Ah!... Voy enseguida.

Se quitó la blusa, se arregló la corbata y siguió al empleado al primer piso, donde junto a las oficinas estaba el estudio del ingeniero Morgan, dueño de las fundiciones.

—¡Oh, Werner! — dijo. — Te esperaba. Cierra bien la puerta y acércate.

Sin responder el jefe técnico obedeció y fué a sentarse en la butaca, a un lado del escritorio, casi enfrente de su interlocutor.

Reinó un largo silencio, que a ambos pareció pesado. El ingeniero Morgan no sabía como empezar a hablar.

—Oye, Werner — dijo luego lentamente y en tono grave. — Lo que tengo que decirte es muy serio y también muy penoso, quizás más aún para mí que para ti.

El ingeniero pareció cohibido, pero prosiguió:

—Hace ya varios días que quería abrirte mi alma y no he sido capaz de hacerlo. Sin embargo un día debería decidirme. Tú sabes que no soy hombre capaz de mentir y de fingir. Por eso voy a hablarte francamente como es mi costumbre.

—Hace ya muchos años que vivés aquí conmigo. Ya sabes que nunca te he considerado como un operario, sino como un colaborador. Creo que no podrás quejarte de mí. Hemos vivido bien por mucho tiempo y habríamos podido continuar así, pero ahora, querido Werner, creo que eso ya no es posible; trata de comprenderme... sería una situación equívoca para todos. Podría emplear un lenguaje bien distinto, creo que tengo derecho. Pero no lo hago...

A medida que Morgan hablaba, el rostro de Werner, que se había puesto palidísimo, tornábase cada vez más sombrío, mientras una contracción dolorosa lo alteraba.

Cuando el ingeniero calló, permaneció largo tiempo con los ojos bajos, como aniquilado, sin saber qué responder; luego, con voz insegura que poco a poco iba adquiriendo firmeza, dijo:

—He comprendido perfectamente, Morgan lo que me has dicho y lo que... has evitado decirme. Y te diré también que... no creía que lo sucedido pudiese llegar a tu conocimiento. Sin embargo, también creo que se hubiese creído que es mejor así... porque yo do un estado de cosas intolerable. Tienes perfecta razón, y poniéndome en la puerta de tu...

LA RENUNCIA

Por E. F. B.

—Yo no te pongo en la puerta, Werner — interrumpió el ingeniero con vivacidad.

Pero el otro sacudió la cabeza esbozando una especie de sonrisa.

—¡Oh, querido Morgan! — dijo. — Es inútil poner velos color de rosa sobre tus palabras. ¿Crees que no comprendo? Te repito que tienes todas las razones... Haré lo que

para todos...

El ingeniero no quiso escuchar aquellas palabras.

—Para la liquidación de nuestros intereses — dijo, — daré instrucciones a Edgar, el cajero; te dirigirás a él... hoy, después del almuerzo...

Werner hizo un gesto de indiferencia.

—¡Oh, eso es lo de menos! — res-

Pero esos planos son obra mía y tienen gran importancia. Al irme de aquí, bajo todos los escalones que había subido. Quedo en el suelo, ¿comprendes? En cambio, con esos dibujos, puedo decir que estoy al menos en el primer escalón. Podré rehacerme una existencia más fácilmente. Además, me parece justo que sea yo quien me aproveche de mi trabajo.

Morgan se puso de pie.

—Y a mí, ¿sabes lo que me parece? — dijo. — Que no es justo que ahora te pongas fuera de las condiciones establecidas...

Werner tornóse lívido. Sus ojos despidieron relámpagos, y, sin embargo, se contuvo. Quedó un instante silencioso.

—Tienes razón — dijo luego con amargura. — No hablemos más...

—Entonces, ¿estamos de acuerdo?

—Sí; pero mira que por los planos no quiero recibir recompensa alguna.

—Como quieras; no obstante, haré acreditar en tu cuenta corriente el acostumbrado porcentaje sobre las utilidades obtenidas. Siempre podrás disponer de él.

Werner se encogió de hombros.

—Creo que no tenemos más que agregar — dijo luego con frialdad.

—Yo creo lo mismo — respondió Morgan.

—Antes de marcharme vendré a despedirme.

—Está bien.

—Ahora bajo para terminar los últimos trabajos. Hasta luego.

—Hasta luego.

Y Werner salió del estudio, con paso inseguro y la espalda curvada como bajo un pesado fardo.

En el reloj de las Fundiciones Morgan sonaron las once de la noche.

El vasto establecimiento estaba completamente silencioso. Las amplias salas bullentes de ensordecedora actividad durante el día, se hallaban ahora desiertas y oscuras. Sin embargo, en aquella perfecta calma alguien velaba. Apenas había sonado la hora, cuando una puerta del segundo piso se abrió sin rumor y una sombra que casi no se distinguía en la oscuridad salió y echó a andar a tientas, lenta y cautelosamente. Llegó al fondo del corredor y se detuvo en una puerta cerrada: era una entrada reservada al estudio del ingeniero Morgan.

El hombre sacó del bolsillo una llave y una lamparita eléctrica de bolsillo, a cuya luz pudo abrir fácilmente la puerta, y después de tender nuevamente el oído atravesó el umbral, bajó una escalerita interna de caracol y se halló en el estudio. Encendió en seguida la lámpara eléctrica que había sobre el escritorio y abrió un cajoncito lateral donde aparecieron varios gruesos sobres amarillos.

El extraño visitante sacó de uno de ellos unas hojas y se puso a examinarlas con atención, extendiéndolas y disponiéndolas con cuidado sobre el escritorio. Eran los dibujos de las piezas de una máquina. Después de haberlos examinado largamente, se puso a copiarlos en un pliego de papel. Trabajó activamente durante más de media hora. Luego colocó todo en su sitio, y guardándose en el bolsillo las copias que había sacado, apagó la luz y volvió a subir la escalera.

Con la misma cautela usada anteriormente abrió la puertecilla, pero al dirigir una ojeada delante de sí, palideció. En el fondo del co-



VINO TORO

Es el vino que, por ser insuperable para la mesa, debe elegir todo aquel que quiera acompañar una buena comida con un buen vino.

Beba Vino Toro

Se vende en botellas de litro y en cascos

Bodegas y Viñedos Giol, S. A.

CANGALLO 434 - BUENOS AIRES

haría cualquiera en mi lugar. Partiré. Convendrás en que no me queda otra cosa que hacer...

El ingeniero no respondió.

—La vida no me asusta — prosiguió Werner. — Sé trabajar y comenzaré de nuevo a luchar. Cierro que he cometido una locura... Sufriré las consecuencias, y asunto concluido.

Dijo estas palabras casi con dureza y se puso de pie para irse.

—Te advierto — añadió aún — que partiré mañana por la mañana.

—¿Mañana por la mañana? ¿Tan pronto?

—Sí, es mejor. Ahora que tú... sabes, ¿qué haría yo aquí? Mi posición es demasiado penosa. Además, ¿para qué una dilación. Cuanto más pronto me vaya, mejor será

pondió. — Más bien quería decirte otra cosa. Tú tienes todos los dibujos de la nueva máquina tejedora. La creo perfecta...

—¿Y?

—Esos dibujos... son en su mayor parte obra mía... Quisiera que me los dieras...

Morgan hizo un gesto de impaciencia.

—Eso no es justo — exclamó. — Te recompensaré, pero debo guardarme los planos. En la fundición ya está anunciada la fabricación de esa máquina, ya he dado órdenes para que se preparen los nuevos modelos... ¿Y para qué quieres los dibujos? No pensarás ponerte a hacerme competencia...

—¡Competencia!... — exclamó. — No, ciertamente, sería ridículo.

redor, perfilándose confusamente en la oscuridad, percibió otra sombra, una esbelta figura de mujer que en seguida reconoció, mientras una lamparita semejante a la suya acababa de ser apagada como por encanto. Evidentemente, la mujer lo había visto y quería ocultarse.

—¡Laura! — murmuró él con estupor. — ¡Laura!... ¿Pero qué hace aquí a esta hora?

Luego, como un repentino relámpago, una idea le atravesó el cerebro.

—De este lado no está más que la habitación... Entonces ella... ¡Pero esto es una infamia!...

Quedó un instante aún inmóvil, en su sitio. Luego la figura de mujer se perfiló delante, apoyada en el muro, como petrificada por el terror, mientras una voz llena de sorpresa susurraba:

—Werner...

Al suave resplandor de la lamparita, vió un pálido rostro sombreado por una masa desordenada de cabellos oscuros.

—¡Laura! — exclamó.

Era tan violenta la emoción que él experimentaba en aquel momento, que no supo decir más. Fué la mujer la primera que se calmó y logró recobrar su presencia de espíritu.

—No diga una palabra, Werner — dijo con voz bastante firme, — y sígame.

Se dirigió a la biblioteca, donde encendió la luz eléctrica, seguida de Werner, que también iba calmándose poco a poco.

Permanecieron unos instantes en silencio, observándose mutuamente, como queriendo escrutar sus recíprocos pensamientos. La mujer fué la primera en romper el silencio.

—Werner — dijo. — Usted salía a esta hora del estudio de mi marido. ¿Qué hacía?

Werner sintió que una ola le subía a la cabeza, y con tono que trató de hacer tranquilo, respondió:

—En cualquier otro momento y en cualquiera otra circunstancia, señora... me hubiera creído en el deber de responderle. Pero ahora, después de cuanto ha sucedido entre ambos, después de lo que me dijo esta mañana su marido, después de la decisión de mi partida, tomada por causa suya..., después de lo que he visto hace poco, no sólo no tengo el deber de responder, sino que casi tengo el derecho de interrogar.

Un estremecimiento recorrió todo el cuerpo de ella, cuyo rostro se cubrió de palidez.

—Werner — dijo con voz indignada, — ¿qué quiere decir? ¿Qué piensa usted?

—¿Qué pienso? — dijo él con voz casi velada por la tristeza. — ¿Qué pienso? Una cosa horrible, señora, una cosa que a mí mismo me da vergüenza por usted, una cosa que nunca hubiera creído ni quisiera creer, pero cuya evidencia estoy obligado... comprenda..., a reconocer a pesar mío.

—Werner, ¡pero usted sospecha una infamia!

Werner avanzó un paso y la aferró brutalmente de una mano.

—¡Por mi alma! — sibiló. — ¿Y habla usted de sospecha? He visto. ¿No comprende que he visto? Usted salía de la alcoba de Edgar, ¿es o no verdad?

La rechazó brutalmente y ella cayó sin fuerzas sobre una silla, cubriéndose el rostro con las manos.

—Le repito — continuó agitada — que tengo vergüenza por usted. Mañana debo partir, y usted

sabe bien que es por causa suya, porque la pasión me ha cegado, porque he osado amarla y por un instante perdí la cabeza hasta demostrárselo. Usted se creyó en deber de advertírselo a su marido... Pues bien, le diré por mi parte que este sentimiento, a pesar de ser mal comprendido y mal juzgado, me causaba orgullo. Estaba orgulloso de partir por usted, aunque mi porvenir quedase destrozado y el fruto de tantos años de trabajo, perdido. Le repito que yo mismo reconocía la gravedad de mi culpa, pero sin sentir remordimiento por ello. ¿Acaso se puede mandar sobre ciertos sentimientos? No. Son más fuertes que nosotros, son invencibles. Pero ahora, después que he descubierto su vergüenza, después de comprobar que su pureza, que yo creía incontaminada, no es más que un falso barniz... ¿qué cosa, dígame usted, qué cosa debo hacer? Yo le sacrificaba todo, mi porvenir,

La mujer, como aniquilada, no osó responder y sollozó con más violencia. Werner se detuvo ante ella, y con voz seca y cortante:

—Mañana por la mañana — dijo, — debo dejar esta casa donde he vivido y trabajado tanto tiempo; pero si advirtiese a su marido, yo me quedaría y sería usted la que debería marcharse...

Laura saltó bruscamente, tendiéndole los brazos.

—¡Oh, Werner! — exclamó. — Por piedad, ¿qué dice? Pero sería la ruina, la ruina para todos, para él, especialmente, para Morgan...

—¡Ah, sería la ruina!... ¿Y para mí, entonces, no es la ruina?

—¡Oh, Werner, no, no, por caridad...! ¡Calle, se lo suplico!... Usted se engaña... le juro que se engaña... créame...

Con los ojos bañados en lágrimas, los cabellos despeinados y el largo peinador blanco en desorden, dejando adivinar formas procaces y

¡VAYA UN MOZO!



EL PIPE. — ¿Le llevo la valija, señor?

mi labor, mis esperanzas, todo; ¿y sabe por qué? Porque la creía digna de este sacrificio. Pero, ahora, ¿cree que merece tanto? ¿Le parece que aún puedo yo renunciar a tanto?

Laura pareció electrizada por aquellos ojos de fuego que la envolvían toda; levantó vivamente la cabeza, y sosteniendo la mirada de Werner, prorrumpió:

—¡Werner, es muy infame lo que usted está diciéndome, tan innoblemente infame que enrojeczo al escucharlo!

La mujer se cubrió de nuevo el rostro con las manos, prorrumpiendo en sollozos.

—Ya había notado — prosiguió Werner con creciente agitación — la simpatía que siempre demostró usted por ese jovencito imberbe. Recuerdo que hace más de un año, al salir no sé de qué colegio, fué en seguida acogido en esta casa como protegido suyo y no tardó en ganarse un puesto de confianza. ¡Cajero de las Fundiciones Morgan! No es poco. Le repito que había notado la benevolencia que usted le demostró siempre... Pero, nunca me habría rebajado a imaginar que esa benevolencia tuviese origen en un oscuro sentimiento de...

perfectas, Laura aparecía verdaderamente bella y en pleno florecimiento de su vida.

—Señora — dijo de pronto Werner con un timbre de voz que ya no parecía el suyo, — yo la he amado mucho y... la amo aún. ¿Comprende, señora?

Se le acercó más aún, mientras ella, presa de un vago presentimiento, retrocedía como espantada.

—Ha surgido en mí una idea, Laura — continuó Werner, — una idea quizá mala. Creo que si lo pensara más no lo haría, pero no quiero pensarlo, no quiero, ¿comprende?...

Se le acercó hasta rozarle el rostro con su hálito ardiente, diciéndole:

—Ya que mi delito es sólo haberla amado... quiero cumplir hasta lo último ese delito... Será una hora que pagaré con todo mi porvenir... ¿No le parece bastante? Yo le doy en cambio su tranquilidad y su honor intacto... ¿Qué más quiere?

Laura tembló toda y se irguió fieramente sobre su persona.

—Werner, — dijo con los ojos centelleantes, — es usted un miserable.

Werner hizo un gesto de rabia.

—¡Ah! — respondió. — Soy un

miserable... Usted me dice miserable, usted, que acaba de salir de esa habitación.

—¿Pero sabe usted a qué fui a esa habitación?

—¡Sí, lo sé!

—¿Qué, qué?... ¿Qué sabe?

El la tomó una mano.

—Mire — susurró, — tengo fiebre, no me haga cometer una locura. Venga.

Un relámpago de luz centelleó en los ojos de la mujer, que pareció decidirse de pronto a algo sobrehumano.

—Werner, lo que le diré ahora le sorprenderá mucho; pero creo que me devolverá su estimación y su respeto. Voy a confesarle mi vergüenza, Werner, pero una vergüenza bien distinta de la que usted supone. Y, sin embargo, es también una culpa grave, que creo haber expiado con tantos años de dolor y de remordimiento. ¿Sabe cuántos años tengo yo? — preguntó.

—Pues... treinta y cinco, creo — balbució.

—Lo mismo es: tengo treinta y siete. Y... ¿sabe cuántos tiene Edgar?

—No, pero no comprendo...

—Diga, diga.

—Tal vez veinte... o algo más...

—No; representa esa edad porque es muy alto y muy formal, pero sólo tiene diez y ocho.

—¿Y bien?

Laura esbozó una sonrisa.

—Debe convenir en que sería demasiado joven para ser mi amante...

Werner frunció el ceño.

—Laura, — dijo — no le comprendo.

—Pues bien, sépalo ahora: ¡Edgar es mi hijo!

—¿Su hijo?

—Sí, mi hijo. Mi pobre y querido hijo, nacido de una desventura y obligado a sofocar los impulsos de su afecto; obligado como yo, a representar una comedia que nos envilece a ambos; obligado como yo a fingir y a mentir.

Werner no respondió a estas palabras.

—Podría usted preguntarme — prosiguió Laura — cómo y por qué sucedió esto. ¿Qué podría responderle? Ciertas locuras no se explican, ni se justifican. Se hacen porque sí. Esta es verdaderamente mi vergüenza. Mil veces he abierto la boca para decirselo todo a mi marido y mil veces he vuelto a cerrar sin pronunciar palabra. Usted no podrá comprender nunca lo doloroso que es este suplicio para mí. Es mi justa expiación. Edgar debe partir mañana, usted lo sabe, y quise verlo... Ahora, ya lo sabe usted todo. Si quiere... denúnciame...

Werner que seguía con la cabeza entre las manos y los ojos cerrados, guardó silencio.

—¿Y?... — preguntó Laura después de una larga pausa.

Werner se sacudió y la miró.

—Señora — respondió al fin con voz conmovida y un poco velada, — como mañana temprano parto y probablemente no volveremos a vernos, permítame que la salude ahora. Adiós, señora...

Laura se puso de pie.

—Adiós, Werner — respondió.

Y se dirigió con paso cansado hacia la salida. Werner fué a abrir la puerta, ella pasó delante con la cabeza baja, silenciosa y triste, y él vió su bella y esbelta figura tornarse cada vez más borrosa, confundirse poco a poco y perderse en la oscuridad.

La obra más humana

Por Francisco Caravaca

Mi periódico hablame encargado como redactor de aquella sección, que celebrase una entrevista con el gran maestro de la literatura contemporánea, aquel buen vejete tan amable siempre, tan cordial, que había consagrado toda su existencia al cultivo de las letras, y que ya anciano había visto recompensado su talento con el aplauso general, con la general estima y con la seguridad de una vejez asegurada de toda penuria.

Mi entrevista tenía que ser, más bien que una inquisición sobre aza-

rivalidad tan miserable, amigo mío, tan miserable, que me condujo al más villano despecho, al rencor más despreciable, a la envidia más feroz...

Era mi prurito profesional, mi orgullo de hombre, el que con tan cruel obsesión obstruía mi espíritu... Era el escritor codicioso de su nombre, enemigo de todo aquel que pudiera hacerle sombra... Era la sed insaciable de gloria...; era, en fin, celos, terribles celos, de todo: de ella, de su estilo, de su gus-

to innato, de... ¡Sabe Dios de qué! Nos separamos. Todo terminó. ¡No le parece a usted absurdo, inconcebible, que pudiese haber terminado todo?... Pues así fui de egoísta...

Pasaron años. Ella, mi dulce, mi amada novia, abandonó por completo la literatura y se casó con un hombre de posición y sensato, amable para con ella, y al que con el tiempo ella llegó, sin duda, a amar...

Yo seguí mi rumbo. Y ora tropezando, ora cayendo y ora levantándome, subí, subí, llegué a subir tanto, que aquellos que antaño no recibían mis escritos ni aun regalados, me abruman hoy a peticiones de original.

Pasaron años, sí... Una mañana, mi amada y yo nos encontramos... Era en una playa elegante, donde había ido a pasar una corta temporada con su esposo... Estaba tan hermosa como cuando yo la aban-

doné, más hermosa todavía... En sus pupilas había una honda, una misteriosa serenidad purísima... Sus ojos eran todo luz...

Ella hablome con tono afectuoso de mis triunfos, sin recordarme mi villanía... ¡Qué delicadeza la suya!... De mis triunfos tan sólo... Lefa mis obras, se las leía a su marido y a su hijo..., a aquel hijo que debía haber sido mío... ¡Y a todos les gustaban mis obras!...

Ella, con su dulce lenguaje, siguió hablándome de mi obra, de mi obra...; y yo entonces, inconscientemente, ingenuamente, le pregunté:

—¿Y su obra, señora, y su obra?... Sonrió ella, y mostrándome el semblante rosado de su hijo, me respondió:

—He aquí mi obra... ¡Es la obra más humana!...

Y sus palabras, música de tristeza, seguían resonando en mi alma... “¡Es la obra más humana!”

8900

16 1927

literario, que yo había de ver más tarde completamente malogrados por mi egoísmo de hombre y por un necio sentimiento de superioridad sobre aquella criatura ingenua y amable...

A ella, por su condición de mujer, a la que por galantería unas veces, y otras por propios merecimientos le prestaban alguna atención, le fué mucho más fácil que a mí abrirse camino. Todo hacía presumir que su talento sería reconocido, y que cobraría aplausos, que yo, ¡desdichado de mí!, no veía por parte alguna...

Y esto, lejos de crear en mí un sano estímulo de emulación, hizo nacer una secreta antipatía, un sordido antagonismo, una vituperable



Para ella son todos los mimos. No sólo por ser “la menor”, sino porque es tan dulce, tan suave y tan cariñosa. Además, siempre ha sido delicadita de salud y ello aumenta la ternura con que se la quiere. ¡Qué dolores de oído, Madre Santa, y qué dolores de muela ha sufrido la pobre! Antes “mamá” y la “abuelita” la llenaban de unturas y menjerges caseros sin darle alivio. Ahora se acabó todo eso. Una dosis de

CAFIASPIRINA

y a los cinco minutos ya está completamente buena y tiene otra vez en los labios su alegre sonrisa angelical. Y como ella, a todos los demás de la casa, CAFIASPIRINA proporciona bienestar y alivio.

NO AFECTA EL CORAZON NI LOS RIÑONES

Incomparable también para los dolores de cabeza; las neuralgias; el reumatismo; las consecuencias de los excesos alcohólicos y las trasnochadas, etc. Regulariza la circulación y levanta las fuerzas.

¡No reciba tabletas sueltas!
Pida el tubo de 20 tabletas, o el SOBRE “CAFIASPIRINA” de dos.



redor, perfilándose confusamente en la oscuridad, percibió otra sombra, una esbelta figura de mujer que en seguida reconoció, mientras una lamparita semejante a la suya acababa de ser apagada como por encanto. Evidentemente, la mujer lo había visto y quería ocultarse.

—¡Laura! — murmuró él con estupor. — ¡Laura!... ¿Pero qué hace aquí a esta hora?

Luego, como un repentino relámpago, una idea le atravesó el cerebro.

—De este lado no está más que la habitación... Entonces ella... ¡Pero esto es una infamia!...

Quedó un instante aún inmóvil, en su sitio. Luego la figura de mujer se perfiló delante, apoyada en el muro, como petrificada por el terror, mientras una voz llena de sorpresa susurraba:

—Werner...

Al suave resplandor de la lamparita, vió un pálido rostro sombreado por una masa desordenada de cabellos oscuros.

—¡Laura! — exclamó.

Era tan violenta la emoción que él experimentaba en aquel momento, que no supo decir más. Fué la mujer la primera que se calmó y logró recobrar su presencia de espíritu.

—No diga una palabra, Werner — dijo con voz bastante firme, — y sígame.

Se dirigió a la biblioteca, donde encendió la luz eléctrica, seguida de Werner, que también iba calmándose poco a poco.

Permanecieron unos instantes en silencio, observándose mutuamente, como queriendo escrutar sus recíprocos pensamientos. La mujer fué la primera en romper el silencio.

—Werner — dijo. — Usted salía a esta hora del estudio de mi marido. ¿Qué hacía?

Werner sintió que una ola le subía a la cabeza, y con tono que trató de hacer tranquilo, respondió:

—En cualquier otro momento y en cualquiera otra circunstancia, señora... me hubiera creído en el deber de responderle. Pero ahora, después de cuanto ha sucedido entre ambos, después de lo que me dijo esta mañana su marido, después de la decisión de mi partida, tomada por causa suya..., después de lo que he visto hace poco, no sólo no tengo el deber de responder, sino que casi tengo el derecho de interrogar.

Un estremecimiento recorrió todo el cuerpo de ella, cuyo rostro se cubrió de palidez.

—Werner — dijo con voz indignada, — ¿qué quiere decir? ¿Qué piensa usted?

—¿Qué pienso? — dijo él con voz casi velada por la tristeza. — ¿Qué pienso? Una cosa horrible, señora, una cosa que a mí mismo me da vergüenza por usted, una cosa que nunca hubiera creído ni quisiera creer, pero cuya evidencia estoy obligado... comprenda..., a reconocer a pesar mío.

—Werner, ¡pero usted sospecha una infamia!

Werner avanzó un paso y la aferró brutalmente de una mano.

—¡Por mi alma! — sibiló. — ¿Y había usted de sospechar? He visto. ¿No comprende que he visto? Usted salía de la alcoba de Edgar, ¿es o no verdad?

La rechazó brutalmente y ella cayó sin fuerzas sobre una silla, cubriéndose el rostro con las manos.

—Le repito — continuó agitada — que tengo vergüenza por usted. Mañana debo partir, y usted

sabe bien que es por causa suya, porque la pasión me ha cegado, porque he osado amarla y por un instante perdí la cabeza hasta demostrárselo. Usted se creyó en deber de advertírselo a su marido... Pues bien, le diré por mi parte que este sentimiento, a pesar de ser mal comprendido y mal juzgado, me causaba orgullo. Estaba orgulloso de partir por usted, aunque mi porvenir quedase destrozado y el fruto de tantos años de trabajo, perdido. Le repito que yo mismo reconocía la gravedad de mi culpa, pero sin sentir remordimiento por ello. ¿Acaso se puede mandar sobre ciertos sentimientos? No. Son más fuertes que nosotros, son invencibles. Pero ahora, después que he descubierto su vergüenza, después de comprobar que su pureza, que yo creía incontaminada, no es más que un falso barniz... ¿qué cosa, dígame usted, qué cosa debo hacer? Yo le sacrificaba todo, mi porvenir,

La mujer, como aniquilada, no osó responder y sollozó con más violencia. Werner se detuvo ante ella, y con voz seca y cortante:

—Mañana por la mañana — dijo, — debo dejar esta casa donde he vivido y trabajado tanto tiempo; pero si advirtiese a su marido, yo me quedaría y sería usted la que debería marcharse...

Laura saltó bruscamente, tendiéndole los brazos.

—¡Oh, Werner! — exclamó. — Por piedad, ¿qué dice? Pero sería la ruina, la ruina para todos, para él, especialmente, para Morgan...

—¡Ah, sería la ruina!... ¿Y para mí, entonces, no es la ruina?

—¡Oh, Werner, no, no, por caridad...! ¡Calle, se lo suplico!... Usted se engaña... le juro que se engaña... créame...

Con los ojos bañados en lágrimas, los cabellos despeinados y el largo peinador blanco en desorden, dejando adivinar formas procaces y

miserable... Usted me dice miserable, usted, que acaba de salir de esa habitación.

—¿Pero sabe usted a qué fui a esa habitación?

—¡Sí, lo sé!

—¿Qué, qué?... ¿Qué sabe?

El la tomó una mano.

—Mire — susurró, — tengo fiebre, no me haga cometer una locura. Venga.

Un relámpago de luz centelleó en los ojos de la mujer, que pareció decidirse de pronto a algo sobrehumano.

—Werner, lo que le diré ahora le sorprenderá mucho; pero creo que me devolverá su estimación y su respeto. Voy a confesarle mi vergüenza, Werner, pero una vergüenza bien distinta de la que usted supone. Y, sin embargo, es también una culpa grave, que creo haber expiado con tantos años de dolor y de remordimiento. ¿Sabe cuántos años tengo yo? — preguntó.

—Pues... treinta y cinco, creo — balbució.

—Lo mismo es: tengo treinta y siete. Y... ¿sabe cuántos tiene Edgar?

—No, pero no comprendo...

—Diga, diga.

—Tal vez veinte... o algo más...

—No; representa esa edad porque es muy alto y muy formal, pero sólo tiene diez y ocho.

—¿Y bien?

Laura esbozó una sonrisa.

—Debe convenir en que sería demasiado joven para ser mi amante...

Werner frunció el ceño.

—Laura, — dijo — no le comprendo.

—Pues bien, sépalo ahora: ¡Edgar es mi hijo!

—¿Su hijo?

—Sí, mi hijo. Mi pobre y querido hijo, nacido de una desventura y obligado a sofocar los impulsos de su afecto; obligado como yo, a representar una comedia que nos envilece a ambos; obligado como yo a fingir y a mentir.

Werner no respondió a estas palabras.

¡VAYA UN MOZO!



A 80
2615

Rodríguez Oliver, José María

[1979

Instituto Católico de Artes e Industrias. -
Resúmenes de derecho administrativo. [Verf.:]
José María Rodríguez Oliver. -- Madrid: Libr.
ICAI [in Komm.] (1979) 229 S. 8°

mi la
sabe
na d
¿creo
ce q
tanto
La
aque
vian
beza,
Wern
—
usted

mente infame que enrojeczo al es-
cucharlo!

La mujer se cubrió de nuevo el
rostro con las manos, prorrumpien-
do en sollozos.

—Ya había notado — prosiguió
Werner con creciente agitación —
la simpatía que siempre demostró
usted por ese jovencito imberbe.
Recuerdo que hace más de un año,
al salir no sé de qué colegio, fué
en seguida acogido en esta casa co-
mo protegido suyo y no tardó en
ganarse un puesto de confianza.
¡Cajero de las Fundiciones Mor-
gan! No es poco. Le repito que ha-
bía notado la benevolencia que us-
ted le demostró siempre... Pero,
nunca me habría rebajado a imagi-
nar que esa benevolencia tuviese
origen en un oscuro sentimiento de...

idea quizá mala. Creo que si lo
pensara más no lo haría, pero no
quiero pensarlo, no quiero, ¿com-
prende?...

Se le acercó hasta rozarle el ro-
stro con su hálito ardiente, dicién-
do:

—Ya que mi delito es sólo haber-
la amado... quiero cumplir hasta
lo último ese delito... Será una ho-
ra que pagaré con todo mi porve-
nir... ¿No le parece bastante? Yo
le doy en cambio su tranquilidad y
su honor intacto... ¿Qué más
quiere?

Laura tembló toda y se irguió
fieramente sobre su persona.

—Werner, — dijo con los ojos
centelleantes, — es usted un mise-
rable.

Werner hizo un gesto de rabia.

—¡Ah! — respondió. — Soy un

Werner que seguía con la cabeza
entre las manos y los ojos cerra-
dos, guardó silencio.

—¿Y?... — preguntó Laura des-
pués de una larga pausa.

Werner se sacudió y la miró.

—Señora — respondió al fin con
voz conmovida y un poco velada, —
como mañana temprano parto y
probablemente no volveremos a ver-
nos, permítame que la salude aho-
ra. Adiós, señora...

Laura se puso de pie.

—Adiós, Werner — respondió.

Y se dirigió con paso cansado ha-
cia la salida. Werner fué a abrir la
puerta, ella pasó delante con la ca-
beza baja, silenciosa y triste, y él
vió su bella y esbelta figura tor-
narse cada vez más borrosa, con-
fundirse poco a poco y perderse en
la oscuridad.

La obra más humana

Por Francisco Caravaca

Mi periódico hablame encargado como redactor de aquella sección, que celebrase una interviú con el gran maestro de la literatura contemporánea, aquel buen vejete tan amable siempre, tan cordial, que había consagrado toda su existencia al cultivo de las letras, y que ya anciano había visto recompensado su talento con el aplauso general, con la general estima y con la seguridad de una vejez asegurada de toda penuria.

Mi interviú tenía que ser, más bien que una inquisición sobre azares de su vivir literario, de sus inquietudes primerizas, etcétera, una que pudiéramos llamar intrusión en su vida íntima, en esos fugaces y emotivos rasgos de la juventud de todo hombre, en sus amores y preferencias... En la vida de su alma.

Y le interrogué...

El buen viejo miróme con una indefinible expresión, y me contó:

—Tenía yo entonces diez y ocho años, la más hermosa, la más floridada edad del hombre... Eran los comienzos de mi carrera en este árido y novel terreno de las letras...

En aquel tiempo, tenía yo una novia, una muchacha sencilla, buena y bella, a la que amaba con igual pasión que Werther a Carlota... Honesta, dulce, discreta...; nada en ella era defectuoso, aun cuando a usted le parezca esta afirmación mía un exceso de idealidad por mi parte... En efecto, aun sigo estando saturado de idealidad cada vez que la recuerdo...

Ella también me amaba; yo, que jamás he sabido leer en la faz de los hombres toda la ruindad de sus propósitos, supe leer en las claras pupilas de mi amada un sentimiento generoso de amor hacia mí...

En estas condiciones, amándonos mutuamente, siendo ella tan pobre como yo, nada podía impedir lógicamente que nos uniéramos y que fuéramos felices, si esto fuese posible en la vida... Y, sin embargo, un obstáculo insuperable, terrible, se oponía a nuestros más sinceros deseos... Mi novia, que ya desde muy niña se educara constantemente en un ambiente de literatura, heredó de su padre, ya que no fortuna material, una desmedida y hermosa afición al cultivo de las bellas letras, una irresistible vocación y un excelente temperamento literario, que yo había de ver más tarde completamente malogrados por mi egoísmo de hombre y por un necio sentimiento de superioridad sobre aquella criatura ingenua y amable...

A ella, por su condición de mujer, a la que por galantería unas veces, y otras por propios merecimientos le prestaban alguna atención, le fué mucho más fácil que a mí abrirse camino. Todo hacía presumir que su talento sería reconocido, y que cobraría aplausos, que yo, ¡desdichado de mí!, no veía por parte alguna...

Y esto, lejos de crear en mí un sano estímulo de emulación, hizo nacer una secreta antipatía, un sordido antagonismo, una vituperable

rivalidad tan miserable, amigo mío, tan miserable, que me condujo al más villano despecho, al rencor más despreciable, a la envidia más feroz...

Era mi prurito profesional, mi orgullo de hombre, el que con tan cruel obsesión obstruía mi espíritu... Era el escritor codicioso de su nombre, enemigo de todo aquel que pudiera hacerle sombra... Era la sed insaciable de gloria...; era, en fin, celos, terribles celos, de todo: de ella, de su estilo, de su gus-

to innato, de... ¡Sabe Dios de qué!

Nos separamos. Todo terminó. ¿No le parece a usted absurdo, inconcebible, que pudiese haber terminado todo?... Pues así fui de egoísta...

Pasaron años. Ella, mi dulce, mi amada novia, abandonó por completo la literatura y se casó con un hombre de posición y sensato, amable para con ella, y al que con el tiempo ella llegó, sin duda, a amar...

Yo seguí mi rumbo. Y ora tropezando, ora cayendo y ora levantándome, subí, subí, llegué a subir tanto, que aquellos que antaño no recibían mis escritos ni aun regalados, me abruman hoy a peticiones de original.

Pasaron años, sí... Una mañana, mi amada y yo nos encontramos... Era en una playa elegante, donde había ido a pasar una corta temporada con su esposo... Estaba tan hermosa como cuando yo la aban-

doné, más hermosa todavía... En sus pupilas había una honda, una misteriosa serenidad purísima... Sus ojos eran todo luz...

Ella hablóme con tono afectuoso de mis triunfos, sin recordarme mi villanía... ¡Qué delicadeza la suya!... De mis triunfos tan sólo... Leía mis obras, se las leía a su marido y a su hijo... a aquel hijo que debía haber sido mío... ¡Y a todos les gustaban mis obras!...

Ella, con su dulce lenguaje, siguió hablándome de mi obra, de mi obra...; y yo entonces, inconscientemente, ingenuamente, le pregunté:

—¿Y su obra, señora, y su obra?... Sonrió ella, y mostrándome el semblante rosado de su hijo, me respondió:

—He aquí mi obra... ¡Es la obra más humana!...

Y sus palabras, música de tristeza, seguían resonando en mi alma... "¡Es la obra más humana!"



Para ella son todos los mimos. No sólo por ser "la menor", sino porque es tan dulce, tan suave y tan cariñosa. Además, siempre ha sido delicadita de salud y ello aumenta la ternura con que se la quiere. ¡Qué dolores de oído, Madre Santa, y qué dolores de muela ha sufrido la pobre! Antes "mamá" y la "abuelita" la llenaban de unturas y menjerges caseros sin darle alivio. Ahora se acabó todo eso. Una dosis de

CAFIASPIRINA

y a los cinco minutos ya está completamente buena y tiene otra vez en los labios su alegre sonrisa angelical. Y como ella, a todos los demás de la casa, CAFIASPIRINA proporciona bienestar y alivio.

NO AFECTA EL CORAZON NI LOS RIÑONES

Incomparable también para los dolores de cabeza; las neuralgias; el reumatismo; las consecuencias de los excesos alcohólicos y las trasnochadas, etc. Regulariza la circulación y levanta las fuerzas.

¡No reciba tabletas sueltas!

Pida el tubo de 20 tabletas, o el SOBRE "CAFIASPIRINA" de dos.



Un nuevo pintor de perfiles propios ha hecho su aparición en el escenario artístico de Montevideo, sin preparación previa ni recomendaciones de ningún género.

Un buen día y sin anuncios en la prensa, los salones de Moretti y Catelli exhibían a la crítica, una colección de óleos de costumbres camperas.

—¿Quién es ese pintor? — inquirimos.

—Hilario Ferrer.

—¿Y quién es Hilario Ferrer?

—Un hombre de afuera; del Norte de la República.

Hilario Ferrer no ha tenido otro maestro que la sabia Naturaleza. Nacido y criado en pleno campo, se dedicaba a la ganadería. Cuando chico, dibujaba gauchos a pie y a caballo, potros con la cola y las crines al aire, en pleno retozo o corcobeo, tropas de carretas, rodeos y mil motivos más de la vida rural. Y ya más grandecito, cuando tenía ocho o nueve años, queriendo aproximarse en sus esfuerzos para reproducir la vida real, descubrió que el fondo de la cañada cuyas aguas corrían no muy lejos de "las casas", le ofrecían como pintura, toscas arcillosas de dos o tres tonalidades de color, que, combinados con el afil de aclarar la ropa, le daban mayor vida a sus incipientes creaciones pictóricas.

Hace poco, — Ferrer ya hecho hombre, — vino con una tropa de ganado a Montevideo, oportunidad que aprovechó para visitar una exposición de cuadros; y un año más tarde, en vez de traer el ganado en forma corpórea, lo trajo en telas con una variedad, además, de manifestaciones de la vida rural. Y había en todas ellas, exceso de vida, de realismo, de movimiento y de luz; y pese a las explicable deficiencias de la técnica, el nombre de Ferrer quedó consagrado desde ese momento como el de un pintor que prometía.

El señor Isabelino Roldán, amigo del reputado pintor parisién Van Doyen, facilitando a Ferrer una fotografía del artista, le insinuó que lo reprodujera en una tela con los atavíos gauchescos; y de cómo Ferrer supo hacer de Van Doyen un gaucho, lo dicen las siguientes líneas que desde la Ciudad Luz, escribió al señor Roldán:

—Bueno, ¿me compras el automóvil, sí o no?

—¡Pero, Julieta, amor mío!

—Menos amor mío. Lo que yo necesito son menos palabras y más pruebas de cariño. De modo que ya lo sabes. Si no me compras un coche...

—¿Qué?

—Que encuentre en seguida quien me lo compre.

¿Qué iba a hacer Adolfo Charmeur ante esta amenaza de su linda amiguita Julieta, tan codiciada por todos sus amigos? Ante la amenaza de Julieta optó por llevarla al Salón del Automóvil. Ya vería allí cómo salir del paso.

Estuvieron recorriendo todas las salas.

Julieta contemplaba extasiada. De pronto se detuvo y señaló con el dedo.

—¡Ese coche me gusta! ¡Cómprame ese!

El coche que entusiasmaba a Julieta era un Portugalo-Souza, de ochenta caballos y ocho asientos. Una joya de trescientos mil fran-

El combate del Pedernal y un pintor criollo

Por Rómulo F. Rossi

"Recibí la visita del señor Camp, "que me trajo el cuadro ejecutado "por el señor Ferrer; y me siento "orgulloso de hallarme representa- "do de domador; y aún más orgu- "lloso de estar "apadrinado" por "usted y por el del pial.

"Colgué ese cuadro en mi taller, "en donde tiene mucho éxito; y me "veo obligado a mentir, diciendo "que he posado verdaderamente pa- "ra ese cuadro; tal es su viviente "realismo.

tela de grandes dimensiones, que llamó vivamente la atención del público, no solamente por el motivo que la inspiraba, sino que también porque se apreciaban en la misma, notables progresos en el difícil arte de pintar, alcanzados en un breve espacio de tiempo.

"El Combate del Pedernal" se titula; y es tal el realismo que allí impera, que vuelven a vivirse los albores de aquella hermosa mañana primaveral de septiembre de 1863,



Suárez y Aparicio durante su duelo a lanza, en "El Pedernal".

"Diga al señor Ferrer que estoy "encantado; que tiene talento y la "suerte de vivir esa vida sana y "grandiosa de esa hermosa Natura- "leza".

La reciente exposición celebrada de artistas libres, contó con una

en que las fuerzas coloradas del coronel Goyo Suárez se vieron frente a frente con las blancas del también coronel Timoteo Aparicio, a inmediaciones del Arroyo Pedernal, del departamento de Tacuarembó. Tanto Aparicio como Suárez, go-

zaban fama de ser los mejores lanceros del país; y ambos, celosos de sus reputaciones, resolvieron en pleno combate suspender la acción colectiva para dirimirla en forma personal.

Formaron los escuadrones frente a frente, quedando los jefes al centro de sus columnas.

Aparicio en su tordillo y Suárez en su zaino malacara se miraron fieramente, con odio reconcentrado, esgrimiendo las lanzas que los hicieran célebres en cien combates.

—¿Pronto?

—¡Pronto!

Los caballos se acometen con furia, aguijoneados por las púas de las espuelas; y dos lanzas, exornada una, con banderola roja y la otra con banderola celeste, buscan ansiosas de muerte, la carne en donde hacer su presa.

Y mientras soldados en inquietante pero respetuosa expectativa contemplan aquel brutal y hermoso torneo del valor en el cual dos caballeros gauchos dirimen la reputación de mejor lancero y el resultado final de una acción que debió ser colectiva, pecho a pecho, sin cota de malla y sin yelmo, que tal no cuadra en hombres de su temple ni de sus tiempos, la acción se define tras ruda brega a favor del caudillo blanco.

Alguien que vió el cuerpo de Suárez dijo "que había quedado con más "aujeros" que un harnero"; pero lo cierto fué que, cansados de pelear, cada jefe volvió al frente de los suyos para marchar en rutas opuestas.

Suárez, al pasar cerca de unos ranchos en su retirada de vencido, pero no perseguido, fué instado por sus parciales para que se hospitalizara allí, a lo que aquél respondió con toda energía:

—He bajado de mi caballo para que me venden esta herida del vientre que es la más grandota. Las demás... son chuzasos sin importancia.

Y cuando se vió vendado, volvió a montar a caballo como si no hubiera pasado nada a su cuerpo de viejo ñandubay, para ordenar con aquella su voz de trueno que infundía miedo:

—¡En marcha...!

Y la columna siguió su peregrinación revolucionaria.

sin ninguna complicación.

—Es que... yo no he conducido nunca.

El vendedor pensó: Es un nuevo rico. El coche está vendido. Y dijo:

—Aprende usted en seguida. En ocho días sabe usted tanto como un profesional.

—¡Ocho días! ¡Es admirable! Y dígame: ¿cuánto me costarán las lecciones?

El vendedor dijo sonriendo:

—Una miseria. Ciento veinte francos.

—¿Ciento veinte francos? — gritó Adolfo como si le hubieran pisado un callo. — ¿Dice usted que ciento veinte francos? ¿Está usted en su juicio? ¡Ciento veinte francos! ¡Esta gente no tiene idea del valor del dinero! ¡Ciento veinte francos! ¡Nunca! ¡Yo no soy ningún primo!

Y tomando a Julieta del brazo se alejó majestuosamente, seguido por las miradas de la multitud.

Jean BOUCHOR.

El comprador soñado

cos.

El vendedor, previendo una venta segura, se acercó rápidamente.

—El gran modelo de lujo de nuestra casa — explicó a Julieta. — Ciento cincuenta por hora en cualquier camino, y tan fácil de conducir como el de un niño.

—¿Y cuánto? — preguntó Adolfo, por decir algo y porque la gente se había agrupado en torno suyo, deseosa de ver la cara de un hombre que va a comprar un automóvil de tal precio.

—Trescientos veinte mil francos; sin la carrocería, naturalmente.

—Naturalmente. ¿Y con ella?

—Una carrocería para este coche vendría a costarle unos ciento ochenta mil.

—Faltan los accesorios.

—Naturalmente.

—Unos veinte mil francos.

—Eso calculaba yo.

El círculo de gente que rodeaba a Adolfo miraba con asombro a aquel caballero que iba a gastarse con aquella naturalidad de quinientos a seiscientos mil francos. Julieta no cabía en sí de gozo. Lo que iban a rabiarse Lulú y Clarita cuando la vieran en un coche tan soberbio!

—Hoy — siguió diciendo Adolfo — es lo menos que puede uno gastar para llevar un auto decente. Este coche me gusta. Y diga usted: ¿se conduce fácilmente?

—Facilísimamente. Es un coche

ANDALUCÍA

Para Rosario Beltrán Núñez, que lo enjoyará
con su interpretación.

Loca, hechicera,
mujer divina. Vaso de amores. La maravilla
de los jardines. La petenera
tras de una copa de manzanilla!
La castañuela
repiqueteando la seguidilla
que canta el triunfo de la vihuela!
¡Andalucía:
cuerpo sublime de gallardía;
beso que inspira la idolatría;
seno agitado; promesa loca;
reja florida; sedienta boca,
y flauta misma de la alegría!

Maja que pasa con los joyeles
de sus donaires. Ricos balcones
llenos de malvas y de claveles,
donde suspiran las ilusiones!
Los callejones
con sus angustias y sus rondeles!

El desafío de los rivales
que por la misma mujer querida,
deciden nobles, buscar la suerte
en la sentencia de los puñales!
con el desprecio para la vida
y la sonrisa para la muerte!

Andalucía,
es una copa de melodía
donde bebiera la madre mía
la esencia pura de la ambrosía!
Es patio en fiesta, noche de gloria, mágico Edén:
miel es Granada; Córdoba, ensueño; vergel, Sevilla;
Málaga es timbre de maravilla;
Cádiz promesa;
Huelva la novia que llora y besa,
y es el romance de los suspiros, todo Jaén!

Plaza de toros: la gradería
con sus batallas de algarabía!
Las cabelleras
donde se lucen, entre claveles, los peinetones!
Las primaveras

que brinda el vuelo regio y galano de los mantones,
donde bordaron manos graciosas,
cien corazones!

Andalucía, es cuna excelsa de los poetas;
búcaro lleno de altivas rosas
y ruido alegre de panderetas!

Andalucía: mujer morena
que dos abismos tiene en los ojos,
o dos auroras, si están sus rojos
labios brindando, toda la gloria de la verbena!
Capa florida; venganza mora;
jota ligera que ríe y llora
la cantadora!

La bailadora
de ebúrneo cuello y amplias caderas!
Los cascabeles del mundo entero, dentro la caja
de oro y topacio, que Dios alhaja!
el aguardiente de las riberas;
el rico plato de mejillones;
y el gesto fiero de la navaja
sobre el olvido de las pasiones!

¡Sol de los soles, Andalucía!
Cácho de gloria; diga mi verso:
es tuyo el cetro de la alegría,
eres la reina más salerosa del Universo!

RICARDO M. LLANES.



**SPUMANTE
MARGHERITA**

**INDISPENSABLE PARA
PASAR BIEN LAS FIESTAS**

IMPORTADO POR FRANCESCO CINZANO & C. S.A. L.

EL JUGADOR

Era la media noche cuando
abandonó la mesa de juego.
Instintivamente tomó camino
de su casa. Su cabeza ardía.
Aplastaba su cerebro un peso
enorme.

Y pensó... Pensó en su fa-
milia, en su mujer que a esa
hora debía esperarlo temblan-
do de frío y zozobra, al lado de
la cuna de su hijo durmiendo.

¿Qué le diría? El cielo cu-
bierto de estrellas resplande-
cía indiferente sobre su frente
pálida.

De vez en cuando un tras-
nochador, con el cuello del ga-
bán subido hasta las orejas,
marchaba de prisa, pasaba por
su lado mirándole con descon-
fianza. Y el miserable volvía
la cara con miedo de ser co-
nocido, de que le leyeran en
su rostro la infamia cometida.

Llegó. Con la mano convulsa
metió la llave en la cerradura
y tembló al escuchar el ruido
de los goznes que gemían. La
voz del remordimiento gritó
en ese instante en su concien-
cia. Sintió un puñal que le des-
trozaba las entrañas.

—¿Eres tú? ¡Mira! Es una
cosa horrible. Estaba pensa-
do en que lo habías perdido
todo, en que no tenías ya don-
de colocar la cuna de nuestro

hijo. ¡Qué tontería! ¡Verdad!
Y ella le decía todo aquello
con los ojos clavados en sus
ojos, dichosa de tenerlo a su
lado.

—¿Y si fuera cierto? — le
dijo con tono frío, seco, con el
tono del que, conociendo su
falta, pretende evitar su cas-
tigo haciendo sentir la supe-
rioridad de sus esfuerzos ma-
teriales.

Quedóse la joven con los ojos
muy abiertos, casi espantada.
¿Qué misterioso presenti-
miento decía la verdad a su
corazón?

Luego, con una mano apoya-
da en la cuna del niño, dijo:

—¿Qué importaría? Una ma-
dre siempre encuentra con qué
darle de comer a su hijo.

Y había tal majestad en su
actitud, tan fiera altivez en su
mirada, que el miserable cayó
de rodillas.

—¡Perdón! — gritó deshe-
cho en lágrimas.

Desde ese día, Tomás fué el
mejor de los esposos y el más
honrado de los hombres.

Vencido por la virtud de una
madre, de la madre de su hijo,
no quiso ser menos que ella;
y, obrero infatigable del tra-
bajo, rehizo no sin creces la
fortuna que había perdido.

LEON TOLSTOY.

Siluetas de mujeres

Por Leonardo A. Bazzano

Las calles centrales, — calles de la city, de la urbe, o como quieran designarlas, con poco respeto para la lengua castellana — constituyen el más cómodo escenario y el más barato de lo que podríamos llamar revista de espectáculo. Desfilan las porteñas. Son mujeres esbeltas, cimbreantes, divinas... Dejan, en los ojos que las observan, así como un relámpago de belleza de tiempos que fueron. Son páginas de la novela de Pierre Louis que se corporizan, se humanizan. Es la resurrección de Crihsis...

Una esquina cualquiera, el hueco de un escaparate, una puerta de bar, suelen ser excelentes localidades. Pero hay que saber elegir teatro. El teatro es la calle. Haced de la vereda la "pasarella". Así, en primera fila, podréis admirar los ojos de brillantes pupilas, el reflejo dorado de los cabellos, o el negro bien definido, o el color castaño, tan lleno de bondad, de mansedumbre.

¡Oh! No creáis que esto sea un desatino. ¿No habéis observado? El cabello muy negro distingue a las mujeres apasionadas, de carácter fuerte, prontas al estallido de la ira y dispuestas al gesto heroico. Las rubias atraen como las mariposas de hermosos colores y se desmenuzan a poco que pretendáis aprisionarlas en vuestras manos. Las otras, ya lo he dicho, buenas, dulces, accesibles, siempre dispuestas a la obediencia. En su termómetro, la ira no va más allá de los 30 grados. En el de los buenos actos, alcanza la misma altura. Su alma tiene el color de sus cabellos.

Color!... Oh! No hay dudas. El alma femenina tiene color y sólo alcanzamos a verlo con los ojos del alma.

Frente a la "pasarella", contemplemos lo externo, lo material. Prescindamos de la psiquis, siquiera por un instante. Aquí triunfa la materia, la forma.

Vedlas! Qué perfección de líneas! Curvas ligeras, rápidas, que apenas se insinúan y desaparecen atenuándose, dulcificándose.

Frente a estos torsos, a estos brazos que fluctúan entre dos sexos; junto a esas piernas nerviosas, elásticas, con redondeces discretas y que cantan el poema del eterno femenino, se siente desdén por esas estatuitas griegas que fueron admiración de tantas generaciones. ¡Pobrecitas musas de la estatuaria! Ante un parangón, con jurado de estetas, sucumben. Vuelven a refugiarse allá, en el fondo de su época.

Veo desfilas a las mujercitas porteñas y reflexiono. Las siluetas que pasan rápidas me traen a la memoria páginas leídas de prisa. Estas, que discurren más lentas, me recuerdan páginas mejor gustadas. Pierre Louis, Sienkiewicz, las grandes evocadores de tiempos de arte y de dorada corrupción. En tanto, ellas, las de hoy, nuestras bellas mujeres, pasan tranquilas, indiferentes, ignorando que alguien estudia y compara; pasan sin saber que están sometidas al juicio de un improvisado juez esteta; sin percatarse que el paganismo de antaño y el cristianismo actual, dirimen supremacía de Belleza.

¿Son más bellas que la cortesana rival de la diosa Afrodita? ¿Es la belleza humana venciendo al arte? Desfilan. Hay ritmo en sus movimientos. Hay, en el balanceo de sus hombros, apenas perceptible; en la pantorrilla carnosa que oculta los músculos y tiene, al andar, leves vibraciones de espasmo, todo un caudal de hermosura, de encanto maravilloso, recogido por el alma absorbente de la mujer a través de miríadas de años. Porque el alma de la mujer, como la Tierra, ejerce una poderosa fuerza de atracción, que acumula constantemente, sin perder un átomo de lo suyo.

Retrogrademos unos lustros, pero permaneciendo siempre en nuestra capital. Florida carece de asfalto. El macadam lo suple. La "Confitería del Aguilá" es el palco oficial. Desfilan las aristócratas de Buenos Aires. Pasan exhibiendo su indolencia; indolencia que se exterioriza en

su andar; indolencia que no carece de encanto. Su busto es más recio que el de la porteña de hoy. Las curvas, pronunciadas. Los brazos se pierden entre amplitudes de telas. La falda es prejuiciosa hasta el extremo de no permitir que se vea el tobillo, — ese tobillo que guarda misteriosamente su secreto. Por verlo, se desesperaba toda la juventud.

Los ojos... oh!... ¿qué poeta no los cantó? Eran ojos dulces, pasionales, lánguidos, que no miraban jamás. Se clavaban en el espacio vacío como si contemplaran un horizonte que no existía. Con paso lento cruzaban frente al "Aguila", de donde se levantaba un coro de frases admirativas.

Oh! Las porteñas de ayer también eran encantadoras. No es que fuéramos menos exigentes. Aquel tipo de belleza se plasmaba en nues-

tro ideal.

Pero... convengamos, a despecho nuestro, que la mujer moderna, la porteña de hoy, triunfa ampliamente. Está más cerca del arte griego. Lo supera. Para vencer a Afrodita, sólo necesita un espejo...

Pasan, junto a nosotros, las divinas porteñas. Pasan ignorando su triunfo, sin saber que muchos siglos del arte de la forma, de la línea tiránica, obsesionante, se prosternan a sus pies vencidos, casi humillados.

Y al caer la noche, cuando las bujías se encienden, cuando los focos luminosos destacan sus colores, en una borrachera de luz, yo me extasio en la contemplación casi religiosa de las siluetas de las mujeres que desfilan... diríase rumbo hacia un Paraíso de Belleza, donde tiene cabida sólo la Perfección.



Dientes blancos y limpios

El cuidado de los dientes, ha tomado gran importancia en nuestra época; antaño cuidarse los dientes era algo más bien reservado al sexo débil, pero hoy, como es una medida higiénica tan saludable, se pueden contar con los dedos los que no se limpian diariamente la dentadura, tanto hombres como mujeres, pues no sólo es cuestión de higiene sino también de coquetería. ¿Hay acaso algo más feo que dientes sucios y negros? Ahora bien, ¿con qué limpiarlos?

LAS AGUAS DENTIFRICAS tienen un pequeño poder antiséptico, pero no limpian.

LAS PASTAS DENTIFRICAS dan la ilusión de que limpian; las que contienen jabón disuelven las grasas, pero lo que está pegado a los dientes, el sarro, sale en muy pequeña cantidad y sólo por la acción del cepillo.

Para limpiar verdaderamente, sólo existen los **POLVOS DENTIFRICOS** y solamente algunos, pues hay muchos que son nocivos. Los buenos que compre Vd. en cajitas le cuestan muy caro, pues una caja que contiene de 20 a 30 gramos vale arriba de \$ 1.— Nosotros fabricamos un rico

POLVO DENTIFRICO ROSADO

según una fórmula que venimos perfeccionando desde hace años. Es lo mejor que hemos encontrado para limpiar los dientes sin estropearlos; son sumamente agradables al gusto y los vendemos sin lujo en bolsas de papel

de 1/4 kilo \$ 2.50—de 1/8 kilo \$ 1.40

Con cada paquete regalamos una cajita para usarlos. Con muy poco gasto puede pues Vd. tener los dientes blancos con el Polvo dentífrico de la

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires



Recepción de los nuevos subtenientes en el Círculo Militar



Como de costumbre, en los salones del Círculo Militar, efectuóse la recepción de los nuevos subtenientes de ejército, que recientemente terminaron sus estudios.—A la izquierda: los oficiales egresados, rodeando a varios altos jefes militares.—A la derecha: un detalle de las familias que asistieron a la brillante fiesta social, realizada después de la recepción.



El sorteo de Navidad

Aniversario de la Revista Médica Latino-Americana.

Festejando el segundo aniversario de la fundación de la Revista Médica Latino-Americana, la dirección del colega ofreció un banquete en el Restaurant Florida, en el cual tomaron parte numerosos invitados.—La cabecera de la mesa y un grupo de los comensales.

El hombre del día



La pizarra de los grandes premios, después de extraído el número 26.320, al que correspondió los dos millones de pesos.—En ángulo: Guido Chachi, que cantó el número; Eduardo Gómez, que cantó el premio.



Doctor Arturo Goyeneche, director general de Correos y Telégrafos.—Caricatura de Luis Rossi.

Ecos de las fiestas de Navidad



Un minué en la época de Rosas.—Escena representada en la Sociedad Rural, durante las fiestas organizadas por el Círculo de la Prensa.



Reunión en casa de Rosas, otro de los cuadros interpretados por algunos artistas teatrales que prestaron su concurso en las mencionadas fiestas.



Elementos que representaron un grupo de cantores criollos del tiempo de don Juan Manuel de Rosas.



Reconstrucción de la antigua plaza de la Victoria, hoy de Mayo, con la pirámide histórica.



Conjunto coral e instrumental que interpretó diversos números de canto y baile, que fueron muy aplaudidos.



Amazonas que tomaron parte en uno de los concursos hípicos nocturnos, espectáculo incluido en el programa de las fiestas realizadas en la Sociedad Rural.

En el Círculo Andalúz. - Festival del mantón y la mantilla



Conmemorando la Navidad, realizóse en el Círculo Andalúz, una vistosa fiesta del mantón y la mantilla, que obtuvo lucido éxito.—A la izquierda: un simpático conjunto femenino que tomó parte en la velada.—A la derecha: las que merecieron el honor de ser premiadas.

Cruz Roja Argentina

Demostración al doctor Scarano



Concurrentes al acto inaugural de la primera Sala-cuna para niños pobres, instalada por la Cruz Roja Argentina, en la calle Paraná 1220.

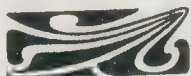
El director de la Colonia Nacional de Alienados, doctor Alfredo Scarano, acompañado del personal técnico y administrativo de dicho establecimiento, que le hizo objeto de una demostración.

De Mendoza. - La visita de la delegación industrial



El presidente de la Asociación Industrial Argentina, señor Luis Colombo y los delegados que le acompañaban, fueron obsequiados con un banquete ofrecido por el gobernador de la provincia, doctor Orfila.—A la izquierda: vista parcial de los comensales.—A la derecha: la cabecera de la mesa.

De Las Palmas (Canarias)



El comandante del cañonero español "Bonifaz", con los tripulantes de la mencionada nave, que vencieron a los equipos alemán, inglés y norteamericano, pertenecientes a otros tantos buques de guerra, de dichas nacionalidades, en las regatas a remo, efectuadas en Las Palmas, y en las que los marinos españoles obtuvieron los trofeos que ostentan en la fotografía.
(Fot. Teodoro Maisch).





SOCIALES



Enlace de la señorita Sara Moro con el alférez de navío señor Federico N. Mangold.



Los desposados, señorita María Teresa Fernández Yañe y doctor Felipe Cora Eliseth.



La señorita Ana Stanga y el doctor Eduardo G. Sabatini, después de sus desposorios.



Los contrayentes, señorita Elina Ballester y señor Guillermo Sagasta, después de la bendición nupcial.



La señorita María Angélica Daukert y el señor Franz Pafferheim, gasta, después de la bendición nupcial.

GENTE MENUDA



Jorge y Ricardo Tricherri.



Vilma Lis.



Niños del señor Narciso García.



Niño de Sierra.



DE CACHEUTA



Señor Eduardo Coster y señora.



Señor Eugenio Her y señora.



Señor Antonio Jiménez y familia.



Señor Tomás Peretti y su esposa.



Señoras Enriqueta Gran de Serra y
Isabel Geloso de Bejarano.



Señor Oscar Litoldo y señora.



Chicos y grandes posando para FRAY MOCHO.



Señor Juan Campanella y señora.



Señor César Aroma y señora.



Una afectuosa despedida.



Señor Enrique Porto y su esposa.



NOTAS GRAFICAS DE SAN LUIS



La directora de la escuela normal de maestras, señora Carmen de Chena, y las alumnas recientemente egresadas de dicho establecimiento.



Maestros normales que acaban de terminar sus estudios, acompañados del director señor Herrera, del vicedirector, y del regente de la institución educacional.



Alumnas de la Escuela Profesional del Hogar, que obtuvieron el diploma de profesoras de corte y coniección y la directora del establecimiento, señorita J. Puebla.



Monseñor Segundo Ponce, rodeado de los niños que recibieron la primera comunión.

Balneario de Epecuén (Carhué)



Señorita Teresa Kellman.



Un simpático conjunto de bañistas



Señorita Hortensia Aguirre.



Familia de Scalvinoni.



Hilda Othaz.



Srtas. María S. Rodríguez, H. Aguirre, L. Moyano y T. Kelleman.

FRAY MOCHO en Rosario de Santa Fe



"Las románticas", uno de los cuadros que más llamaron la atención en la fiesta organizada por el Círculo de la Prensa.—Abajo: señorita Batlle y señores Nessi, Bermejo y Villa, que interpretaron "Molinos de viento".



Grupo de maestras en la Casa del Niño, de las colonias de vacaciones en Carcarañá, acompañados del director, doctor Rueda.



Concurrentes a la asamblea de obreros portuarios, realizada para tratar mejoras del gremio.



El profesor brasileño señor Neumayer, en su alojamiento del Palace Hotel, poco después de su llegada a Rosario.



ENLACES.—Ana María Pesenti - Adolfo Mac Rouillon.



Marina del Castillo - ingeniero Eliseo Carrillo Echenique.



Susana Colombres - Alfredo Rouillon.



Luisa Alippi - Justo Muñoz.



Leonor Lops Cúneo - Santiago Humberto Polacino.



Virginia Margueirat - Horacio Regules.



María A. Ciafardini - Raúl Goyenechea.



Enriqueta Righi - Pablo Fontanarrosa.

De San Juan.-
Una excursión
a los baños de
"La Laja"



Vista general del lugar donde están situados los baños de "La Laja", en la provincia de San Juan.



Trabajos que se realizan en el dique del Zonda.



Un aspecto de las compuertas del dique nivelador del Zonda.



Rancho típico de la región, situado en las cercanías de los baños de "La Laja"



Un "cabaret" al aire libre.



Churrasqueando después del baño.

(Fots. L. Capra).



Escena sorprendida desde lo alto de un cerro inmediato a los baños.

Janet y John eran de envidiar por muchos motivos. Ambos eran jóvenes, gozaban de buena salud y se sentían felices; hacía cuatro años que estaban casados, y se amaban tanto que todavía no habían reñido siquiera una vez.

También el éxito les sonreía, pues sus libros de viajes — que John escribía y Janet ilustraba — eran elogiados en los círculos literarios, y todo el mundo estaba de acuerdo en que sus producciones eran notables. El primer volumen titulado "El encanto de la India" fué un éxito; el segundo, "El encanto de Egipto", resultó un triunfo. Se esperaba ahora la aparición del tercero que tenían en preparación: "El encanto de la China".

Pero, apesar del entusiasmo de los críticos, pocas personas compraban los libros. Era sorprendente, penosamente sorprendente, lo poco que valía una obra maestra convertida en dinero. Por otra parte, ni Janet ni John disfrutaban de rentas; con toda su fama, se encontraban siempre necesitados de dinero.

John se afligía, aunque jamás hacía alusión al asunto. No era para así que necesitaba dinero, sino para Janet, porque quería darle todo lo que merecía; hermosos vestidos, dignos de su belleza. Le desagradaba que ella tuviera siempre que abstenerse de satisfacer sus gustos, y desaba demostrarle cuanto la apreciaba. Por lo tanto, habríase satisfecho si sólo un moderado éxito financiero acompañara a los literatos.

Desde hacía unos días John pensaba más que lo acostumbrado en su pobreza. Acababa de recibir una carta de los editores en la que le hacían saber que lamentaban no poder adelantarle suma alguna hasta tanto no se publicase "El encanto de la China". Esto implicaba una estricta economía, mediante la cual podrían finalizar su jira por aquel país para regresar a Inglaterra sólo con unas pocas libras esterlinas, las necesarias para no morir de hambre. Por fortuna, sus pasajes de regreso ya los tenían reservados en Shanghai. Se encontraban en Fenchow... En el interior de la tienda de un comerciante en sedas, Janet se hallaba tomando apuntes de una escena callejera. John estaba a su lado, revisando sus notas. Yen Loo, su sirviente, cocinero, intérprete y guía, se encontraba en la ciudad, probablemente en busca de opio. Levantando la vista de sus escritos, John miró por encima del hombro de Janet el dibujo que ésta hacía.

—¡Es espléndido, querida! — exclamó.

—¿Te parece que está bien? — le preguntó en tono de duda.

—¿Si está bien? ¡Es perfecto!... Has conseguido interpretar el verdadero espíritu de este lugar... ¡Fíjate en el colorido, el movimiento, la vida que tiene el cuadro!...

La joven se sonrió, feliz de que su esposo elogiase su obra.

—Tenemos que hacer que este libro sea mejor que todos los demás — le dijo. — Lo único que me preocupa es si será capaz de conseguir que la ilustración sea digna de tu prosa. En mi opinión, la descripción del "Valle de las Sombras" es una de las mejores que has hecho hasta ahora.

—Yo, en cambio, estaba pensando si lo que escribo es digno de tus ilustraciones — le respondió John.

HUNG-CHEN-FU

Por Sax Rohmer

—Entonces parece que obtendremos con "El encanto de la China" un éxito rotundo — observó la joven sonriendo.

John movió la cabeza, mientras en sus ojos se dibujaba una expresión de tristeza.

—Conseguiremos que los periódicos nos dediquen extensas colum-

tase en burlarse de nosotros.

La joven señora se sonrió.

—Ya llegará el día, John. No te olvides que "El encanto de Egipto" nos produjo cerca de cien libras más que "El encanto de la India". De todas maneras, somos felices; por lo tanto, ¿qué importa que seamos o no pobres?

Pidan

"QUILMES CRISTAL"

La mejor cerveza

nas de comentarios — le contestó; — pero tendremos suerte si obtenemos cien libras esterlinas por la obra.

La joven señora se volvió hacia él, apoyando su mano en el hombro.

—No te aflijas, John; al fin y al cabo ya es algo que podamos estar juntos aquí.

—Lo sé — repuso frunciendo el ceño; — pero me parece una crueldad que siempre nos encontremos tan apurados de dinero. Mira — agregó señalando a las lucientes sederías que se veían en el negocio. — Piensa en lo hermosa que estarías si pudieras vestirte con esas sedas... Sin embargo, estás condenada a usar sólo ese traje de castimir. Parece que el destino se delei-

El marido pasó el brazo por la cintura de su esposa y la estrechó cariñosamente.

—Janet — le dijo, — creo que tú eres la mujer más animosa del mundo, a la vez que la más hermosa e inteligente.

La joven se sonrió, tomando su mano entre las de ella.

De pronto oyóse una gran conmoción en la estrecha callejuela, llegando hasta sus oídos el eco de juramentos y de gritos. El populacho se dispersó a izquierda y derecha. Luego, media docena de soldados, blandiendo sus espadas, aparecieron a la vista. Detrás de ellos avanzaba una figura magnífica montada en un corcel negro; vestida de satén negro con bordados de oro y de la empuñadura de su espada

brotaban millares de destellos producidos por la luz al reflejarse sobre las piedras preciosas con que estaba adornada.

—Debe ser alguna persona de importancia — observó John.

Janet se puso de pie a su lado, para contemplar al jinete.

—Parece el emperador, en algún cuento de hadas — dijo la joven.

La comitiva se detuvo y el jinete tan magníficamente ataviado bajó de su cabalgadura para dirigirse a la tienda donde John y Janet se hallaban instalados.

Para ellos, el momento era terrible. Sin la ayuda de Yen Loo estaban expuestos a quedar en ridículo, pues entre ambos no conocían más que una docena de palabras en chino. Por lo tanto, se limitaron a contemplar al recién llegado y hacer una reverencia.

Por un instante el desconocido los miró con grave impasibilidad; luego, mientras sus ojos ovoides se fijaban en Janet, en sus delgados labios florecía una leve sonrisa, apenas perceptible; sin embargo, aunque involuntariamente, Janet se acercó más a su esposo.

El recién llegado hizo una reverencia con ceremoniosa amabilidad.

—Ha llegado a mi conocimiento — dijo, hablando lentamente, con voz suave e inexpresiva — que aquí en Fenchow tenemos distinguidos visitantes extranjeros. Por lo tanto, he venido a darles la bienvenida.

—Nos sentimos altamente honrados por la distinción — le contestó.

—Yo soy Hung-Chen-Fu — prosiguió el visitante, — gobernador de la provincia de Fenchow. ¿Y ustedes?

John le explicó quiénes eran y el motivo que los había traído a la China, mientras el gobernador, con las manos cruzadas delante de sí, lo escuchaba con aire impasible.

—Tal vez — dijo cuando su interlocutor hubo finalizado — quieran ustedes honrar con su presencia mi humilde palacio. Allí encontrarán muchas cosas que podrán serles de utilidad para el libro. Durante varias generaciones ha sido la residencia de los emperadores; pero ahora es el palacio del gobernador de la provincia.

—Es usted muy amable — le contestó John.

—Dentro de media hora enviaré a buscarlos — dijo Hung-Chen-Fu, e hizo una reverencia, mientras sus ojos se fijaban fugazmente en Janet. En seguida se retiró de la tienda. Al subir a su corcel negro, los soldados que le servían de escolta blandieron sus espadas y dispersaron a la multitud.

Janet y John lo miraron partir; los rayos solares se reflejaron sobre su traje de satén y los bordados de oro; producía destellos en las espadas de sus soldados; el populacho, disperso, había buscado refugio arrimándose a las paredes de las casas. Luego la comitiva se perdió de vista al dar vuelta a una curva de la angosta callejuela, no oyéndose otra cosa que los gritos y las maldiciones.

—John — le dijo Janet, — no tengo muchos deseos de ir.

El esposo se encogió de hombros.

—No hay nada de particular en él — le dijo. — Todos los chinos parecen iguales, y siempre producen una impresión de disgusto; sin embargo, hasta ahora no se nos han presentado dificultades. Este hombre habla el inglés y eso es mucho en su favor; por otra parte, siendo

como es, el gobernador de la provincia, no puede haber motivos para sospechar; además, allí podremos obtener datos valiosos para nuestro libro y tú podrás hacer un espléndido retrato de Hung-Chen-Fu.

Janet agitó la cabeza como dudando; en ese momento no pensaba en el libro, sino en aquella sonrisa imperceptible que se dibujaba en los labios del gobernador cuando, fugazmente, sus miradas se posaron en ella. Pensaba también que, probablemente, no habría ningún europeo en trescientos kilómetros alrededor de Fenchow y que, indudablemente Hung-Chen-Fu era allí todopoderoso.

Por la primera vez desde su llegada a la China, se alegraba de tener consigo el pequeño revólver que siempre guardaba al alcance de su mano durante los viajes.

—No hay peligro — repitió John — y, en realidad, demuestra ser una persona de cierta cultura al tomarse tanto interés por nosotros; no me sorprendería que pudiéramos obtener algún material muy valioso para nuestro libro, y estoy esperando el momento en que pueda hablar con él.

Janet asintió con un movimiento de cabeza, pensando que no debería ser tan pesimista.

* * *

Janet y John fueron conducidos a la casa del gobernador en un palanquín ricamente adornado. Delante de ellos marchaban algunos soldados que blandían sus espadas y gritaban para abrirse paso entre la multitud que llenaba las calles.

—Parece un cuento de hadas que se hubiese realizado — dijo John, — y estoy por creer que Hung-Chen-Fu debe poseer la lámpara de Aladino y otras maravillas.

—Tal vez sea algún mago — dijo Janet, sonriendo.

—Es muy probable — convino John. — Aquí, sentado en este palanquín, me siento predispuesto a creer cualquier cosa.

Vestido con toda su magnificencia asiática, Hung-Chen-Fu los recibió con una profunda reverencia.

—¡Bienvenidos! — les dijo con voz inexpressiva — al humilde palacio del gobernador de Fenchow.

Los ojos de Janet y John brillaron mientras paseaban sus miradas en torno; aquel lugar parecía un verdadero depósito de tesoros.

—Es posible — continuó el magnate con su voz impasible — que ustedes puedan dedicar un capítulo de su valioso libro a Hung-Chen-Fu y su humilde palacio.

—¡Un capítulo! — se hizo eco John. — ¡He aquí material suficiente para un volumen entero!

Una fiesta, como jamás Janet ni John habían soñado, los esperaba.

Había allí platos raros y fantásticos cuya naturaleza no podían adivinar, vajillas de oro y plata, y sirvientes que se movían con rapidez de un lado a otro como personajes de un ensueño. Escondidos detrás de un cortinado se hallaban varios músicos que tocaban melodías dulces y lánguidas. En el ambiente se aspiraba un perfume vago y delicioso.

Como un gran ídolo tallado en marfil, Hung-Chen-Fu se hallaba sentado en cucullas ante sus huéspedes.

—Ustedes pensarán — les dijo — cómo es que yo hablo su noble idioma; pero es que no siempre fui

gobernador de Fenchow. Durante diez años actué como sirviente de un inglés. Con él viajé hasta Hong-Kong, Singapore y llegué hasta la India; en ese tiempo aprendí su idioma. Después me hice bandido. Los invitados lo contemplaban con sorpresa.

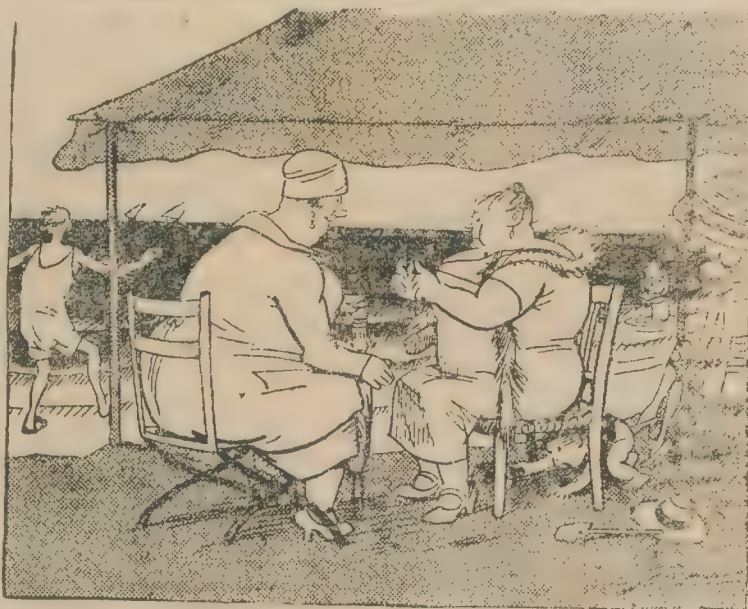
—¡Bandido! — repitió John con incredulidad.

Hung-Chen-Fu asintió con la cabeza.

—Por espacio de diez años fui terror de las colinas del Norte, el más grande de los bandidos. Maté

colinas del Norte; yo conocía todos los escondites, pues había sido el más grande de los salteadores; todos los días hacía cortar la cabeza a algunos de aquellos temerarios que pretendían seguir mi ejemplo, de manera que poco a poco conseguí restablecer la paz y el orden en Fenchow. Así, pues, pude conquistarme la fortuna, el poder y los honores...

John lo contemplaba asombrado, haciendo lo posible para creer que la fantástica carrera de su interlocutor era verídica y no obra de su



—¿Y usted no se baña, señora?
—¡Uf, qué asco! ¡Para oler después a pescado!

a centenares y me apoderé de oro, plata, joyas y mujeres. Me hice rico, y todos los hombres me temieron; luego enviaron soldados comandados por los mejores generales para arrestarme. Los soldados regresaron vencidos y a los generales los asesinó. Así, pues, me hicieron gobernador de Fenchow.

John y Janet no pudieron hacer otra cosa que continuar contemplándolo.

—¿No han procedido sabiamente? — prosiguió. — ¿Por qué habrían de seguir perdiendo a sus mejores generales?... Por otra parte, mi éxito hizo aparecer otros imitadores, y ya eran muchos los bandidos que asolaban las colinas del Norte, hasta el punto de que ya no había seguridad para los viandantes. Las mujeres hermosas tenían que ser encerradas bajo llave para que los bandidos no se sintieran tentados a robarlas. Por lo tanto, en su cordura, me hicieron gobernador de Fenchow. Actualmente ya no hay bandidos en las

imaginación.

—Aquí, en el palacio — prosiguió Hung-Chen-Fu en su voz suave e inexpressiva — ustedes no ven más que una décima parte de lo que poseo. Tengo oro y pedrerías escondidas en aquellas montañas que se ven en lejanía. Yo, Hung-Chen-Fu, soy el único ser viviente que conoce el secreto de la tumba del emperador.

—¿El secreto de la tumba del emperador? — repitió John con ansiedad, vislumbrando un romance.

Hung-Chen-Fu inclinó la cabeza.

—Hace cincuenta generaciones — prosiguió — el emperador murió en este palacio de Fenchow. Tenía más riquezas y más poder que ningún otro hombre en el mundo. Para que nadie pudiera descubrir el lugar secreto en que se esconderían sus tesoros, fueron a las colinas del Norte donde encontraron una enorme caverna, escondida en las profundidades de la roca. A la entrada de la caverna colocaron grandes portones de hierro que no te-

nían ni cerradura ni llave; sólo una persona sabía el mecanismo para abrirla, y a esa la mataron... Luego se eligieron mil hombres y favorecidos por las tinieblas de la noche, se pusieron en marcha hacia el lugar secreto donde se efectuaría el entierro del emperador. Ocho de ellos llevaban el ataúd; los otros novecientos noventa y dos conducían el oro y las piedras preciosas, y tan pesadas eran sus cargas, que todos se quejaban de fatiga. Entraron en la gruta secreta los ocho que conducían el ataúd y los novecientos noventa y dos que llevaban los tesoros y, cuando el último de ellos hubo entrado, las puertas se cerraron...

Hubo un momento de silencio. Janet y John se estremecieron horrorizados al contemplar *in mente* la escena en medio de las negras tinieblas de la caverna. El gran ataúd, el oro, las piedras y los mil desdichados que pugnaban desesperados, golpeando con sus puños desnudos, contra los portones, por salir de aquel sepulcro cuyo secreto sólo un hombre conocía.

—¡Entonces fueron encerrados como ratas en una trampa! — murmuró John.

Hung-Chen-Fu se encogió de hombros.

—Cuando yo descubrí el secreto de la tumba, cincuenta generaciones después — prosiguió — encontré sus esqueletos amontonados contra los portones de hierro.

—¿Y el oro y las joyas? — preguntó John con ansiedad.

Durante un fragmento de segundo los ojos del gobernador se fijaron impasibles sobre su interlocutor.

—Están diseminados por el suelo de la tumba — le contestó, — en los mismos lugares en que fueron dejados por los que los llevaron hace cincuenta generaciones, y esperan a que yo los necesite.

* * *

Durante un mes, Janet y John vivieron en el palacio del gobernador de Fenchow.

Por lo menos literaria y artísticamente "El encanto de la China" iba a resultar un éxito. Ambos se encontraban en el séptimo cielo de la dicha.

Hung-Chen-Fu no parecía existir más que para ayudarlos. Jamás el menor signo de emoción se dibujó en las facciones orientales, aunque siempre estaba dispuesto a indicarles una nueva maravilla, o contarles alguna historia que parecía explicar el espíritu de su pueblo, y llegó a insistir en que Janet hiciera los retratos de sus esposas más hermosas. Y mientras ella estaba ocupada en copiar la figura de alguna belleza del Norte o del Sud, el gobernador le explicaba a John la forma en que la había adquirido. Por ésta había pagado oro constante y sonante; la otra la había capturado después de asesinar a todos sus parientes.

Durante la noche, después de la cena, cuando las suaves melodías de los instrumentos musicales se mezclaban con los deliciosos perfumes del ambiente, el gobernador revisaba los dibujos de Janet y John le leía lo que había estado escribiendo durante el día.

—Su libro — le dijo — le traerá mucha fortuna y gran fama.

John se sonrió.

—Fama, no lo dudo; pero no tengo la misma seguridad respecto a

DESPUÉS...

¡Oh, la inquietud de irnos por distintas ciudades con la ruta variable y el espíritu audaz!...
¡El ansia de alejarnos de lo ya conocido, con el único norte de una estrella fugaz!...

Pero un mísero mueble, muchas veces nos ata... un pedazo de tierra... una amiga, tal vez... y exigimos al alma que conserve ese nudo, sin pensar que otras manos lo deshacen, después...

ALICIA PORRO FREIRE.

la fortuna. Nuestros libros siempre adquieren más renombre que dinero. ¿No es verdad, Janet?

La joven señora se rió y encogióse de hombros.

—No es posible tener de todo— le contestó.—Estoy satisfecha con las cosas tal cual son.

Los ojos del gobernador estaban fijos en John.

—¿Desea usted fortuna? — le preguntó finalmente.

—A veces la deseo — le contestó John. — Y me parece que hacía cualquier cosa por obtenerla a fin de que Janet no tenga que privarse de tantas menudencias que podrían hacerla feliz. Me gustaría poder darle todo lo que desea, y en cambio, nada puedo ofrecerle. Sus padres son ricos, pero cuando se casó conmigo no quisieron volverla a ver. Antes ella disponía de todo lo que le agradaba; en cambio, ahora apenas si puede comprarse un vestido nuevo cada año. ¿Comprende usted cuál es mi situación? Deseo pagarle todo lo que ha sacrificado cuando se casó conmigo.

—Me gustaría que no te expresaras así — le dijo Janet fuciendo el ceño, — porque soy feliz tal cual me encuentro; además, si nos tornáramos ricos de pronto, habría, inevitablemente, que pagar por ello algún alto precio.

Los ojos ovoides e impasibles de Hung-Chen-Fu se fijaron primero en uno y después en el otro. Permaneció en silencio, pero una a modo de sonrisa parecía dibujarse en sus labios delgados.

Por último los retratos quedaron terminados. Dentro de pocos días John y Janet irían a Shanghai para esperar el vapor que habría de conducirlos a Europa.

“El encanto de la China” era el libro de sus sueños. Sería recibido con entusiasmo, y, como decía el escritor, hasta los editores de corazón más duro adelantarían cincuenta libras cuando hubiesen leído el manuscrito.

—Y todo lo debemos a Hung-Chen-Fu! — exclamó. — Antes contemplábamos las cosas superficialmente, pero él nos ha permitido llegar hasta el mismo corazón de la China.

—¿Es una maravilla! — admitió Janet moviendo la cabeza.

—Y pensar que tú sentías cierta aprensión cuando nos invitó a este palacio!

Por un momento la joven señora guardó silencio; luego dijo:

—A veces no tengo mucha seguridad de esa persona. Cuando me mira, siempre siento deseos de estremecerme. No sé por qué.

John se echó a reír.

—¿Es tu imaginación, querida mía! Al fin y al cabo no es suya la culpa si tiene los ojos oblicuos y la piel amarilla. Si tuviera algún siniestro plan no nos habría tratado como si perteneciéramos a la más rancia aristocracia, ni se hubiera tomado tanto interés por un libro.

Janet asintió con la cabeza.

—Es una tontería de mi parte— dijo,—especialmente después de lo que hizo por nosotros.

—No creo que vaya a tener oportunidad de encontrarme con una persona mejor que Hung-Chen-Fu— dijo John.—No tenía la menor necesidad de preocuparse por nosotros, y sin embargo, sólo debido a su nunca bien ponderada bondad, ha hecho todo que pudo por nosotros. Lo único que podemos hacer en cambio, es dedicarle el libro y

enviarle un ejemplar cuando esté impreso.

Por la mañana, en la víspera del día que habían resuelto partir de Fenchow, Hung-Chen-Fu se acercó a ellos mientras paseaban por los jardines del palacio.

—Todavía hay que agregar un cuadro al libro y también un capítulo — les dijo.

Ambos lo miraron interrogativamente.

—Ustedes se han equivocado respecto a la tumba del emperador.

—Pero, ¿usted es la única persona que conoce el secreto!— le respondió John. — ¡Nosotros creíamos que!...

—Los caballos nos están esperando—le interrumpió Hung-Chen-Fu; —debemos partir en seguida.



Incubadoras automáticas

Aves de raza y huevos para empollar. Útiles para la cría de aves. Colmenas, abejas, y accesorios para apicultura. Implementos y aparatos para la industria lechera. Peladoras, secadoras, esterilizadoras y demás máquinas para la conservación de frutas y legumbres.

Pida lista de precios del renglón que le interesa mencionando esta Revista a

Grandes Establecimientos Excelsior
JURAMENTO 5148 BUENOS AIRES

En silencio lo siguieron hacia el palacio. Los ojos de John brillaban de entusiasmo. Estaba pensando en la tumba del emperador, en las enormes puertas de hierro, en los esqueletos de los mil desdichados, en el oro y las piedras preciosas que habían permanecido allí escondidas durante cincuenta generaciones. Pensaba también en el cuadro que Janet podría hacer de aquella escena, y en el capítulo emocionante que agregaría a su obra maestra.

Janet caminaba a su lado, con los ojos fijos en la coleta de Hung-Chen-Fu, que casi llegaba a tocarle los talones.

El gobernador cabalgaba delante; el sol se reflejaba en su blusa

pañantes.

Finalmente llegaron al borde de una barranca que parecía caer verticalmente hasta el corazón de la tierra. Desmontaron y los caballos fueron atados al tronco de un árbol talado. Hung-Chen-Fu se acercó al borde de la barranca y miró hacia abajo. Un angosto sendero conducía en pronunciado declive hacia una meseta; a poca distancia de allí se veía una pequeña losa de un metro de diámetro, que colgaba sobre el precipicio. Habló unas palabras con el sirviente, y luego, haciendo seña a Janet y a John para que lo siguiesen, descendió por el sendero angosto hacia la meseta, que tenía forma triangular. En dos

de sus costados estaban los bordes del precipicio y en el tercero la meseta descendía abruptamente un centenar de metros hasta unas rocas que se veían más abajo. Al frente de la pared rocosa estaban las sólidas puertas de hierro que cerraban la entrada a la tumba del emperador.

Durante un instante, los tres contemplaron la superficie lisa de aquellas moles metálicas.

—Y bien — dijo Hung-Chen-Fu, después de una breve pausa. — ¿Adivinan ustedes el secreto de las puertas metálicas?

John movió la cabeza en sentido negativo.

—Para mí, es un misterio, — le contestó.

—Sin embargo, es un simple problema de mecánica — dijo Hung-Chen-Fu. Luego golpeó las manos y miró hacia arriba, en el lugar en que se encontraba el sirviente esperando, quien en seguida se dirigió arrastrándose, hasta la losa que colgaba sobre el precipicio. Oyóse el ruido de goznes que rechinaban, mientras la losa descendía lentamente por la roca de la barranca. Las puertas también se abrían paulatinamente.

John dejó escapar una exclamación de asombro. Temblorosa, Janet, se acercó a su esposo. Con esa sombra de sonrisa que le era peculiar, Hung-Chen-Fu los contemplaba.

A medida que las puertas se abrían, caían hacia adelante cráneos y esqueletos. En un principio, parecía que detrás de aquellas moles de hierro no hubiese más que los esqueletos de los mil hombres que condujeran al emperador y sus tesoros a su lugar de descanso, cincuenta generaciones antes. Luego, a la mortecina claridad que se filtraba en la caverna, pudieron ver el ataúd y los tesoros. Había allí oro apilado hasta el techo, y diseminado por el suelo. También había jarrones volcados en los que se veían rubíes, diamantes, zafiros, perlas y esmeraldas, entre los huesos de mil cadáveres.

—Toda esta riqueza que usted ve, es suya — le dijo Hung-Chen-Fu.

John se estremeció como si saliera de una pesadilla.

—¿Mía? — preguntó.

—¿No desea usted riquezas? ¿Qué necesidad tengo yo de más oro y pedrerías? ¿Acaso no poseo tanta fortuna como puedo desear? Llévase esos tesoros, a fin de que su opulencia pueda igualar a su fama.

Como un hombre que soñase, John avanzó vacilante entre los restos humanos hacia el tesoro que se veía allá. Sus ojos fulguraban y sus brazos se extendían como para abrazar aquel increíble tesoro.

Durante muchos años había sufrido los dolores de la pobreza y maldecido al mundo que les diera fama a él y a Janet, mientras les negaba lo más necesario para la vida. Ahora, como por arte de encantamiento, era más rico de lo que habría podido pensar en sus sueños más extravagantes. Lentamente la losa sobre la cual se hallaba el sirviente seguía descendiendo. Lentamente, también, los enormes portones continuaron ensanchando la abertura. Luego el rechinar de los goznes cesó, y las puertas quedaron inmóviles. Por un instante la losa siguió también inmóvil; en seguida comenzó a inclinarse hacia abajo; el sirviente trató de clavar las uñas de sus manos crispadas sobre la lisa superficie para buscar un pun-

SENTENCIAS

- * Recibe beneficio quien lo concede al que lo merece.
- * Cuando se obliga al indigno, se obliga a todos.
- * Socorrer pronto al desgraciado, es socorrerle dos veces.
- * Beneficiar con frecuencia, es enseñar a hacer beneficios.
- * Es morir dos veces, morir por voluntad de otros.
- * El pariente más próximo es el bienhechor.
- * La felicidad pasada redobra la desgracia presente.
- * Es morir dos veces, perecer por las propias armas.
- * Dos veces vence, quien se vence en la victoria.
- * La buena fama conserva hasta en la oscuridad el brillo que le es propio.
- * Dos veces eres culpable si prestas auxilio al culpable.
- * Si la razón gobierna, el dinero es útil.
- * La buena opinión de los hombres es bien más seguro que el dinero.

PUBLIO SYRO.

to de apoyo y evitar resbalarse, pero la losa seguía tumbándose. Por un fugaz instante el sirviente consiguió aferrarse al borde, y luego cayó, girando sobre sí mismo, al abismo insondable que se abría como una enorme boca a sus pies. Inmediatamente la losa recobró su posición horizontal y comenzó a ascender de nuevo.

Y fué el grito de horror, medio ahogado, que dejó escapar Janet, lo que volvió en sí a John. Dióse vuelta y vió, a través de las puertas que se cerraban con rapidez, a Janet que se debatía en los brazos de Hung-Chen-Fu.

La joven había visto al sirviente caer al abismo, pero en ese instante no comprendió, como ahora, que aliviada de su peso, la losa comenzaba a subir cerrando las puertas al mismo tiempo. Por último se dió cuenta que su esposo había caído en la trampa tendida por Hung-Chen-Fu, vió los portones que giraban, los cadáveres, el tesoro y a John. Profiriendo un grito, mezcla de terror y desesperación, se avalanzó como queriendo detener las puertas que se cerraban, pero los brazos de Hung-Chen-Fu le rodearon el busto. Luchó desesperadamente, se retorció y se debatió golpeando con sus puños crispados la cara impassible del amarillo. Pero Hung-Chen-Fu la tenía aferrada en un abrazo de acero.

Y las puertas se cerraron con un golpe seco.

Janet pudo librarse de su opresor y corrió hacia ellas, golpeándolas desesperadamente con los puños y con todo su cuerpo, al mismo tiempo que gritaba:

—¡John... John!...

Entonces vió cómo Hung-Chen-Fu la contemplaba con sonrisa cínica y de satisfacción.

—No puede oírlo — le dijo, — de la misma manera como tampoco usted puede oírlo a él. Sin embargo, dentro de la tumba, en las tinieblas, él está gritando y golpeando con sus puños las puertas. El hierro es sólido... Y con las manos cruzadas delante de sí, avanzó hacia ella.

Con los ojos desmesuradamente abiertos por el terror y temblando, Janet se arrimó aún más a los portones que cerraban la entrada de

lo que ahora sería la tumba de su esposo.

—Es inútil — dijo Hung-Chen-Fu — luchar contra el destino. Deseaba oro, y sus deseos se han visto satisfechos; tiene oro y piedras preciosas en abundancia. Deseaba que usted se vistiera de rica seda y satén; deseaba que en su garganta luciese hermosas perlas, y que entre sus cabellos, los brillantes despidiesen fulgores. Y también en esto sus deseos se verán cumplidos. Yo, Hung-Chen-Fu, me encargaré de que sus sueños se vean realiza-

da por el chino, que la condujo por el angosto sendero hacia la cumbre de la barranca, donde los corceles esperaban atados al tronco de un árbol. Sosteniéndola por la muñeca, para evitar que pudiera arrojarla por la barranca al precipicio, Hung-Chen-Fu comenzó a desatar los caballos. Janet se hallaba de pie, temblorosa, a su lado. Su mano izquierda estaba firmemente asida por la mano férrea de Hung-Chen-Fu, pero la derecha la tenía libre; furtivamente extrajo el pequeño revólver que siempre llevaba



—Oiga, señor bombero: usted, que es técnico en la materia, dígame a este ignorante lo que son fuegos fatuos.

dos; usted será la más grande y más hermosa de mis mujeres.

Temblorosa, la joven se agazapó contra las puertas. Hung-Chen-Fu la contemplaba con aire grave.

—Actualmente usted está disgustada con la suerte — le dijo. — Usted quisiera morir, pero no tardará en olvidar.

Luego extendió el brazo y pasó su mano amarilla sobre las mejillas aterciopeladas de la joven para acariciarlas. Un estremecimiento convulsivo recorrió todo el cuerpo de Janet.

Lentamente, se incorporó ayuda-

consigo en los viajes.

El estampido fué repetido por el eco una y otra vez en los ámbitos de la montaña, y por un momento, Janet pareció como quedar paralizada. La reacción no tardó en producirse, sin embargo, y agarrando el cadáver del gobernador por los tobillos, lo arrastró lentamente hacia la losa que pendía de la barranca al borde del precipicio. Jadeante, temblorosa, sintiendo escalofríos, siguió arrastrándolo metro a metro, hasta que llegó al borde, y lo hizo rodar hasta que cayó sobre la losa.

Luego transcurrió un breve espacio de tiempo que le pareció una eternidad, y en seguida volvió a oírse el rechinar de los goznes, a medida que la losa descendía.

Janet corrió por el sendero que conducía a la meseta más abajo; las puertas de hierro se abrían con lentitud, y una figura desaliñada, con los ojos desmesuradamente abiertos y la expresión de un loco, salió tambaleante por encima de los esqueletos que estaban diseminados a la entrada.

—¡John, John! — exclamó, dejándose caer entre sus brazos.

El cuerpo de Hung-Chen-Fu, gobernador de Fenchow, resbaló de la losa y cayó girando sobre sí mismo en las negras tinieblas del abismo. La losa comenzó a ascender.

Y, mientras Janet y John subían lentamente el angosto sendero que conducía a la cumbre de la barranca, oyeron las puertas de la tumba del emperador, que se cerraban con un golpe seco.

La piedra del camino

Piedra deteriorada que le sirve de alfombra a mis plantas cansadas de hollar viejos senderos; dura piedra granítica, sin luz de reverberos, medio oculta en la vaga lobreguez de la sombra.

Modelo de estoicismo mi palabra la nombra, porque en silencio sufre, sin ayes lastimeros, mil pisadas que implican un agravio a sus fueros, con una resignada serenidad que asombra.

Pienso de qué cantera proviene, si su sino fué coronar un pórtico o integrar un camino; pero el hondo secreto develar me es vedado.

Sólo sé del misterio de su pétrea existencia que la roca de Sísifo prestigió su ascendencia y los dólmene druidicos la han immortalizado.

ROGELIO A. DURO.

Rivaliza en hermosura

con el cardenal



De venta en todas las buenas tiendas.



La Parker Duofold Tarda Más en Llenarse por Razón de su Mayor Capacidad para Tinta. Oprímase el aspirador, suéltase y cuéntese hasta lo antes de sacar la pluma de la tinta.

Su Cañón Grande

impide que los dedos se acalambren y ofrece tinta de reserva.

Su pluma de 25 años, enjorada y tersa, se desliza fácilmente

APENAS toma Ud. en sus manos esta pluma-fuente, con el cañón grande, se da cuenta de que está hecha para escribir sin esfuerzo, por causa de su simetría y equilibrio. Ese tamaño le permite contener tinta de reserva. ¡Y, además, su pluma está garantizada por 25 años DE USO, si no se la maltrata!

THE PARKER PEN COMPANY
Hay Lapiceros Duofold, que hacen juego con las Plumas.

Lady Duofold \$10. "Junior" grande \$11.50.
"Big Brother" grande \$13.50.

Distribuidores:

RIVER PLATE SUPPLY CO.,
Gazzana y Cia., 769 Moreno 775,
Buenos Aires

Parker Duofold
Con la punta que dura 25 años

25 años de garantía

Duofold, Jr., \$16. Lady Duofold, \$20.
Igual, pero más pequeña Con aro para cadenilla

Pasado mañana, 6 de diciembre, celebra la iglesia la festividad de San Nicolás de Bari o de Myra, que nació en Pátara, ciudad de Licia, en el Asia Menor.

Después de haber ocupado el obispado de Myra, se retiró al monasterio de Sión, en donde murió el 6 de diciembre del año 327, siendo enterrado en la iglesia del monasterio. Estando los turcos saqueando toda la Licia, fué transportado su cuerpo a Bari de la Pulla, en Italia.

San Buenaventura escribe que resucitó en Myra a tres jóvenes estudiantes que habían sido asesinados, y el mismo milagro hizo con tres niños degollados y descuartizados que habían sido metidos en una tina.

Sin duda, por estos milagros con los niños, se le ha considerado como protector y patrón de la infancia; por esto, en algunos países, el día 6 de diciembre se celebra una curiosa e interesante fiesta infantil.

Al anochecer, en una casa determinada, se reúnen para merendar y bailar los niños de diferentes familias, y cuando están más divertidos, anuncian la llegada de San Nicolás que viene para repartir juguetes entre sus queridos niños.

Un San Nicolás de carne y hueso, vestido unas veces de obispo, otras con ropón rojo y pieles blancas, gorro de los mismos colores y materiales, penetra en la estancia, apoyado en su báculo, seguido de su criado Hans, que marcha encorvado bajo el peso de enorme cuévano repleto de juguetes.

El santo les dice que llega de muy lejos, de España; que les va a regalar juguetes, y que éstos serán mejores o peores que los del año anterior, según su conducta y aplicación hayan mejorado o empeorado. Y aquí empieza lo curioso: se verifica el milagro, los múltiples milagros que asombran a los niños, que quedan convencidos de que es un verdadero santo, pues sólo un San Nicolás que tanto se ocupa de la infancia puede saber las cosas que él sabe.

El ayudante saca una lista y pronuncia el nombre de un niño o niña y entrega al santo un envoltorio con los juguetes que le regala.

El niño se adelanta, y el bondadoso obispo le dice:

—Mira, Guillermito: el regalo de este año es bastante mejor que el del año pasado, y te lo entrego con gusto, pues lo mereces. Tus notas en escritura y gramática han sido mejores; en aritmética sigues lo mismo; pero has abandonado un poco la tabla de dividir. Si en esto mejoras, y en lugar de cuatro rabietas que has cogido este año no coges ninguna, el regalo que te traeré el año próximo será mucho mejor.

Suena otro nombre y avanza una niña.

—Señorita Nini, qué poco ha faltado para que quedes sin regalo este año. Desde las vacaciones de verano a esta fecha nos has tenido tiempo, según dices, de marcar seis pañuelos con tu inicial; no estudias nada; lloras y pateas cuando te mandan estudiar el piano; te pasas la vida asustando al gato y, lo que es peor, ayudaste al diablillo de tu hermano a matar el canario. ¡Qué bien ha hecho tu hermanito en irse a pasar este día a casa de su tía Cornelia, porque si viene aquí, menuda peluca se lleva por todo re-

El Santo de los juguetes

San Nicolás de Bari

galo! Y tú, para que veas que a esto porque sé que tienes el propósito de corregirte.



MARCA REGISTRADA

"LA BOLSA DE CAFE"

R. Pensado & Cía.

IMPORTADORES

CAFES FINOS

:: TES DE CEYLAN ::

La numerosa y distinguida clientela que nos favorece y el aumento constante de nuestras ventas, es el mejor elogio que podemos hacer de nuestros productos.

Recomendamos nuestra mezcla de café EXPRESS, ideal para Bares, Lecherías, Hoteles y Restaurantes.

Depósito y elaboración:

HUMAHUACA 422-529

U. T. 0662, ALMAGRO

Escritorio y venta:

1419 - VICTORIA - 1419

U. T. 3446, RIVADAVIA

U. T. 7966, MAYO

BUENOS AIRES

El clavel del aire

Como la Santa Lucía celeste buscó la sombra junto a la tierra húmeda, y el camalote, de un pálido violeta azulado, la ribera mojada por la inquietud de la onda, el clavel del aire eligió para residencia el rugoso tronco de los árboles.

Allí lo acariciaba la brisa, lo cobijaba el follaje y la altura lo defendía del pie brutal o la mano profana.

Estaba bien en su castillo aéreo: en la horqueta de un molle, en el tronco de un sombra de toro, en los gajos fuertes de los amarillos o los lapachos...

Sus hojas blancuzcas y elegantes, ligeramente curvas y agudas, como una espadita de juguete, crecieron erectas; las sutiles y escasas raíces hundieron sus garfios tenaces en la corteza de los troncos.

Pero pronto los árboles se dieron cuenta de la invasión y declarando no admitir la inutilidad de los parásitos, les pidieron se retirasen.

La solicitud era justa por más que el clavel del aire ocupaba poquísimo sitio y se alimentaba de menos savia.

Los árboles tenían razón.

Ellos, antes de cambiarse de domicilio, resolvieron compensar la preciosa hospitalidad.

Florecieron!

Sus bellas flores de intenso azul, de vivo rojo, pusieron una gracia impensada y feliz en los vigorosos y rústicos troncos oscuros.

Los árboles se contemplaban encantados, desconocidos, con la decoración de aquellas magníficas y lujosas galas.

Y a unanimidad resolvieron revocar su decisión.

El clavel del aire paga su palacio aéreo en poesía.

MONTIEL BALLESTEROS.

Y así van acercándose los niños. A todos les dice algo; todo lo que dice es verdad, todo lo sabe, todo lo adivina. Conoce a todos los niños y ninguno le conoce a él.

¿Cómo es eso?

Días antes se reúnen los padres de los niños y acuerdan en qué casa se ha de verificar la fiesta. Los papás compran los juguetes que destinan a sus hijos y en el paquete ponen el nombre del agraciado. Además, cada padre escribe una nota en la que señala los defectos o virtudes más salientes del retoño, y estas notas se las entregan a una persona desconocida de los chicos. Con frecuencia, esta persona que ha de hacer el papel de San Nicolás es un soldado ilustrado de la guarnición, que es invitado a merendar, y a quien se le gratifica, así como a su ayudante, con unos florines.

La fiesta es linda, de una gran ternura, inocente y de resultados prácticos, pues los chicos, por lo menos durante algún tiempo, siguen los consejos que les da Santa Claus, y ya por miedo a la filípica y a quedarse sin juguetes, ya por conseguir que el número de juguetes sea mayor, o bien porque les hace impresión el cariño, la seriedad y el gran saber milagroso del santo, llegan a enmendarse y corregirse.

Este San Nicolás es para los niños de otros países lo que para los nuestros son los Reyes Magos. Nosotros, con gran fundamento, decimos que vienen de Oriente; pero, ¿por qué los holandeses dicen que San Nicolás va a su país desde España?

No nos lo explicamos, pues San Nicolás de Bari no pisó esta Península.

¿Será que confunden o en los orígenes de esta fiesta confundieron al santo obispo con el beato Nicolás Factor, que nació en Albaida, Valencia?

Es poco probable, pues el beato Nicolás nació en 1520 y murió en 1593, y la fiesta de San Nicolás en Holanda debe ser más antigua que las citadas fechas.

FERS.

El cambio de sexo en las ostras

El doctor D. H. Orton, famoso hombre de ciencia británico, posee una ostra verdaderamente maravillosa.

Puede cambiar de sexo. Cuando llegó a poder del doctor era macho.

El doctor "lo adoptó" como animal favorito, y hasta le puso su nombre: Oliverio.

Nada ocurrió durante un año, al cabo del cual el doctor se vio agradablemente sorprendido con una cría de miles de ostras. Naturalmente, en el acto se le cambió el nombre por el de Olivería.

Pero, ¡oh maravilla!, quince días después había vuelto a convertirse en individuo del sexo fuerte.

Se cree que estos cambios obedecen a cambios de ambiente.

Por ejemplo: un baño de agua caliente basta para que la ostra cambie de sexo.

Tragedia del arroyo

Por Rafael Mesa de la Peña

Con exactitud cronométrica, el perro vagabundo se situaba todas las tardes, a las tres, frente al mirador de la magnífica casa que habitaba Marujilla y, sentado cómodamente sobre las patas y sufriendo tal cual molestia de los chicuelos de la calle, mal avenidos con la quietud, esperaba a que la niña se asomase, para tributarla desde la calle sus bulliciosas caricias, traducidas en alegres ladridos, en saltos inverosímiles, que le convertían en un acróbata, y en miradas húmedas y duzonas, que habrían conmovido ciertamente a un mediano psicólogo.

Sultán — así llamaban al perro en toda la barriada, — era ordinario, de casta indefinida, grande y destartado. Pelo basto, blanco y negro, generalmente no muy limpio; hocico puntiagudo y orejas que semejaban el raro bolsillo de señora excéntrica, esclava de las tiranías de la moda.

Si aquel bicho sin casa ni dueño, sin pan y sin obligación impuesta por la costumbre o por el amo, no hubiese tenido aquellos ojos grandes, dulces y expresivos, en los que parecía reconcentrarse toda una vida de dolor y de esperanza, hubiera habido más que sobrada razón para matarle por feo, aunque le hubiera dado un ataque de nervios a la linda Marujilla.

De Marujilla hablo al acaso, lector, y Marujilla asoma al mirador de su casa en aquella tarde abriliana, llena de luz y de perfumes, buscando a lo largo de la calle algo que no ve con sus grandes ojos azules, que iluminan una carita de color de rosa, encerrada en el marco caprichoso de una cabellera negra, muy negra, cortada a la romana, coronada por un lazo de seda fastuoso, del mismo color de su rostro de muñeca de diez años.

De improviso, Marujilla salta gozosa, ríe con toda su boca de perlas y corales y grita, escandalosamente:

— ¡Sultán! ¡Sultán!

Es que el perro vagabundo ha doblado la esquina inmediata y a buen paso, con los ojos chispeantes, alta la cabeza, como si buscara algo también, y, enhiesto el rabo, que agita sin cesar como plumero en mano de activa Maritornes, avanza hacia el mirador, descubre a Marujilla, ladra alegremente, saltando como un loco, pretendiendo volar al lado de su amiga, del único ser que acaso le trató con amor.

Y en seguida comienza el diálogo tiernísimo entre Marujilla y el perro vagabundo, que en aquel instante no se cambiaría quizá por el primer premio de la Exposición Canina.

— ¿Has comido hoy, Sultán? — pregunta la niña con su voz más dulce.

Y el perro, instintivamente, o acaso por comprender la pregunta, meneaba la cabeza de derecha a izquierda y lanza un aullido lastimero, que termina en un salto prodigioso hacia el mirador.

— ¿Que no? ¿Con que no? — dice la niña. — Pero, ¡hombre!... ¡Eso te pasa todos los días!... ¡Te vas a morir de necesidad!... Y si te mueres... ¡no nos veremos nunca!... ¡Ahí va media barra de vieña que te he guardado de mi des-

gustan mucho. ¡No sabes el trabajo que me costó no comérmelas, porque son de coco! De coco, ¿sabes? Una cosa riquísima y muy cara para regalársela a los perros, según me dijo mamá... ¡Claro! Ahora me pides el postre meneando el rabo y dándome voces... ¡También te lo he traído, hombre, también! Ahí van dos terrones de azúcar. Cógelos en el aire, porque sino, los chicos te los quitan. ¡Como eres tan menso! ¡Así!... Ya no tengo más, porque me da mucha pena echarte pan duro. Además, ¿sabes?, la trapera se pone furiosa y un día te va a pegar. Y como te pegue, se queda ella sin el pan duro.

OJO CLINICO



EL OCULISTA. — Sí, señor; se trata de lo que vulgarmente se llama una nube, pero sin importancia. ¡Es solamente una nube de verano!

ayuno!... ¡Qué barbaridad! ¡Te la has comido sin partirla!... Toma medio filete que me ha sobrado del almuerzo... ¡Qué bruto! ¡Te tragas todo de una vez!... A ver si te ahogas y me das el día! ¡Ay! ¡Contigo no vivo, Sultán! Toma. Tres galletas que te guardé ayer de mi merienda, a pesar de que me

¡Vaya si se queda! ¡A bien que la pobre mujer es más fea que tú y bastante más sucia, según dice la cocinera!...

El pobre perro vagabundo mantiene el diálogo con sus ladridos, y traduce su satisfacción en saltos formidables, que excitaban la hilaridad de los que presenciaban la

LA OCASIÓN

— ¿Quién eres, que mortal no representas, Tanta es la gracia de que estás dotada?
 ¿Por qué en los pies el ala inquieta ostentas?

— Soy la ocasión, de pocos aceptada,
 Y la causa de tanto movimiento
 Es ir sobre una rueda colocada.

No hay vuelo igual a aquel que represento;
 Y aunque el ala en el pie se halla adherida,
 Nadie detiene mi correr violento.

Flota el cabello en mi cabeza erguida,
 Con el cual mi semblante está velado,
 Para no ser de nadie conocida.

Salúdanme las gentes con agrado;
 Todos me miran con afán curioso,
 El que marcha detrás o va a mi lado.

— ¿Quién te acompaña asiduo y cauteloso?
 — El pesar, que acompaña al que no sabe
 Aprovechar mi auxilio poderoso.

Y tú charlando aquí de nada grave,
 Perdiendo un tiempo que transcurre en vano,
 No me coges, guardándome con llave,
 Y me dejas, teniéndome en la mano.

NICOLAS MAQUIAVELO.

Luz, calefacción, ventilación, fuerza-motriz, bajo múltiples aspectos y aplicaciones

La Compañía Italo-Argentina de Electricidad invita al público a visitar su Exposición de aparatos eléctricos donde hay permanentemente un empleado para facilitar todas las informaciones que se le soliciten

Calle Corrientes 651-659
 U. T. (31) Retiro 3401 al 3408
 C. T. 1387 y 2524, Central

curiosa escena.

— Adiós, Sultán — continuaba la niña. — Que te acuerdes de mí y no te dejes coger por los perreros, porque como no sabes escribir y no podrías avisarme para que te salvara mamá, que... ya me está llamando a gritos y echándote maldiciones... ¡Adiós, Sultán!... ¡Voy! ¡Que te acuerdes de mí!

Y la niña se llevaba a los labios sus dedos de rosa y enviaba un beso al pobre animal, que la despedía con un aullido lastimero, mientras sus ojos grandes y expresivos parecían humedecerse a impulsos del agradecimiento y del cariño. Después, Sultán se alejaba lentamente, y al llegar a la esquina volvía su cabeza inteligentísima hacia el mirador, antes de trasponer aquella, porque sabía que la linda Marujilla escapaba ligera de los brazos maternales para darle con sus manos de nácar el último adiós por aquel día.

¿Qué le pasa al pobre Sultán? Su mirada es más triste, su pelo es más lacio, su cabeza inteligente está siempre inclinada hacia la tierra; su cola, aquella cola que se erguía gallarda y se agitaba arrogante, pregonando sus alegrías y sus esperanzas, parece ocultarse acobardada entre sus patas, barriendo con su extremo inferior el suelo sucio de la calle.

Horas enteras se pasa el perro vagabundo frente al mirador de la casa de Marujilla, que permanece herméticamente cerrado, sin que su linda dueña asome su cara de muñeca entre los cristales para arrojar a Sultán las golosinas de costumbre.

El perro aúlla entristecido y lastimero, con sus grandes ojos fijos en el mirador, que permanece cerrado. Llama y no le contestan. ¿Será ingrata Marujilla con su fiel amigo?... ¿Será el perro, con sus mentidas perrerías, más constante al cariño de su amiga que la niña

de alma blanca y de cuerpo de nieve lo es con el pobre Sultán?

A los tristes aullidos del perro vagabundo contestaba siempre la portera de la casa de Marujilla con fiera indignación:

—¡Ya está ahí el chucho — decía encendida en cólera — anunciando con sus aullidos la muerte de la pobre enfermita, que lo oye y sufre, porque quiere que la saquen al mirador. ¡Ahora verás!

Y armada de la escoba salía ligera a castigar al perro que no huía. Tendido en el suelo, sufría los golpes sin esquivarlos y sin defenderse, pretendiendo lamer la mano que le pegaba.

Una vez aquella arpía le golpeó en una pata y se la partió. Sultán, enloquecido por el dolor, aulló tristemente y con automática lentitud se alejó unos cuantos pasos, perseguido por aquella fiera, que gritaba indignada:

—¡Este chucho va a matar a la niña!... ¡Habrá pesao!

El perro vagabundo llegó a la esquina arrastrándose, y antes de desaparecer volvió sus ojos inteligentes con suprema tristeza hacia el mirador cerrado.

En aquellos ojos brillaban dos gruesas lágrimas que, resbalando por el hocico, abrasaron sus fauces entreabiertas...

... ¿Qué ocurre en casa de Marujilla?

Delante del lujoso portal hay un magnífico carro fúnebre, tirado por seis hermosos caballos blancos. Blancos son también los penachos y las gualdrapas de las bestias, la madera del coche y el traje de los palafreneros. Hasta la fusta del cochero es blanca... ¡Blanco, todo blanco!

Coches y automóviles se alinean detrás del carro aquel que espera. Muchos caballeros, muchos, llenan el portal. Esperan también hablando de política y del tiempo...

Y espera también el pobre perro vagabundo que, lacio, triste, enflaquecido, medio muerto, contempla el mirador de Marujilla — abierto de par en par aquella tarde, — con el hocico contraído por una mueca dolorosa.

Dos hombres descienden por la escalera y depositan cuidadosamente en el carro fúnebre una caja blanca, muy blanca también, adornada con ancha franja de plata y cubierta de perfumadas flores y de plumas finísimas.

Sultán aulla tristemente y avanzando hacia el carro fúnebre, arrastrando su cojera con dolor, casi sin alientos. Lleva la boca abierta y lucha por acercarse para lamer el ataúd...

La comitiva, sin prestar atención al pobre perro, se pone en marcha.

Una mujer hermosa, destocada y frenética, se asoma al mirador violentamente y grita enloquecida, dirigiendo su mirada extraviada al carro fúnebre:

—¡Marujilla! ¡Hija mía!...

El fúnebre cortejo traspone la esquina indiferente, entre dos filas de vecinos.

Sultán sigue de cerca el coche fúnebre. De vez en cuando mira la cajita blanca con sus ojos tristes y expresivos llenos de lágrimas, aulla tristemente y sigue arrastrando su cojera sin desmayo, sin vacilaciones...

mo un hombre de corazón entre la El perro vagabundo, llorando co-



Quiero que llueva

Quiero que llueva suavemente.
Ese caer del agua pura,
ese rumor sobre las hojas
y los tejados, esa música
de los chorrillos tan parleros
que mil palabras articulan,
ya no como antes me remedan
mis pasajeras aventuras;
ya no como antes ponen triste
mi corazón fuerte en la

angustia;
ya no como antes me deshojan
mis ilusiones más desnudas;
ya no como antes me intimidan
con el dolor, ni me amarguran:
ya las nostalgias me contentan
y los pesares ya me encum-

bran;
ya los recuerdos del pasado
que son de amor hondos

penurias,
se hacen felices, dulces
lágrimas
que toda el alma me fecundan
como a la tierra el suave
llanto...

de la lluvia,
porque tu vida hecha una ola
mi vida entera pronto inunda,
cual si estuviera avasallando
el fuego astral que en mí

fulgura,
porque en mis ojos te presentas
como mi virgen y mi musa,
y te me adentras blanda y

suave
como en la tierra sitibunda
las frescas gotas
de la lluvia.

Quiero que llueva suavemente.
Ese caer del agua pura,
ese rumor sobre las hojas
y los tejados, esa música

de los chorrillos tan parleros
que mil palabras articulan,
¡ah, como nunca, novia mía,
me hablan alegres de mis

nupcias;
ah, como nunca, me aproximan
a la divina boda augusta,
mi dulce novia,
como nunca!

¡Hay alegría más sublime
que la que tiene la tierra
húmeda?...

Todas mis lágrimas se vuelcan
sobre mi alma, como lluvia...

Y siento en lo hondo esa
alegría
que nos embriaga de frescura.

¡Loca alegría de saberte
vestida ya de blanca túnica!

¡Dulce alegría de pasearte
por los senderos de una Luna
de Miel, que Dios nos ha

legado
como una madre taciturna...!

¡Santa alegría de que sientas
toda la dicha, toda tuya!

¡Honda alegría de ir unidos,
frescos de sacro amor y lluvia!

Quiero que llueva suavemente.
Ese caer del agua pura,
ese rumor sobre las hojas
y los tejados, esa música
de los chorrillos tan parleros
que mil palabras articulan,
sólo me traen tu recuerdo,
sólo de tí me hablan, mi rubia,
y tanto... tanto que ya siento
toda mi vida rubicunda,
toda mi alma en alegría,
contaminada de frescuras
como la tierra al agua santa
de la lluvia!

Alberto G. Ocampo.



ANÉCDOTA

Una broma inocente en apariencia hizo reñir para siempre al pintor Isabey y al célebre músico Grétry.

Este era admirador apasionado del canto del ruiseñor.

Un día que estaba comiendo en casa de Isabey, díjole éste:

—Ahí tenéis, mi querido Grétry, un pastel que ha sido elaborado en vuestro obsequio. Gustadlo y ya me diréis que os parece.

Grétry saboreó el pastel como buen gastrónomo, repitió dos veces y declaró que no había comido nada tan excelente.

—Lo suponía — dijo Isabey riendo — porque es un pastel de ruiseñores.

Grétry palideció, levantóse, cogió el sombrero y no volvió jamás a poner los pies en casa de su amigo.

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de elisés para revistas, catálogos, folletos, y otras publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —



Pujol & Cía.

B. Mitre 1259

Buenos Aires

UNION TELEF. 38, MAYO 2589

indiferencia pública, medio muerto, sin esperanza, busca la tierra como la linda Marujilla, que le quiso tanto, creyendo oír la quizá como en aquella tarde abrilena: "¡Adiós, Sultán! ¡Que te acuerdes de mí!..."

¡Y sigue, sigue, mirando siempre, con los ojos llenos de lágrimas, la cajita blanca donde va enterrado entre flores y plumas su único amor!...

Consejos para no morir-se nunca

El profesor Irvin Fisher, de la Universidad de Yale, ha hecho una revelación sensacional. Según él, en el próximo siglo XXI, el término medio de la vida del hombre civilizado será de cien años, gracias a la práctica de la higiene y a los preceptos que cada día se hacen más precisos. Aun llega a más el optimista sabio, pues afirma que continuando los trabajos se llegará a prolongar indefinidamente la vida del hombre.

Después del año 2000, la muerte, según dice, será una cosa accidental. "Los biólogos — dice — empiezan a abandonar la hipótesis según la cual el hombre nace, crece, se reproduce y muere, porque van convenciéndose de que no hay edad natural o normal para la muerte".

Según el profesor Fisher, los hechos muestran que cuando el hombre llega a su desarrollo físico, la máquina funciona con toda perfección, y así puede continuar si se la cuida sabiamente.

La higiene que conviene aplicar para no morir no tiene ningún precepto nuevo; más bien es una ratificación de los ya conocidos, y él llega a considerar como causantes de la muerte, el alcohol, el tabaco, el café, el té, los excesos de alimentación, los del ejercicio, la fatiga de los ojos y la falta de transpiración del cuerpo que producen los vestidos.

"Proscribid — dice — todo esto, no uséis jamás la luz artificial y seréis más fuertes que la muerte".

Cosas curiosas de Londres

Ver bien y detalladamente la capital del Imperio Británico es tarea imposible para el turista.

¿Cuánto tiempo sería necesario para recorrer y darse cuenta de lo que encierran sus 11.265 kilómetros de calles con su millón largo de casas?

El viajero amigo de curiosidades que visite Londres, lo primero que debe hacer es prepararse para ello. Para que sea provechoso su gran paseo por la ciudad más grande del mundo, conviene: Primero, que sepa algo de la historia de Inglaterra; segundo, que sea incansable, y tercero, que sus correrías por la capital las haga en la imperial de un autobús.

Cuando haya viajado en las 231 líneas de autobús de la gran ciudad, la conocerá como nadie.

En la imperial de un autobús se pone uno a tono con la vida diaria de Londres, se siente como formando parte de él, vive por minutos con el corpulento "policeman", con los que pintan al pastel cuadros en el asfalto de las calles, con los botones de diminuta gorrilla, con las "girls" de los expresos, tocadas de sombrero de hule, con los hombres "sandwich", con los verduleros de ridículo atavío, con el portador de cestos en una torre de cinco metros sobre la cabeza, haciendo prodigios de equilibrio; con el "dandy", con la mujer elegante, con "todo Londres".

En un automóvil particular, el menos "snob" se siente superior al resto de los transeúntes, y si lo conduce el propietario tiene que atender más al volante que a lo que pasa a su alrededor. Si se hace transportar en uno de alquiler, las constantes miradas al taxímetro le distraen. Desde lo alto de un autobús todo lo ve, nada le preocupa, se empapa en todas las actividades, curiosidades y rarezas de la urbe inmensa.

Sin orden alguno, saltando siglos, ve uno la calle Watling, una de las cuatro grandes vías romanas, y al lado, el auto que lleva a Croydon a los que van a tomar la aeronave que los conduce a París. No lejos, la elegante mansión de un aristócrata, y a los pocos metros, el triángulo de bronce que marca el lugar donde estaba el árbol de Tyburn, que servía de horca en 1196. Luego, una calle de casas pálidas, que un arquitecto francés construyó para que los oficiales de Napoleón tuvieran sitio donde alojarse cuando el emperador conquistase a Inglaterra.

Por otro lado, los centinelas a caballo de la Guardia Real, de roja chaquetilla, el reluciente casco sobre los ojos, inmóviles, como estatuas sin pestañear, lo mismo que el caballo. ¿Cómo enseñarán a aquellos animales a permanecer tanto tiempo inmóviles?

Al pasar por Whitehall se ve la ventana por la que salió al patíbulo el desgraciado Carlos I, y a través de las rejas de Hyde Park vemos las pequeñas tumbas del cementerio de perros, y podemos echar una mi-

rada a Devonshire House, en donde se alquilan pisos por 999 años, por un increíble número de libras esterlinas al año.

No vamos a hablar de la plaza de Trafalgar, ni de San Pablo, ni de Oxford Street; nuestro objeto no es dar a conocer Londres, es señalar algunas cosas que pasan desapercibidas para los que ligeramente visitan la gran ciudad. Picadilly Circus, todo el mundo lo conoce: es el centro de los teatros, pero nosotros, desde la imperial del autobús, vemos a infinidad de viejas vendiendo flores y oímos que las llaman "flower girls", muchachas floristas, y pensamos que eso de muchachas será como nuestros "mozos" sesentones de café.

Desde la plaza de Trafalgar se divisa el hermoso Arco del Almirantazgo y el Pall Mall, y al fondo, el Palacio de Buckingham, en donde, como en Madrid, se celebra todos los días la parada con un público más curioso aún que el nuestro.

El Pall Mall lleva ese nombre porque allí Carlos I se entretenía en el juego francés llamado "paille maille". Al ver aquel lugar nos vie-

ne a la memoria el coloquio entre la reina Carolina y Walpole.

La reina que ría cerrar al público el Parque Saint James, por donde corre el Mall, y preguntó al fiel Walpole:

—¿Cuánto costaría el poner una verja para que el público no entrara allí?

Walpole, inclinándose cortés, contestó:

"Sólo tres coronas, señora".

La corona es una moneda inglesa equivalente a dos pesos de nuestra moneda; pero el dignatario no se refería a eso.

Al rodar del autobús pasamos por Covent Garden, llamado así por estar allí en otro tiempo el jardín de la Abadía de Westminster.

Desde el año 1634 ha sido el gran mercado de frutas y hortalizas de Londres.

Pasando por la calle de Buckingham nos acordamos de que allí vivió el zar Pedro el Grande, cuando era carpintero de ribera.

Sigamos rodando y detengámonos en la Savoy Chapel, reedificada en el año 1505.

Todo lo que queda de lo que en un tiempo fué "la más hermosa casa solariega de Inglaterra" es la capilla. Allí el príncipe Negro tuvo prisionero al rey Juan de Francia hasta su muerte, porque no hubo quien por él pagase el rescate exigido. Desde los tiempos de Enrique IV ha sido propiedad de la Casa Real.

Decía Carmen Silva a las casadas

No comiences jamás una disputa; pero si una explicación se hace indispensable, no cedas antes de haber obtenido razón.

No olvides, sin embargo, jamás, que eres la mujer de un hombre y no de un ser superior; esto te hará comprender sus debilidades.

No pidas con frecuencia dinero a tu marido. Trata de arreglarte con lo que ambos hayáis fijado para gastos y que él te entregue a comienzos del mes o de la semana.

Si adviertes que tu marido tiene el corazón un poco prodigo, recuerda que tiene igualmente estómago. Cuida bien su estómago y no tardará en ganar su corazón.

De tiempo en tiempo, pero no con excesiva frecuencia, deja que tu marido tenga la última palabra; esto le producirá placer y no perjudicará.

Lee el diario íntegramente y no te limites sólo a las novedades sensacionales; tu marido conversará gustoso contigo a propósito de los acontecimientos del día y sobre asuntos de política.

Guárdate de herir a tu marido, aun en el trance de una discusión violenta.

De cuando en cuando hazle un cumplido diciéndole que es el más gentil y el más atento de los maridos; pero hazle comprender al mismo tiempo que tú haces todo lo posible

por merecer sus atenciones.

Si tu marido es inteligente y activo, sé para él una buena camarada; si es un poco pesado y falto de carácter, sé para él una amiga y una consejera.

Y decía un reincidente del matrimonio a los solteros

Un señor que tuvo el heroísmo de casarse once veces, y la suerte de enviudar ocho y divorciarse las tres restantes, ha compuesto los 10 mandamientos siguientes:

1. No te cases por dinero, pues serás criado de tu mujer.

2. No tengas miedo de casarte con una mujer que haya tenido amores; témele a la que pueda tenerlos después de casada.

3. No permitas que ningún amigo se mezcle en tus amores; escoge tu mujer por ti mismo.

4. Con excepción de dulces y de flores, no le regales a tu novia otra cosa antes del día del matrimonio. Si le das regalos valiosos, ya no encontrará qué exigirte cuando sea tu mujer.

5. No te preocupes sólo de que "sea de buena familia". Hay algo más hondo y más noble que el nombre...

6. Cuidate de las forasteras, porque como dice el cancionero:

El que bebe agua en botijo y se casa en tierra ajena, no sabe si el agua es clara ni si la mujer es buena.

Dentaduras Postizas

Se componen en el día

por \$ 5.-

Se hacen nuevas y se reforman las usadas

Laboratorio "LAUTIER"
SUIPACHA 530

Otra cosa vemos desde el autobús: Lincoln Inn Fields, el campo, ahora tan apacible, donde los duelistas antiguos dirimían sus contiendas, y al otro lado, la taberna del siglo XIII, donde todas las noches se toca el cubrefuego en una campana llevada de Cádiz por el conde de Essex.

Otro paseo en la imperial, nuestro lugar favorito, nos lleva por Downing Street. En el número 10 reside el presidente del Consejo de Ministros; es decir, aquella casa es la Presidencia, como nosotros decimos a veces, donde siempre hay una muchedumbre admirando a los gigantes e inmóviles centinelas de la Real Guardia Montada.

Allí vemos Scotland Yard, donde en otro tiempo se alojaban los reyes de Escocia y donde ahora está instalado el Departamento de Investigación Criminal de las Salas británicas.

Pasemos de largo por la conocida Abadía de Westminster, panteón de hombres ilustres, en donde vimos una tumba con el nombre de Thomas Parr.

—¿Quién fué Parr? — preguntamos a nuestro cicero.

—Un quidam, que no tuvo otro mérito que el de vivir ciento cincuenta y dos años.

Y le parecía poco para merecer ser enterrado en la abadía; pero es que ignoraba que el buen campesino había vivido muy tranquilo en su aldea más de siglo y medio, y cuando el rey se enteró de aquel prodigio de longevidad quiso conocerle. Hizo que le llevaran a la corte, y tanto le banquetearon, tanto le agasajaron, tanto le hicieron comer, que a las dos semanas reventó, como nuestro famoso Lentejilla, de un obsequio.

Descendamos, pues, de la imperial del autobús, para no abusar de la paciencia del que hasta aquí nos haya seguido.

Whitehall, el Strand, Fleet Street, el "home" de los grandes diarios; Charterhouse, el Museo Británico, Covent Garden, Mayfair, el Jardín Botánico, la Torre de Londres, los grandes parques, Oxford Street, el Palacio de Cristal, el Observatorio de Greenwich, el Banco, la Catedral de San Pablo, el Cenotafio, la Aguja de Cleopatra, etc., etc., los dejaremos para otra ocasión.

Ya es muy tarde; todos los autobuses han ido a encerrar. De los 5.000 que recorren las calles londinenses, ya no queda ni uno solo. Y desde aquí al modesto "boarding house" que habitamos hay cinco kilómetros!

F. de Casas Gancedo.

El encanto de la niñez

La construcción de juguetes automáticos

En estos días en que los establecimientos exhiben en sus escaparates diversidad de juguetes destinados a satisfacer las ilusiones infantiles en la fiesta de Reyes, consideramos oportuno tratar someramente de la industria representada por la fabricación de esas piezas de recreo, no sólo para los niños, sino para los mayores, dados los perfeccionamientos introducidos hoy en los mecanismos que imitan los movimientos de animales y funcionamiento de complicadas máquinas.

En lo concerniente a estas últimas, el hecho de que los juguetes que las representan sean vendidos a moderados precios, se debe al sistema de fabricación en serie. Así, por ejemplo, la construcción de un automóvil torpedo de 34 centímetros de longitud requiere el acoplamiento de sesenta y cinco piezas para formar la carrocería y de otras cuarenta para el aparato de relojería que hace de motor.

Cada cual de esas piezas es objeto de cinco o seis manipulaciones diferentes, por término medio, para imprimirle la forma necesaria. Es decir, que el pequeño vehículo, antes de llegar a poder del niño que cifrará su orgullo en la posesión de tal juguete, habrá pasado por seiscientos treinta manos, aparte de las dedicadas a la producción y a la preparación de las primeras materias, que consisten en láminas de acero dulce, de tres a cinco décimas de milímetro de espesor, para el chasis y la carrocería; planchas de latón para las platinas del mecanismo y ruedas dentadas, y barras de acero dulce para los ejes.

Las láminas de ese metal se colocan en la prensa tajante que, movida por medio de la electricidad y dirigido su funcionamiento por una obrera que oprime un pedal, divide esos trozos de acero en tejuelos de iguales dimensiones. Cada cual de esos tejuelos se recorta para que su contorno adquiera la forma adecuada y son después combados de manera conveniente, ya a mano, bien con el auxilio de prensas análogas a las utilizadas para el corte.

Terminadas por separado todas las piezas de que se compone el juguete, pasa el conjunto de ellas al taller de montaje. Interviene en seguida la sección de relojería para fijar en el automóvil el mecanismo que ha de impulsarlo. Las piezas redondas se fabrican de latón cuyo espesor sea proporcionado al esfuerzo a que hayan de estar sometidas; se preparan los ejes, y los resortes se reducen al tamaño conveniente y se colocan en el interior de los correspondientes mecanismos.

Efectuado un ensayo en el taller de relojería, pasa el juguete al departamento de comprobación, donde se le examina exteriormente, se retoca si es necesario y se somete a un nuevo ensayo antes de colocarlo en la caja de cartón.

Para los ferrocarriles eléctricos de juguete se fabrican pequeños motores que rinden la energía necesaria. Uno de esos motores encerrado en una armadura que presenta la forma de una locomotora, lle-

ga a remolcar sobre los rieles de hierro blanco más de diez vagones, cuyo peso total asciende a nueve kilogramos. Se hacen esos rieles

poseer especiales aptitudes y conocimientos. Ha de ser escultor y estar versado en morfología y en anatomía; ha de hallarse también



con una máquina especial que les presta la forma conveniente.

En cuanto a la fabricación de autómatas, quien la emprenda deberá

familiarizado con la mecánica y, en fin, ha de tener intuición artística. Porque la fabricación de los autómatas comprende tres fa-

ses distintas e íntimamente ligadas entre sí y el desarrollo de las cuales exige la aplicación de todos aquellos conocimientos y cualidades.

En primer término es preciso dibujar o plasmar el modelo del autómata de modo que la forma del juguete — clown, elefante, etc. — tenga las proporciones correspondientes a la figura representada y capacidad, por su tamaño, para contener el mecanismo que ha de animarlo.

La segunda fase comprende la fabricación del molde de la figura, la estampación de ésta y el ajuste a la misma del mecanismo. Cuando se trata de pequeños autómatas, ya representen figuras humanas o de irracionales, los correspondientes mecanismos se fabrican con anterioridad a los moldes. Por el contrario, los modelos grandes son moldeados con anterioridad a la fabricación del correspondiente mecanismo.

En la tercera fase es la presentación del juguete, la belleza de su forma lo que se atiende, pero sin sacrificar en ningún detalle la imitación exacta de la realidad. Algunos autómatas han de ser sólo pintados y vestidos, como, por ejemplo, el clown violoncelista. En cambio, otros han de ser objeto de otras manipulaciones para conseguir la mayor semejanza posible con el natural.

Esto ocurre con los juguetes que representan animales, entre ellos el elefante, cuyo cuerpo aparece cubierto por una piel gris mate.

No obstante la práctica de los constructores, la creación de cualquier nuevo modelo de autómata requiere muy detenidos ensayos, realizados los cuales hace falta construir el modelo y fabricar las correspondientes piezas, unidas las cuales se adapta al conjunto el mecanismo que ha de producir el movimiento.

Cuando un modelo tiene aceptación se procede a fabricar ejemplares por series si se trata de juguetes pequeños. Pero no cabe hacer lo mismo con los de gran tamaño.

En cuanto a la fuente de movimiento varía según la importancia del autómata. Mientras a los juguetes pequeños mueve un simple aparato de relojería, los grandes autómatas son animados por medio de un motor eléctrico.

Entre el manantial de energía y el árbol de transmisión, provisto de excéntricas y bielas, un reductor de velocidad modera la rotación excesivamente rápida, que siempre resulta perjudicial para esos mecanismos.

Cada año la industria de juguetes en todos los países perfecciona sus modelos e introduce novedades que poseen creciente atractivo para los niños de familias pudientes, sin que a los de humilde condición falte análogo recreo, ya que los vendedores callejeros ofrecen también con frecuencia ingeniosos autómatas de tan escaso precio, que su fabricación bien pudiera considerarse entre las "pequeñas industrias que no dan para vivir".

El grillo y el murciélago

Durante las excursiones nocturnas de un murciélago, se veía éste incomodado por la pertinaz canturía de un grillo, amigo suyo.

— ¿Por qué callas de día, — preguntóle, — cuando a mí no me incomodan los ruidos, y cantas que te las pelas de noche, cuando yo salgo?

— ¡Qué quieres, compañero! — le contestó. — Una vez me metieron en la cárcel por cantar de día, y ahora tengo la prudencia de no hacerlo más que por la noche.

— ¡Reniego de tu prudencia! — repuso el murciélago — esa, debiste emplearla antes de que te prendiesen.



RASTROJO

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

Nadie sabe qué fin tuvo el elegante gentleman de nuestra sociedad porteña: el doctor Alberto Araujo Arias. "El doctor de las tres A", como se le llamaba cariñosamente.

Hombre criollo, bueno, servicial, culto y entretenido, fué el *Don Preciso* en los salones de su época.

Desinteresado en todos sus actos, prodigaba el bien por el placer; nunca esperó la recompensa, ni gustó de la adulonería.

Pero un día desapareció del mapa, sin que nadie volviera a saber de él.

A aquel que le interese su fin, que lea las siguientes líneas y lo sabrá.

Cierta tarde de verano, llamó en el portón de nuestra granja, en La Plata, un señor canoso. Vestía pobremente; venía a pie, traía sus zapatos cubiertos por el polvo de la carretera, su barba sin afeitar. Era alto, delgado, y con unos ojos celestes claros y limpios, como si solo allí existiera toda la vida de su ser. No sé qué había en él que atraía. En medio de aquel desaliño, se adivinaba el hombre culto y distinguido, en sus maneras de expresarse.

Sólo mi abuela y yo estábamos en casa en ese momento; todos los demás habían salido de paseo. Llegué junto a él para enterarme de lo que deseaba.

—Señorita, ¿es aquí dónde se precisa una maestra?

—Sí, señor.

—Pues... yo venía a ofrecerle mis servicios.

—¡Oh!... está usted confundido; nosotros hemos pedido una señora formal, y no un caballero. Algo así como una dama de compañía, que posea idiomas, para practicar con ella. Es para mí.

—¿Y no le será igual un maestro?

—¡Qué ocurrencia! ¿Cómo voy a salir a la calle acompañada de un hombre? Además, no es por hora lo que preciso, sino para que viva en nuestra compañía, — repuse, apartándome de él, creyéndolo loco.

—Yo quisiera hablar con una persona mayor.

—Vea, en este momento no está mamá en casa, pero es inútil que insista, señor; ella no lo tomará, desde luego. Lamento mucho que se haya molestado, pero no es la persona indicada para mí.

—Dígame, señorita. ¿Tardará mucho su señora madre en llegar?

—No; si lo desea, puede aguardarla en el vestíbulo; pase.

—Encantado; aquí esperaré.

Dejé al hombre que tomara asiento, y corrí en busca de mi abuela, a contarle lo acontecido, riéndome de aquel chiflado. Esta díjome:

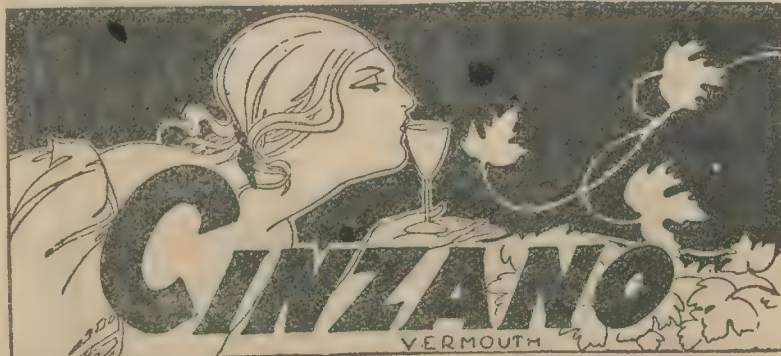
—Ven, vamos a convencerlo, para que se retire.

Francamente, no recuerdo cómo fué, ni lo que dijimos, pero al rato los dos éramos amigos; entablando una amena conversación. Sin duda, me cayó en gracia el título que me daba de "señorita". ¡A mí, que to-

dos los de mi casa me llamaban la "revoltosa"!

Díjome que sabía tocar la guitarra; lo hice pasar y la sala y le alcancé la vihuela de mi hermano. Mi abuela se puso muy seria y al mirarla blanqueó los ojos, pero yo, haciéndome la desentendida, seguía dándole confianza al hombre, el que hizo prodigios con el instrumento. Tenía un repertorio anacabable de música criolla, tristes, zambas, cuecas, gato punteado, polkas, mazurcas, etc. Tocaba con un sentimiento y dulzura sin igual. Luego ejecutó al piano trozos de ópera y piezas clásicas. Habló de viajes por Europa, discutimos sobre temas sociales, reglas de urbanidad, declamó unas poesías... ¡En fin, que aquel hombre era una enciclopedia!

Al entrar mi madre a la pieza, exclamó sorprendida:



—¡Alberto, tú aquí, en mi casa! ¡Qué sorpresa tan agradable! Pero, ¿qué ha sido de tí en tantos años?

—¡Señora... qué alegría, y a la vez, qué pena!...

—¿Por qué ese tono tan compungido?

—Había visto el aviso en "La Prensa" y vine a ofrecerme ¡qué quiere!... la necesidad me obliga a trabajar. Ignoraba que venía al hogar de la madre de un amigo mío: créame, si lo hubiera sospechado, no hubiera llamado a esta puerta.

—¡Alégrate, hijo; de aquí no saldrás sino como te corresponde. Esta es tu casa.

—Gracias, señora; pero, no puedo aceptar limosnas; seré el maestro de su hijita; póngame un sueldo a mi trabajo, si desea que me quede.

Desde ese día, Alberto Araujo Arias fué mi hermano mayor. Sus clases eran siempre al aire libre, en el jardín, o bajo la glorieta, y también en nuestras largas cabalgatas.

En todas partes aprendía algo nuevo con él. Nunca me cansó con esos libretos de colegio que hartan al discípulo. Había viajado mucho y conocía tanto la historia de todos los países, que narraba como si fueran novelas o anécdotas, que se grababan en mi mente con más facilidad que si me obligaran a estudiarlas de memoria.

Así aprendí un poco de todo, pero, sobre todas las cosas, a amar la

naturaleza. Aquello que había pasado inadvertido para mí, fué, desde entonces, belleza y poesía. Nunca me reprendía, ni le fastidiaban mis preguntas. Sabíamos tocar a cuatro manos el piano. En dos guitarras nos acompañábamos, llegando a dominar bastante bien ese instrumento. Para variar, algunas veces yo hacía los bajos y él, en la bandurria, ejecutaba canciones napolitanas, acompañadas de una voz dulce y melodiosa.

Cuando me observaba solía decir:

—Si yo estuviera en tu lugar no hubiera procedido así; piensa antes de obrar, no seas aturrida.

Esto me bastaba para comprender que había obrado mal, y trataba de enmendarme.

Una tarde estábamos los dos en el jardín; él leía algo que, sin duda, le interesaba muchísimo, pues hacía caso omiso de mí. Aburrida, me retiré de su lado, dirigiéndome al hall donde conversaban mi abuela y mi madre. Ellas no me vieron llegar, y sorprendí este diálogo:

—¿Qué pena me da ver a Alberto así, un hombre joven y tan decepcionado de la vida!

—Todo por causa de esa canalla; le gastó su fortuna y se fugó

luego con otro, después de haberle dado él su apellido. Esto es lo que les sucede siempre a estos hombres de temperamento artístico. Se enamoran perdidamente de cualquier aventurera, encuentran en ella cualidades que otros no les hallan, pero que ellos ven y afirman que existen para que luego la desilusión les abata de tal manera.

—¿Qué delirio por esa pérfida!

—Así es su desencanto; grande como fué su amor.

—¡Oh, Mary, ven! — dijo mi madre al verme. — Toma esto y llévase a Alberto.

Era un paquete de cartas con timbrado extranjero; yo corrí hacia donde estaba Araujo y entregándoselo, dije:

—Tome, buenas noticias tenemos ¿no? Cuánto me alegro que reciba cartas de Italia.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Pues porque he notado que esto le pone tan contento...

Sonrió y tomando el paquete rompió la faja, y atentamente púsose a leer una de ellas, exclamando:

—¡Maldición!

—¿Qué le pasa, señor Araujo?

—Nada, chiquilla; vete, déjame solo.

—¿Qué esperanza! Yo no le dejo ahora que tiene una pena.

—¡Oh, niña querida! Bien... quédate... ¡Mira! ¿Si yo te pido un favor, me lo harás?

—¿Por qué no?

—Escucha: no sé qué presentí-

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y maduro

miento tengo de que muy pronto dejaré de penar.

—¡Penar! ¿Usted tiene penas?

—¡Y muy grandes!

—¿Quién lo diría! ¿Qué favor desea de mí?

—Deseo que si muero aquí, tú, como único nombre, hagas que pongan en mi tumba esta palabra: "Rastrojo".

—¿.....?

—¿Me has comprendido?

—¡No, no entiendo jota!

—¡Ay, hijita! Yo soy un rastrojo de la vida. En mi tierra han germinado y madurado muchas semillas. Son muchos los que han aprovechado de mi cosecha, pero cuando ya el suelo estaba cansado de dar fruto, cuando ya no pudo producir más, han soltado los animales sobre mí para el pastoreo, pisoteándome el alma. Esos animales son las risas, las burlas que me han mordido y arrancado mi corazón de su sitio, cual si fuera un yuyo o plaga venenosa. Esta carta viene de Florencia, me anuncia la muerte de mi hijita, una niña de tu misma edad. ¡La única esperanza de mi vejez!

Caminamos en silencio; tomada de su brazo no quise interrogarle, respetando su dolor. Habíamos salido fuera del portón, cuando oímos una voz que nos grita:

—¡Cuidado con la vaca!

Apenas tuve tiempo para entrar en el cercado vecino; crucé sin ningún tropiezo el alambrado, pero mi pobre amigo, que me seguía a corta distancia, tuvo la mala suerte de enredarse en una púa, cayendo al suelo en el preciso momento que pasaba el animal enfurecido, el que descargó toda su ira sobre el cuerpo de Araujo, destrozándolo horriblemente. Quedó colgado de sus ropas en las astas del animal, que bufaba de cólera y en una violenta sacudida, arrojó dentro del rastrojo de maíz el cuerpo de su víctima. Como si con ese golpe de gracia le dijera, parodiando sus últimas palabras:

—¡Vete con tu hermano el rastrojo, a engordar la tierra con tu osamenta! ¡Tonto, has sufrido en esta vida porque fuiste bueno!

En el cementerio de La Plata, en un nicho solitario, allá al fondo, casi oculto entre una pila de rejas, cruces y tientos viejos, que fueron en otrora símbolo de recuerdo o cariño y que hoy están apilados como inservibles, descansan los despojos del hombre más noble que he conocido.

Hace poco fui a visitarlo, y me pareció ver en las letras que forman la palabra "Rastrojo", los dientes que, al sonreír, enseña una boca...

¡Parecíame que decía: "Ríe, ríe, y esconde tu dolor; no muestres tus penas a nadie".

¡Oh, doctor de las tres "A", aun después de muerto sigues siendo mi maestro.

¡Sí, ríamos, pero no entre esas tumbas donde sólo está la verdad de la vida, y donde moran aquellos que ya no pueden mentir...

NOVIOS FELICES



Resultaron todos

NOVIOS FELICES

los que compraron sus

Anillos de Compromisos

Cintillo y Alhajas Finas con Brillantes

— en la —

CASA SCARINCI

Florida 142

Buenos Aires

JUEGO de dos Anillos de Oro 18 K., macizos, lo más moderno, \$ 20; 25; 30; 35 y 40.

JUEGOS de dos Anillos con Cintillo de Oro 18 K., y Záfiro Blancos, a \$ 38; 45 y 50.

JUEGOS de dos Anillos Compromiso y Cintillo de Oro 18 K., Diamantes Finos, \$ 60. Con Cintillo de Tres Brillantes Finos, y 2 Záfiro Colibrí, desde \$ 75; 85; 95; 115; 125 y 150.

JUEGOS de dos Anillos Compromiso y Cintillo de Oro y Platino Fino, con 5 Brillantes Finos, desde \$ 95; 115; 125; 150 hasta \$ 500.

Nota importante:

Al efectuar sus pedidos sírvase mencionar «FRAY MOCHIO»; tendrán el 10% sobre estos Precios

Dirigir carta a NICOLAS SCARINCI, Casa Longin s, Buenos Aires, Florida 142.

Según lo que de este árbol se ha dicho, es un vegetal que se encuentra en ciertas islas del Atlántico septentrional en el Perú y en otros lugares de la América tropical del Sur, que vierte tan copiosamente agua de sus hojas que el suelo donde arraiga se convierte en verdadera charca.

No solamente el árbol produce verdaderas tempestades bajo su ancha copa, sino que, cosa extraordinaria, cuanto más seco está el tiempo, cuando los ríos y manantiales de las cercanías se quedan sin agua, entonces es cuando la lluvia producida por el árbol es mayor y más torrencial.

En algunas memorias, escritas con toda seriedad y buena fe, se ha llegado a recomendar que se planten de estos árboles beneficiosos en regiones áridas donde nunca llueve.

Cómo nació concepto tan detallado y realístico es difícil de decir. ¿De dónde y cómo se originó tal mito?

En los relatos de antiguos viajeros y en los estudios de modernos naturalistas hay algo que ha podido sugerir el origen de la leyenda del árbol de la lluvia.

Hasta mediados del siglo XV nada bien definido se dice de tal vegetal ni de los lugares donde crece.

Noticias de viajeros de la época indicada localizan el árbol en la isla de Feno, cerca de las islas Madera.

La tal isla es una elevada masa rocosa que surge del mar, alcanzando en algunos puntos 1.500 metros de altura y, según decían, toda la

El mitológico árbol de la lluvia

humedad, toda el agua del país se debía a las ramas de uno solo de aquellos árboles maravillosos. No hay manantiales ni fuentes, ni arroyuelos en la isla y no se conocía la lluvia de las nubes en aquellos parajes.

En 1863 la leyenda estaba generalizada, era creación aceptada por todos, y se leía en la obra *Voyageurs Anciens et Modernes*, publicada en París en la citada fecha.

Posteriormente, el milagro de la lluvia se atribuyó a cierto árbol

tropical, al bien conocido samán.

El samán no es un mito. Es un árbol grande y hermoso, coronado de ancha copa, un árbol magnífico que nos recuerda los grandes cedros. Bajo su espléndido ramaje pueden tomar la sombra cientos de personas; pero como si esto no fuera suficiente, la leyenda le ha atribuido el poder de producir la lluvia.

Este árbol, por encontrarse en gran abundancia en el Perú, ha sido bautizado con el nombre "árbol

de la lluvia del Perú".

No es éste su único nombre, pues también se le llama árbol gigante del Tibet, acacia sudamericana, zamang y genízaro. Su nombre científico es "Pithecolobium saman", cuyo nombre genérico quiere decir oreja de mono, que se refiere a sus vainas largas y retorcidas.

Aquí nos encontramos con un árbol real y verdadero, del que sabemos bastante, bien distinto del mitológico o fantástico árbol de la lluvia de Ferro, pero de su poder de producir o sudar agua sólo tenemos de él alguna que otra noticia.

No cabe duda de que las hojas de los árboles y plantas transpiran con frecuencia agua en abundancia, es decir, que las hojas se llenan de gotas de agua que a veces llegan a caer al suelo, pero esto jamás sucede en tiempo seco, ni en territorios áridos, y jamás en cantidad tal que pueda dársele el nombre de lluvia.

En lo que al fantástico árbol de la lluvia se refiere, bien pudo suceder que algunos marinos notasen que no había manantiales de agua en la isla mencionada y que los árboles de las tierras altas tuviesen las hojas muy húmedas. Este fenómeno se ve hoy día con frecuencia y tiene su explicación en que aunque en la isla no llueva, las tierras altas suelen estar cubiertas de densas nieblas, que condensan su humedad en todo lo que tocan y, por consiguiente, en las hojas de los árboles. Por esta causa y no por otra tiene la isla humedad y agua. Esta es la única que ha podido servir de base a la leyenda.

El ladrón y el perro

Acercóse un ladrón cierta noche a la puerta de una casa para hacer un robo, y se halló con un perro mastín que guardaba el umbral. Temeroso de que ladrara el animal, echóle un sabroso arenque que llevaba de prelación.

Cogió el perro el arenque, miró al hombre con fijeza, y en tono cortés exclamó:

—Cuando te acercastes, creí que eras un bandido; pero ahora que me sobornas, voy a llamar a los amos para que vean quién eres.

Y el perro comenzó a ladrar como un desesperado.

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

A TI, DESCONOCIDA

Amame tortolita encantadora
Como el zenit al Sol.
Amame así, cual la risueña aurora
Su vívido arrebol.

Amame así, como el mar ama la brisa
Y la lluvia el erial;
Amame como el niño la sonrisa
Del labio maternal.

Amame como quiere su ambrosía
En el jardín la flor;
Como ama de su voz la melodía
Festivo ruseñor.

ALI BER TEMUR.

EL VERSO

Lírico verso de amor
vestido de regias galas,
que pliega sus lindas alas
de alma en alma, con primor,
y que bello y seductor
las cautiva fuertemente
despertando dulcemente
con su ritmo cadencioso,
el afán maravilloso
de lo que cada alma siente.

Como un mágico aldabón
del portal del sentimiento,
oye la virgen su acento
llamando a su corazón
y la divina ilusión
que hay en su alma escondida
alza su vuelo aturrida
por la visión milagrosa,
de la dicha venturosa
que le espera en esta vida.

Y sus labios intocados
purpurinos como el fuego,
lo recitan como un ruego
a los cielos encantados,
¡Oh! destinos ignorados
de expresiones tan sonoras,
que embellecen nuestras horas
con recónditas querellas,
fulgurando como estrellas
en las almas soñadoras.

Llega el verso en su armonía

—arco iris de bonanza—
hasta un ser sin esperanza
que blasfema noche y día,
y a su artística porfía
el dolor se desvanece,
la quimera que decrece
vuelve a abrir su cáliz de oro,
y se torna en un tesoro
lujuriente que florece.

Arte noble—panacea—
de la Vida y de la Muerte,
que Dios mismo al encenderte
en el fondo de la idea,
convirtió en divina tea
de la triste humanidad,
con el don de ubicuidad
de su propia maravilla
y a través del tiempo brilla
como la única Verdad.

CARLOS E. AYALA.

SU ÚLTIMA CARTA

Ya el ataúd que encerraba los restos de Delia
había desaparecido bajo la espesa capa de tierra
y los amigos se habían retirado uno a uno, sin
atreverse a llamar a la realidad a Oscar que,
escondido el rostro entre las manos, no acertaba
a alejarse de allí, donde debía dejar a la que
fuera la dulce compañera que le deparara el
destino.

Un reloj lejano lanzó al aire su voz de bronce.
Oscar se dispuso a abandonar aquel lugar
y lentamente emprendió el regreso.

Ya en su casa, a solas con su dolor, ambuló
por las habitaciones donde todo le hablaba de
ella y el silencio reinante parecía llorar con él,
la ausencia de la que otrora fuera el alma de
aquella morada y lo llenara todo con la alegría
de su juventud y el cascabeleo de su risa.

Se detuvo ante la pequeña mesa escritorio
donde ella solía sentarse a escribir en sus
momentos de ocio; ¡cuántas veces, sentada en ese
mismo sillón, había paseado la ausente su mirada
sobre los mismos objetos que ahora acariciaba
él con la suya!

Abrió el cajón central que no presentó resistencia
alguna y sus ojos se posaron sobre una
dedicatoria: "Para Oscar", decía aquella carta
cerrada que ahora tenía entre sus manos y que
no se atrevía a abrir; se decidió, por fin, y desplegando
una hoja cubierta por la menuda letra de Delia, leyó:

» Oscar mío: Ayer, cuando después de aus-
cultarme el médico, preguntaste ansioso:
» ¿Y...?, y el médico calló, comprendí que algo
» grave había hallado y se negaba a hablar, en
» mi presencia; luego tu gesto, tu expresión, me
» aseguraron y quise saber; insistí y me hablas-

» te; mis pulmones, mis pobres pulmones, no
» eran más que dos focos donde los bacilos, los
» terribles bacilos, habían hallado campo pro-
» picio para su tarea de dar cuenta en breve de
» mi pobre vida.

» Me trajeron aquí con el pretexto de buscar
» lugar apropiado, pero, en el fondo, con el solo
» propósito de aislarme, para evitar la propa-
» gación del terrible flagelo que azota a la hu-
» manidad.

» Yo sé que todo es inútil y me siento incapaz
» de afrontar la lucha. Una sola idea me domina
» y cobra cuerpo en mi cerebro: deseo antici-
» parme a lo inevitable; voy a eliminarme.

» Yo sé que te daré un gran dolor a tí, que
» darías tu vida por verme sana, pero no quiero
» vivir así, soy un peligro, por eso renuncio a
» todo y serenamente emprenderé el último
» viaje.

» No sé si beberé el veneno que quemará mis
» entrañas o si acercaré a mi sien el arma mor-
» tífica que destrozará esta cabeza que tantas
» veces se apoyó en tu pecho y recibió la amo-
» rosa caricia de tus manos; sólo sé que ansío
» acabar mi vida y matar este diablillo travieso,
» que se ha despertado en mi interior desde que
» supe la verdad y en todo momento, especial-
» mente cuando consigo sobreponerme y olvidar
» mi mal me grita: "Estás enferma; tus besos,
» que antes fueran premio a los afanes de tu
» Oscar, hoy son el vehículo que lo enfermará
» también", y no quiero vivir y cuando ya todo
» haya terminado, cubre mi cuerpo de flores
» para que ellas, con su perfume y sus colores,
» te hagan menos lúgubre la presencia de la
» muerte.

» Nada te dejo; esta mi última carta es mi
» legado y sólo deseo que estas líneas, que es-
» cribo de alma, lleguen a la tuya y se unan
» ambas en una dulce comunión de amor.

» Y ahora, escucha, Oscar:
» Cuando por las tardes llegas a mi lado
» Y junto a mi cama me haces compañía,
» Al verte sereno, feliz, reposado,
» Mi alma se inunda de sana alegría.

» ¡Qué largas las horas, lejos de mí vera!
» todo en este cuarto me parece hostil,
» mientras me consumo en la ansiosa espera
» pensando que nada te importa de mí.
» Pero... ya llegaste! ya estás a mi lado;
» ya lo llena todo tu sola presencia,
» te he visto sonriente, me has acariciado
» ¿qué me importa ahora que falle la ciencia?».

La noche había descendido calladamente sobre
todas las cosas; la luna, indiscreta, colándose
por la entreabierta ventana, iluminó el rostro
de Oscar mientras besaba la carta de su amada
y dos silenciosas lágrimas, marcaban una hú-
meda huella en sus pálidas mejillas...

AURELIA VAGLIO.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . \$ 2.50	Trimestre . . \$ 3.00	Trimestre 9 oro 2.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 6.00	Semestre . . . 4.00
Año 8.00	Año 11.00	Año 8.00
N.º suelto . . 20 cts.	N.º suelto . . 25 cts.	
N.º atrasado 40 "	N.º atrasado 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no soli-
cadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógra-
s, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una
credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande cada tomo	\$ 12.-	3.75
" " " chico " " "	8.-	2.-
Tapas sueltas " " grande " " "	8.-	2.-
" " " chico " " "	6.-	1.50

PAPEL Y TINTA

«El saetazo azul», por Carlos de Jovellanos y Paseyro.

La Editorial Tor acaba de dar a publicidad un nuevo libro que ha de ocupar un lugar preferente en nuestro acervo literario. Se trata de un volumen de versos que firma el poeta uruguayo Carlos de Jovellanos y Paseyro, y que lleva un sugestivo título: "El saetazo azul".

"El saetazo azul" es el libro de un poeta que se conmueve de bondad frente a la vida. Viril y unánime, hay una grandeza moral en su autor. No perdona porque no sabe acusar. Opulento de bien y de belleza, no hay gemidos inútiles en el estro de este joven cantor rioplatense.

"Canto sin pesar. Sin saber por qué canto". Y el poeta no sabe qué piensa cuando canta. Canta pensando; y en este carácter se nos presenta en toda la extensión del libro. El lo ignora; pero es un poeta que rima al ritmo de su pensamiento. Profundamente humano su estructura mental, espontánea y casta su emoción, su verso, ya sea libre, de graciosa y musical libertad, o de rigurosa medida, sujeto a gallarda y austera rima, siempre es una expresión de subyugante simpatía. Panteísta y místico a la vez, descubre en esas fuerzas matrices un ideal que le mueve a concretar en el Amor toda razón de ser de su vida.

«Sangre en los labios», por E. M. S. Danero.- Editorial Tor. - Buenos Aires.

Es esta novela, que con más cariño ha escrito, al parecer, el joven novelista argentino. Historia de un oficial napoleónico excéntrico y vagabundo, que con una inquietud muy de su siglo, recorre las ciudades italianas en una época romántica y pintoresca. Toda la apasionada vida veneciana de la primera mitad del pasado siglo aparece reflejada con ruda y humorística exactitud en esta novela.

Personajes que no hubiera diseñado Balzas, nobles pintorescos y que en su ruina moral y económica, viven aún las ridículas y postizas ilusiones. Lances de honor y andanzas amorosas en las que el autor, sin hacer concesiones a un puritanismo mal entendido, sabe relatar con intensidad, gracia y color.

Hay dos mujeres, a cual pintada con más sinceridad. Una irlandesa que es como el símbolo del amor cosmopolita que deambula por los canales, y una española, dulce y apasionada, muy mujer aún dentro de su aparente frialdad.

Varlas decenas de personajes secundarios ha llevado Danero a esta novela. Todos ellos se mueven, hablan y opinan en forma pintoresca y particularísima. A través de ellos el lector quizá encuentre algunas personalidades que actúan en nuestro mundo y que el autor ha querido aprovechar para su novela. Una

comparsa digna de los héroes y del escenario en que se desarrolla esta interesante obra.

Almanaque Rural Argentino para 1927.

Este popular Armanaque que acaba de aparecer, contiene para cada mes: Las predicciones astrológicas —El tiempo probable en el territorio de la República Argentina. —Las siembras a efectuarse y los trabajos rurales que durante el mes, deben hacerse en las estancias, chacras, huertas, quintas, jardines, montes, viñedos, etc.

Se ocupa de temas y cuestiones que pueden interesar directa o indirectamente a todos los que viven en el campo; el sinnúmero de datos y la infinidad de consejos prácticos que contiene, hacen que sea el libro de consulta diaria.

Almanaque Agrícola para 1927.

El Ministerio de Agricultura, por intermedio de la sección Propaganda e Informes, sita en la calle Paseo Colón núm. 974, Buenos Aires, pone en conocimiento de toda persona que tenga interés por adquirir ejemplares del Almanaque Agrícola para el año 1927, recientemente aparecido, que siendo limitado el número de ellos, conviene a las personas que no hayan formulado aún el pedido, lo hagan ya, pues la citada sección procede a su remisión por certificado, libre de franqueo, sin que éste grave sobre el precio fijado, cuyo costo es de \$ 1.00 moneda nacional. Los interesados del interior pueden formular sus pedidos a todos los empleados de este Ministerio destacados en el interior, como también a esta sección, acompañando su valor en "giros postales o bancarios" o "valor declarado". Los giros deben venir a la orden del señor jefe de la Sección Propaganda e Informes.

Hemos recibido:

"El empresario del genio", por Carlos Alberto Leumann.—Edición Agencia General de Librerías y Publicaciones.—Buenos Aires, 1926.

"La cuestión capital de la República, 1826 a 1887", por Arturo B. Carranza.—Edición L. J. Rosso.—Buenos Aires, 1926.

"Un siglo de poesía argentina", por Arturo Giménez Pastor.—Edición Biblioteca de la Asociación Cristiana de Jóvenes.—Buenos Aires, 1926.

"Libros y Bibliotecas. Acción interna".—Año I. Número I.—Buenos Aires.

"La alegría del cementerio", por F. Muro y Pablo Etchart.—Editorial Prats.—Buenos Aires, 1926.

"Almanaque Sol y Tierra", 1927.

"Carnegie Endowment for International Peace".—Número 15, 1926.

AVISOS ESPECIALES

RECIBIDOS

Dr. Amadeo Natale
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SAR IENTO 135 U. T. 1382, Avenida

Dr. Juan E. Carulla
Médico del Hospital Alvear
ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi
OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPHTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan
DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216
U. T. 88, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini
Prof. Suplante de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y oídos del Hosp. San Roque
VIANQUETE 178 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano
Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebillan (Paris)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto
Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUJIA DE SEÑORAS
B. MITRE, 1256. U. T. 422, Adrogue
ABOGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO
Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club.
RIVERA 1278
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. Chacarita 2612

¿Qué sabe usted de esto?

¿SABE USTED que solamente es posible hacer pan de harina cuando ésta contiene gluten?

Por este motivo se emplea generalmente trigo para hacer el pan, porque contiene este necesario alimento.

¿SABE USTED que la pasta de pan está llena de pequeños agujeros de aire que se extienden a medida que el pan sube?

Por este motivo el pan debe contener bastante gluten para hacer una pasta elástica.

¿SABE USTED que la amasadura extiende el gluten y le revuelve con toda la masa?

Por este motivo la amasadura da más gusto al pan y a los panecillos.

¿SABE USTED que como la levadura "crece" o "trabaja", llena la masa con carbón bióxido de gas?

Por este motivo la levadura hace la masa esponjosa y ligera.

¿SABE USTED que para poderle trabajar la levadura debe tener jugosidad y calor?

Por este motivo lo primero al hacer el pan es "despertar" el trozo de levadura agregando un poco de agua templada.

¿SABE USTED que para el calor necesario para el aumento de la levadura es suficiente la leche agria?

Por este motivo la leche que se emplea al hacer el pan es primero cocida con objeto de matar la bacteria del ácido láctico.

¿SABE USTED que el agua puede contener microbios que pueden desarrollarse mientras el pan está fermentando y estropear su sabor?

Por este motivo el agua para hacer el pan será hervida.

¿SABE USTED que el calor de la leche recientemente cocida o del agua hervida es suficiente para matar la levadura y, por lo tanto, impedir su crecimiento?

Por este motivo la leche o el agua deben enfriarse hasta templarla, antes de agregarla a la levadura.

LOS CIRCUITOS TRANSMISORES

En el número anterior vimos la forma de división de los circuitos transmisores; veamos ahora la forma en que se agrupan los conocidos universalmente, dejando de lado aquellos que sólo sean poco utilizados y que sólo tienen un interés especial desde el punto de vista científico. Habíamos dicho que los circuitos transmisores podían dividirse en dos grandes grupos: los excitados por sí mismo y los excitados exteriormente. Entre los primeros a citar solamente el Meissner y el Hartley en sus distintas formas, pues son los más utilizados y sólo mencionaremos como pertenecientes a este grupo al Colpitts, Armstrong, Reynartz, Mesny, etc.

EL CIRCUITO MEISSNER

Este circuito fué preconizado e inventado por el profesor alemán R. Meissner y aun cuando los americanos algún tiempo después indicaron que ellos eran los inventores, no hay duda de que en Alemania fué donde comenzó a utilizarse primero.

El circuito Meissner, es el que responde más al tipo de regenerativo semejante al circuito de recepción, bastando para darse clara cuenta de ello, analizar el diagrama de la figura 1 que nos representa el tipo común de este circuito.

En efecto, es fácil hallar allí las tres bobinas típicas del circuito de recepción común y la misma posición de el o los condensadores, que a veces se utilizan para una mejor sintonía.

Vense fácilmente también, la disposición de las bobinas y el condensador de grilla, en las cuales no se advierten mayor diferencia en su colocación; la única diferencia entre este circuito de transmisión y el de recepción, consiste en la sustitución de los teléfonos por su generador de alto voltaje, el cual como es natural variará de acuerdo al voltaje de la lámpara empleada; la batería de filamento también requerirá valores adecuados.

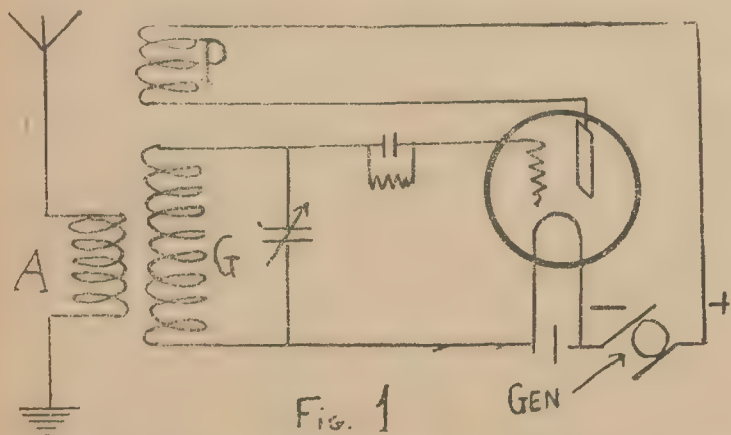


Fig. 1

Sin embargo, no debe inducirse en error, al creer que la similitud es tan perfecta, en todos los casos, pues como hemos dicho, hay numerosas variaciones del circuito, las cuales difieren a veces grandemente del circuito indicado, aunque se conserve la forma fundamental de operación.

Así, por ejemplo, existe el Meiss-

ner, es el único usado en la actualidad en un transmisor eficiente, salvo naturalmente el caso de los transmisores de uso especial, que emplean el circuito a cristal u oscilador maestro.

El esquema del circuito Hartley, en su forma más sencilla, es el indicado en la figura 2, y a poco que se analice, se ve la analogía que existe con el circuito Standard regenerativo que expusimos al explicar el funcionamiento de las transmisiones.

Ante todo, debemos hacer notar que en el esquema Z no hemos co-

locado, ni chokes, ni manipulador, como así mismo los valores de los distintos elementos, que se indicarán en el momento oportuno.

La forma de funcionamiento es, como hemos dicho, análoga al circuito primeramente descrito; en efecto, supongamos que debido a la presencia del condensador y la bobina L, se produzca una oscilación, ésta se transmitirá a la grilla, la cual hará variar el flujo de corriente que pasa a través de la placa. Pero esta variación de corriente al pasar por la bobina L2, que no es nada más que una parte del total, inducirá una corriente sobre L1, que vendrá a reforzar las oscilaciones que tenían lugar en L1 y C, produciéndose así el comienzo de las oscilaciones y el transmisor entrará en funcionamiento.

EL CIRCUITO HARTLEY

En la misma forma, que los circuitos receptores, se dividen en in-

locado, ni chokes, ni manipulador, como así mismo los valores de los distintos elementos, que se indicarán en el momento oportuno.

La forma de funcionamiento es, como hemos dicho, análoga al circuito primeramente descrito; en efecto, supongamos que debido a la presencia del condensador y la bobina L, se produzca una oscilación, ésta se transmitirá a la grilla, la cual hará variar el flujo de corriente que pasa a través de la placa. Pero esta variación de corriente al pasar por la bobina L2, que no es nada más que una parte del total, inducirá una corriente sobre L1, que vendrá a reforzar las oscilaciones que tenían lugar en L1 y C, produciéndose así el comienzo de las oscilaciones y el transmisor entrará en funcionamiento.

En la misma forma, que los circuitos receptores, se dividen en in-

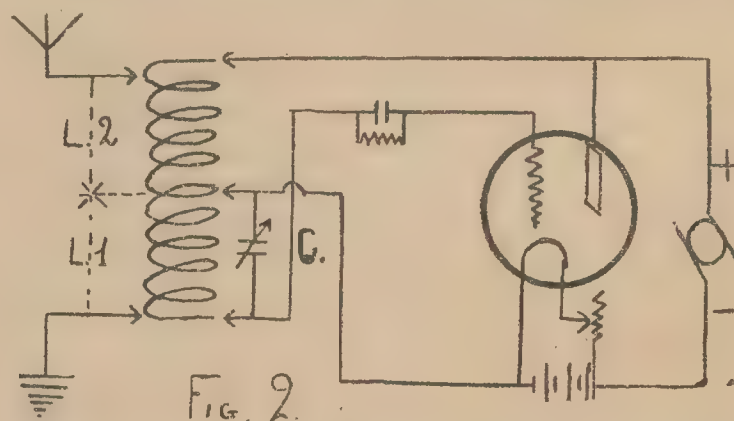


Fig. 2

dio de una bobina, es decir, no hay conexión entre ellos; en cambio se denomina directo a aquel que la antena está directamente unida al circuito, como en el caso de la figura 2.

ductivos y director, los circuitos transmisores pueden catalogarse en igual forma, entendiéndose por circuitos inductivos a aquellos en los cuales la antena, o por mejor decir el circuito antena-tierra, está acoplado al circuito oscilador por me-

Por cierto que cada uno de los sistemas indicados tienen sus ventajas e inconvenientes, pero se reconoce que en la mayoría de los casos el sistema inductivo es el mejor.

En el próximo número, indicaremos muy ligeramente la forma de funcionamiento de los circuitos oscilador maestro y criptal.

Informaciones útiles

Muchos aficionados de radio creen que una batería de acumuladores es simplemente una caja en la que la energía eléctrica puede almacenarse lo mismo que el agua en un depósito. A consecuencia de esto, tratan de aprovisionar la batería como si fuesen únicamente depósitos. Es decir, las emplean hasta que las bombillas no lucen más, y entonces las recargan en el servicio de la estación más próxima.

Esta concepción de la función de batería de acumuladores, origina muchas veces el que tengan poca vida las baterías. El almacenaje de la batería no es el lugar donde está contenida la energía eléctrica.

Lo que ocurre actualmente cuando se pasa una corriente directa a través de los acumuladores de la batería, es que se produce un cambio químico en el material de las placas. Entonces, cuando se saca corriente de la batería, se verifica otra acción química, de la que resulta una corriente eléctrica. Pero esta acción química sólo se realiza propiamente cuando las condiciones son buenas, y eso significa que no se debe desahogar la batería dejándola permanecer descargada.

Muchos de los últimos modelos de casquillo tubular vacío, tienen ambos terminales marcados sólo con F, en lugar de con F⁺ y F⁻.

El año y los meses en diferentes

épocas

En casi todas las lenguas semíticas, la palabra año *shenat* deriva de una raíz que significa vuelta o repetición, e igual idea encierra el *annus* latino y el *eniantós* griego.

Los egipcios establecieron sus años conforme a la revolución solar, y los caldeos y hebreos le dieron un carácter lunar. En Egipto se hicieron doce divisiones de 30 días; pero al ver que no coincidían de uno a otro año las estaciones con los mismos días, agregaron al fin del año cinco días; pero como ni aún así coincidían, el arreglo fué la anotación del período *sothiaco*, que comprendía 1.460 años astronómicos, resultando de 365 por cuatro.

La institución del año *vago* de 365 días es anterior al primer rey de Egipto, 5.000 años antes de J. C.

He aquí los nombres de los meses y su correspondencia con los nuestros:

Meses Egipcios	Meses Romanos
1 Thoth correspondiente al	29 Agosto
2 Paophi	28 Septiembre
3 Athyr	28 Octubre
4 Choiac	27 Noviembre
5 Tybi	27 Diciembre
6 Méchir	26 Enero
7 Phamenoth	25 Febrero
8 Phormouthi	27 Marzo
9 Pachon	26 Abril
10 Pavi	26 Mayo
11 Epiphi	25 Junio
12 Mésori	24 Julio

Añadiendo a estos cinco días *épagomènes* o complementarios y un sexto cada cuatro años.

AÑO HEBRAICO O JUDIO

El génesis nos dice que en su origen los israelitas contaban 360 días cada año. Después de su salida de Egipto adoptaron un calendario lunisolar: la institución de la Pascua, fiesta destinada a recordar su emancipación del poder de Faraón, y que debía celebrarse siempre en la luna llena más próxima al equinoccio de la primavera, les obligó a ello. Su permanencia en Babilonia no cambió nada en la forma de su calendario, pero dieron a sus meses los nombres de los meses babilonios. La duración de ellos es alternativamente de 9 y de 30 días. Sus años son simples e intercalarios; para formar estos últimos se dobla el mes *Adar*, último del año, que toma el nombre de *Ve-Adar*. Tal es aún la forma del calendario que está en uso entre los judíos. Los nombres y orden de los meses hebraicos son como sigue:

1 Nisan	30 días	8 Marchesvan	29 d.
2 Iyar	29	9 Caslen	30
3 Sivan	30	10 Tebet	29
4 Tamuz	29	11 Sabath	30
5 Ab	30	12 Adar	30
6 Eloul	29	13 Ve-Adar	29
7 Thisri	30		

AÑO PERSA

El año persa se componía, como el egipcio, de 365 días divididos en 12 meses, a los cuales se añadían cinco *épagomènes*. Cada uno de estos meses estaba consagrado a un genio o ángel cuyo nombre llevaba; así se conservó hasta el advenimiento de Alejandro al trono de Persia. Entonces fué rectificado no sin dificultad, porque la religión ofrecía un gran obstáculo; era preciso añadir días al año, y como se hacía imposible crear nuevos ángeles, se convino en intercalar un mes

extraordinario después de cada período de 120 años y colocarle sucesivamente después de cada mes del año, cuyo nombre tomaría, haciendo así que cada uno de los ángeles pudiera tener por turno el nuevo mes bajo su protección.

En el siglo XI, hacia el año 467 de la hegira y 1075 de J. C., adoptaron los persas el sistema de intercalación más perfecto que se conoce.

Los meses de los antiguos persas no estaban divididos en semanas; pero cada día tenía, como los meses, un nombre particular. He aquí los nombres y orden de los doce meses:

1 Farvardin	7 Míhir.
2 Ardibehescht	8 Aban.
3 Khordad.	9 Ader.
4 Tir.	10 Deh.
5 Amerdad.	11 Buhman.
6 Schahrivar.	12 Isfendarmand.

AÑO ARABE

El año de que se sirven los árabes y todos los pueblos que han

que concordara la revolución del sol con un período de ocho años.

Metón estableció el cielo de su nombre o de Oro, cuyo primer día debe contarse el 27 de junio del año 42 antes de J. C., formado de 19 años solares.

Entre los atenienses comenzaba el año con la primera luna que seguía al solsticio de estío.

Los atenienses tenían los siguientes meses:

Meses atenienses	D.	Meses Romanos
1 Hecatombeón	29	Junio-Julio
2 Melageinión	30	Julio-Agosto
3 Boedromión	29	Agosto-Septiembre
4 Pyaneprión	30	Septiembre-Octubre
5 Maimacterión	29	Octubre-Noviembre
6 Posideón	29	Nybre-Diciembre
7 Gamelión	29	Diciembre-Enero
8 Anthesterión	30	Enero-Febrero
9 Elaphebolión	29	Febrero-Marzo
10 Munychión	30	Marzo-Abril
11 Thargelión	29	Abril-Mayo
12 Scyrophorión	30	Mayo-Junio

AÑO ROMANO

El año que el fundador de Roma dió a los pueblos latinos era lunar,

Se venden los clisés utilizados en esta Revista

Dirigirse a la Administración de
FRAY MOCHO

Bolívar, 879

Buenos Aires

abrazado la religión de Mahoma es puramente lunar. No puede fijarse su principio, porque cada año retrograda once días, recorriendo sucesivamente todas las estaciones. El primer día del año de la egira se ha fijado generalmente en el viernes 16 de julio, 622 de nuestra era; el primero de la segunda corresponde al 5 de julio 623; el de la tercera, al 24 de junio 624 y así sucesivamente.

Los árabes fijan el principio de su mes por la primera aparición de la luna creciente. Sus meses son compuestos, como los nuestros, de semanas, de las cuales cada día, llamado *ferie*, empieza por la tarde, después de puesto el sol.

Aquí están los nombres y el orden de los meses árabes:

Días	Días
1 Monharram	30
2 Safar	29
3 Reby 1.º	30
4 Reby 2.º	29
5 Djoumadi 1.º	30
6 Djoumadi 2.º	29
7 Redjeb	30
8 Shaaban	29
9 Ramadan	30
10 Schewal	29
11 Duso'lkaadah	30
12 Duso'lkeadiah	29

AÑO GRIEGO

El más antiguo de los calendarios griegos es el de Chirón. Hesiodo dió uno compuesto de doce meses y de 310 días. De dos en dos años intercalaba un mes de 30 días.

Solón introdujo el uso de los meses de 29 días, haciendo el año lunar y Cleóstrates trató en vano de

Para hacer que el año romano empezara el octavo día que sigue al solsticio de invierno, Sosígenes se vió precisado a prolongar tres meses más y darle 445 días al año de la reforma, que se llamó de la *confusión*.

Los romanos no contaban los días como nosotros. Tenían cada mes tres puntos fijos: las calendas, las nonas y los idus. Las calendas caían regularmente en primero de cada mes: en este día se convocaba al pueblo. Las nonas eran el 7 de los meses de marzo, mayo, julio, octubre y el 5 de los otros meses. Los idus eran el 15 de los meses en que las nonas caían el 7 y el 13 de todos los demás.

Este es el orden y los nombres de los meses en tiempo de los emperadores romanos:

Enero	31 días	Julio	31 días
Febrero	28	Agosto	31
Marzo	31	Septiembre	30
Abril	30	Octubre	31
Mayo	31	Noviembre	30
Junio	30	Diciembre	31

AÑO GREGORIANO

La reforma hecha por Julio César había enmendado un gran error, pero había introducido otro, suponiendo el año solar cerca de once minutos más largo que lo era realmente. De aquí resultaba que los puntos de los solsticios y equinoccios debían retrasarse un día en 133 años.

Para corregir este error, el papa Gregorio XIII cercenó diez días del año 1582, de modo que se contó el 15 de octubre en vez del 5, y estableció para en adelante que se separarían tres bisiestos en el espacio de 400 años.

La reforma gregoriana fué admitida sin dificultad en casi todos los países católicos: los Estados protestantes la adoptaron más tarde, y hoy no existen en Europa más que los cristianos de rito griego que conserven el calendario griego.

AÑO REPUBLICANO

La Revolución francesa instituyó el año republicano, que se componía de doce meses de 30 días cada uno, a los cuales se añadían cinco días complementarios para el año común y seis para el bisiestos. Cada mes se dividía entres décadas: los días fueron llamados primidi, duodi, tridi, cuartidi, quintidi, sextidi, septidi, octidi, nonidi, decadi, tomando el nombre por su numeración. En virtud de un senado-consulto del 22, fructidor (9 de septiembre), fué restablecido.

El orden y los nombres de los meses republicanos acomodados a estaciones, son como sigue:

Vendimiair	Vendimario c.	22 Septbre.
Brumaire	Brumoso	21 Octubre
Frimaire	Escarchoso	21 Novbre.
Nivose	Nivoso	21 Dicbre.
Pluviose	Lluvioso	20 Enero
Ventose	Ventoso	19 Febrero
Germinal	Germinal	21 Marzo
Floreai	Florido	20 Abril
Plairial	Praderil	20 Mayo
Messidor	Mes de cosecha	19 Junio
Thermidor	Caluroso	19 Julio
Fructidor	Fructuoso	18 Agosto

Añadiendo los días complementarios.

Estas son las nociones más interesantes que podemos ofrecer sobre las diferentes formas del año en los pueblos antiguos y modernos.

TEATROS

Entramos en 1927. El nuevo año se inicia cuando las actividades teatrales se encuentran adormecidas en el letargo estival. Cuando comienza el otoño, renacerá la vida de la farándula y brotarán en la escena las prífemas flores. Se cumple así, una vez más, la ficción escénica, parecida y contraria a la realidad. Cuando todo muere en la naturaleza, despliega su túnica la divina Talía.

No hagamos pronósticos. El paso de un año, es poco cosa para la evolución de las formas del arte. No hay que esperar cosas extraordinarias en 1927. Tendremos los mismos teatros, los mismos autores, las mismas compañías. Seguirán estrenando el favoritismo, el capricho y la casualidad. Los cómicos conservarán cuidadosamente sus viejos defectos a través de las nuevas obras. Continuará el público asistiendo a los espectáculos que le venga en gana, sin idea de la responsabilidad, ni el gusto de la selección superior. Los empresarios buscarán en la sensibilidad de la boletería, la salud del arte. Todo será, pues, como ha sido siempre.

Sin embargo, no hay que desesperar. Es posible también que se estrene alguna buena obra, que se descubra algún novel que valga la pena, que un empresario antojadizo se arriesgue a realizar una temporada de género noble. Caprichos de la suerte que pueden rociar sobre nuestra escena el agua castalia.

De todos modos, todos trabajaremos en nuestros puestos por el pan y por la gloria, dualidad permanente de todas las luchas de la vida. Y como el trabajo es siempre respetable, saludemos en el nuevo año a todos los que ponen su grano de arena en la labor de mantener, bueno o malo, el teatro nacional, una de las expresiones de nuestro ambiente, de nuestra vida.

A toda la gente de teatro, salud.

OPERA ITALIANA

Con buena fortuna prosiguió en el Sarmiento la temporada lírica popular que dirige la batuta del maestro Capizzano. Fué todo un éxito "El Barbero de Sevilla", y no sabemos si a estas fechas seguirá el auge de la compañía o si el calor les habrá obligado a buscar climas más benignos.

LA COMIDA ESTA EN LA MESA

A la simpática e inteligente aficionada, señora Francisca Gil de Echeverría.

Un señor muy respetable, de no muy mala presencia, con una cara más larga que un profesor de aritmética, serio como un microscopio, largo como una tranquera y aficionado al teatro más que beata a la iglesia, quiso una vez tomar parte por más humilde que fuera en una función teatral que organizaba una de esas cuadrillas de aficionados que lo mismo representa "Los intereses creados", "La alegría de la huerta", "El taita del arrabal", "La vida es sueño" o "Electra". La vez a que me refiero se iba a dar una comedia de salón, comedia fina

con mucamos a la puerta, señores encopetados, damas con ricas preseas y todo en un grave ambiente de aristocracia muy tiesa, porque si es algo flexible la aristocracia no es buena. Después de mucho luchar por conseguir una presa en el festín de Talía que iba a ser aquella fiesta, nuestro hombre, a quien llamare-

mos

para no enojarlo, Zeta, se puso, por fin, contento como un par de castañuelas. No era muy largo el papel ni muy difícil la empresa, porque sólo consistía en vestirse de etiqueta —de etiqueta de mucamo pero mucamo de veras— y apareciendo de pronto en el umbral de la puerta decir con voz campanuda: "La comida está en la mesa". El hombre ensayaba todos los días con gran paciencia, para lucirse en la breve

con nerviosidad tan fiera como si fuera a operarse o lo casaran por fuerza y cuando llegó el momento de aparecer por la puerta, quedóse el hombre más duro que bife de vaca histórica. Fué en vano que le avisaran, fué inútil que le insitieran, pues Zeta no se movía de un metro atrás de la puerta. Por fin, de un buen empujón salió al centro de la escena exactamente lo mismo que el que se cae de una higuera y dirigiéndose al público grita con voz firme y gruesa: "La mesa está en la comida", y disparó a toda priesa. Fué tan grande el sofocón y fué la impresión tan fiera que el pobre se volvió loco y ahora que el hombre no piensa repite admirablemente sin que le falle una letra la frasecita de marras: "La comida está en la mesa".

PINCHO.

Jacob y la vaca

Jacob sufre la venturosa desgracia de que se le ha muerto su mujer.

El hombre se lamenta del percance, porque tener su traje gris en buen estado aún y verse en la necesidad de vestir de negro, siempre contraria. Por otra parte, si su compañera Esther, era rabiosa, rencorosa y gruñona, al fin, era su esposa.

Pero Jacob ha tenido recientemente un nuevo percance: que se le ha muerto la vaca y esto si que lo ha lamentado y sigue lamentando, Jacob.

—¿Por qué siente usted más la pérdida de su vaca que la de su mujer?

Y Jacob ha contestado:

—Desde que estoy viudo, se me han ofrecido veinte mujeres, pero ninguna vaca...

pero interesante escena porque él daba a su misión tan enorme trascendencia que sobre ella descansaba el éxito de la fiesta. Cuando llegaba a su casa aunque hubiese alguien de afuera se ponía muy derecho y sin saludar siquiera decía solemnemente: "La comida está en la mesa".

En la oficina, en la calle, en el patio, en la escalera, al encontrar a un amigo al presentarle una cuenta, al mirarse en un espejo, al contemplar las vidrieras y hasta quien sabe si en esos momentos de más reserva en que uno agarra un diario y un cigarrillo y se encierra, el hombre aquel repetía con una voz grave y gruesa la frasecita de marras: "La comida está en la mesa". Llegó, por fin, la velada, pues todo en el mundo llega (incluso los aviadores que parten de Norte América) y con la emoción del caso entró al camerino Zeta se vistió el frac de mucamo y luego esperó que hiciera el traspunte la señal de su salida a la escena. Estaba el pobre azorado

OJEANDO LAS CARTELERAS

—Continúa la estrecha vinculación entre el teatro y la Municipalidad. Mientras Parravicini sale electo concejal, la compañía realista del Smart dedica funciones en honor de los demás concejales electos. Se dió "La insaciable" y nosotros nos acordamos del concejal Ray, sin saber por qué.

—En el Nacional, vemos: "Las margaritas" y "Juan Moreira". Tenemos necesidad de sacar nuestro almanaque del bolsillo para convencernos de que vivimos en el año de gracia de 1927.

—Para señoras y niños, que son los únicos que creen en las cosas de ilusión y mágica, es el programa del Buenos Aires, donde Raymond las va de Melchor, Gaspar y Baltasar, todo en una pieza.

—"Para todos los gustos" y "Mujeres, flores y alegría", es el programa del Maipo. Con estas revistas mantiene el interés del público, sin necesidad de renovar el cartel.

—La compañía de revistas del Hippodrome no se ha despiestado todavía. Decimos esto, porque aun continúa en la pista de ese circo, pero el público parece que si anda

despiestado, porque no da con la sala.

—Se convirtió en coeficiente fijo del Avenida, "La Calesera", que consigue llenar la vasta sala y arrancar estruendosos y entusiastas aplausos. Es la temporada veraniega más afortunada.

—Ha debido estrenarse en estos días en el Mayo, la primera novedad de la compañía Arce Navarro. Se trata de la zarzuela en un acto de J. Homs y J. Culla Soria, música del maestro P. F. Moreno, titulada "Alondra".

—Palmada fué a parar a la Comedia con "Las Corsarias", "Enseñanza libre" y "La gran vía", a cuestas. Parece que esta vez le va bien.

—"Las huérfanas de la tempestad", "La corte de los venenos" y "La moza de los lindos ojos", sin títulos como para darse una disparada hasta el Marconi a ver si le dan a uno escalofríos que le refresquen un poco la sudorosa piel.

DELICIAS DE LA PANTALLA

En el Grand Splendido. — No faltan nunca en esta aristocrática sala, la frescura del ambiente y el interés de las cintas. La enorme concurrencia que casi llena noche a noche este cine, demuestra el agrado del público por los espectáculos familiares, en los que nunca falta la comodidad. Es así como el Grand Splendido mantiene su tradición de cine preferido por los aficionados de buen gusto.

En el Cine Parc. — Techo corridizo, muchos ventiladores, un programa con películas de las mejores marcas, concurrencia numerosa y distinguida, precios acomodados: tales son las características de esta sala y por ello se ha constituido en la más aristocrática y al mismo tiempo la más popular de Palermo. Para la semana que se inicia ha preparado un programa variadísimo en el que las más célebres estrellas de la pantalla y los actores predilectos del público desarrollan dramas y comedias de la más alta espiritualidad.

En el Capitol. — A pesar de las alternativas de la estación y de los rigores caniculares, el Capitol cuenta siempre con una clientela selecta. No se trata de un milagro ni de cosas extraordinarias que tengan virtudes maravillosas. Como hay en Buenos Aires tantos aficionados al film, basta que en una sala cómoda y bien ventilada se pasen buenas cintas, para que acuda la gente con todo entusiasmo y puntualidad. Si hay alguno, este es el secreto del Capitol, la preparación de programas a base de cintas de gran novedad e interés.

CORREO TEATRAL

Nenita. — Nos hace usted tan gentilmente la pregunta, que no podemos dejar de decirle quién es Pincho. Cuando una dama interroga con tanta discreción, no hay más remedio que satisfacer su curiosidad.

Aquí, en confianza, entre usted y nosotros, con recomendación de absoluta reserva, le diremos que Pincho es Pincho.

Spina. — En el próximo número contestaremos su carta, que merece un largo, larguísimo comentario. Tenga paciencia y no reclame.



Ultimas creacio-
nes de la moda
femenina



Traje para la tarde, confeccionado en muselina de seda negra velada con encaje negro.—Ramillete de tul en la espalda, terminando como echarpe.



Traje de marocain de seda negra guarnecido con crespón de China violado; aplicaciones de cintas del mismo tono por delante y anudado cayendo sobre la falda.



Traje para la tarde confeccionado en crespón-satén negro, guarnecido con cintas de faya azul antiguo y trabajado con pliegues nervadura.

Boca de Dama

La exquisita delicadeza de estos bizcochitos ha inspirado su nombre.

Y es que, en verdad, son tan finos los componentes de su masa: harina flor, leche y manteca, y tan esmerada su elaboración que, realmente, constituyen unos bocados deliciosos, ya sean solos o con te, chocolate, vinos de postre, etc.

Se venden en toda la República.

Terrabusi Hnos. & Cia.

ESTABLECIMIENTO MODELO
San José 1060 — Buenos Aires



Boca de Dama